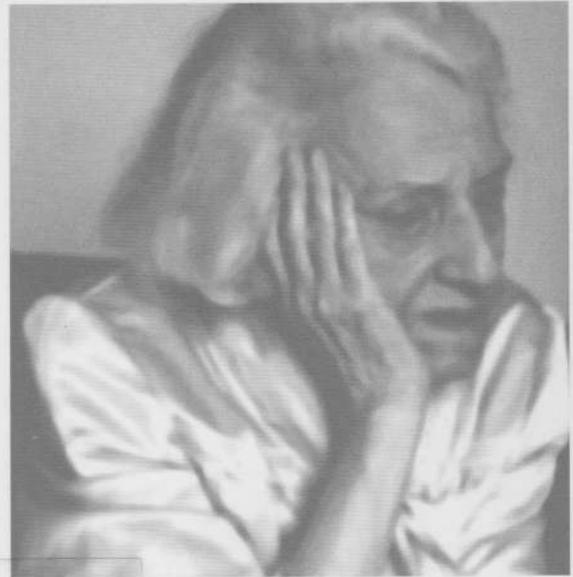


de la presencia una
recogido a su vuelta

María Zambrano

Filosofía y Educación

MANUSCRITOS



UNAM

642192

BIBLIOTECA CENTRAL

ÁGORA

EDITORIAL
ÁGORA

EDICIÓN DE

Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey

MARIA ZAMBRANO

UNAM
BIBLIOTECA CENTRAL
PROV. <u> </u>
FACT. <u> </u>
FECHA <u> </u>
PRECIO <u> </u>
PT. <u> </u>

FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN
(MANUSCRITOS)
FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN
(MANUSCRITOS)

Edición de
Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey

EDITORIAL ÁGORA

BIBLIOTECA CENTRAL

MARÍA ZAMBRANO

FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN
(MANUSCRITOS)

Edición de
Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey

EDITORIAL ÁGORA

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
BIBLIOTECA GENERAL
CLASIFICACIÓ
7
K 33
MARC
11642
NUM. ACC. 2012

BIBLIOTECA CENTRAL

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

UNAM
BIBLIOTECA GENERAL

CLASIF. LB14
07
235

MATRIZ 1154647
NUM. ADQ. 642192

© De la introducción:
Ángel Casado
Juana Sánchez-Gey

© EDISEDAG, S.L.
Editorial ÁGORA
Plaza de Capuchinos, 7; 29014 Málaga
Tf.: 95 2657884; fax 95 2657643

© Fundación María Zambrano

I.S.B.N.: 978-84-8160-106-0
DEPÓSITO LEGAL: MA-20/2007

DISEÑO CUBIERTA: Laura Millán

IMPRIME:
Gráficas San Pancracio, S.L.
C/. Flauta Mágica, 16-18. Políg. Ind. Alameda. 29006 Málaga.
Tf.: 95 2342404; fax: 95 2342400
www.gspimpresores.com

Impreso en España - Printed in Spain

642192

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN.....	17
Una filosofía educativa	17
Los manuscritos	22
A modo de conclusión	42
NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN	43

MANUSCRITOS DE MARÍA ZAMBRANO:

I. ARTÍCULOS ELABORADOS PARA LAS REVISTAS <i>SEMANA Y ESCUELA</i>	45
«Las dos preguntas» (1964)	47
«Qué es la adolescencia» (1964)	49
«El rumor» (1964)	51
«Libertad, igualdad, fraternidad» (1964)	53
«La comunicación entre los sentidos» (1964)	55
«Entre el ver y el escuchar» (1964)	57
«La atención» (1964)	59
«Esencia y forma de la atención» (1964)	61
«Areté, virtud, eficacia» (1965)	63
«El ingreso» (1965)	66
«La vida de la aulas» (1965)	68
«El temblor del examen» (1965).....	70
«El espejo de las aulas» (1965).....	72
«El nacimiento de la amistad» (1965).....	74
«La fuerza del ejemplo» (1965)	76

«Disolución y condensación: el sentimiento» (1965).....	79
«El final del curso y los viajes» (1965)	81
«La intercomunicación de los sentidos: la delicadeza» (1965)	83
«El enigma de la juventud».....	86
«Nosotros, la gente joven» (1964)	91
«Esta juventud de ahora» (1964).....	93
«El secreto de la juventud» (1965).....	96
 II. LA TAREA MEDIADORA DEL MAESTRO.....	99
«La vocación de maestro» (1965)	101
«La mediación del maestro» (1965).....	111
 III. SOBRE EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA:	119
«Sobre la enseñanza de la filosofía» (1949)	121
«De la necesidad y de la esperanza» (1949).....	123
«Los caminos del pensamiento» (1960)	129
«Una parábola árabe» (1964).....	133
«Los dos polos del silencio» (1965)	137
«La actitud ante la realidad» (1965)	141
«Filosofía y educación: la realidad» (s/f)	149
«Las siete edades de la vida humana»	155
«La infancia. El nacimiento y hilo conductor».....	159
«La adolescencia»	163
«Las dos juventudes»	167
«El gran proceso de la madurez» (1966)	169
«El aula» (s/f).....	171
«El Guía» (s/f).....	175
 NOTA BIBLIOGRÁFICA.....	179

El hombre es una
continuar realizándose
miento de María Zambrano
a la raíz de los problemas
realización que al ser
dejándose poseer por
Lo sagrado, precisamente
es ese fondo último de
lo más creador y amado
la luz, manifestar, se
ble hacerlo con una palabra
para Zambrano es en
tarea de la educación
verso sagrado-divino
ella una realidad trans
La educación es una
de llamada, de vocación
sagrado que en el fondo
del espíritu de la verdad
humano en el hombre.
Lo sagrado que habita
y sus formas. El Dios del
cielo y de la tierra crea
tiene el día su noche y
como amor a la sabiduría
ofrece su pensamiento
vertir la mirada y el corazón
en un corazón de carne.

PRESENTACIÓN

El hombre es una realidad inacabada. Ha nacido persona pero tiene que continuar realizándose y construir su personalidad. Y persona en el pensamiento de María Zambrano es transparencia, trascendencia. Ella siempre va a la raíz de los problemas. Y el problema del hombre es su realización. Una realización que al ser creadora consiste en poner en marcha la razón poética dejándose poseer por lo sagrado de la realidad y su verdad.

Lo sagrado, preocupación constante de Zambrano, objeto de su pensar, es ese fondo último de misterio que nos inunda, que es diafanidad, que es lo más creador y anida en nuestra intimidad, son nuestras entrañas. Sacar a la luz, manifestar, revelar, toda esa riqueza de nuestro corazón sólo es posible hacerlo con una palabra poética y la verdad como revelación. Si Filosofía para Zambrano es encontrarse con uno mismo, llegar al fin a poseerse, la tarea de la educación será alcanzar esa finalidad: que la diafanidad del universo sagrado-divino-humano cuando se actualice en nuestra vida haga de ella una realidad transparente.

La educación conlleva un escuchar la exigencia de lo sagrado en forma de llamada, de vocación; es la llamada de la verdad del corazón. Y lo más sagrado que en él habita por ser lo más creador es el amor. Amor que nace del espíritu de la verdad donde se actualizan como sacramento lo divino y humano en el hombre. Es el problema de *El hombre y lo divino*.

Lo sagrado que habita en nuestras entrañas se irá revelando en lo divino y sus formas. El Dios del amor creó la nada por amor. Desde que el poeta del cielo y de la tierra creó la nada, la soledad, el vacío de nuestro corazón, ya tiene el día su noche y el amado su amor en ausencia de la amada. La filosofía como amor a la sabiduría se torna en Zambrano en sabiduría del amor. Ella ofrece su pensamiento para que sea recogido por un alma afín. Educar es convertir la mirada y el corazón hacia la luz y así transformar el corazón de piedra en un corazón de carne. Un corazón, vida y persona transparentes.

Transparencia del amor que se manifiesta en todos los Manuscritos seleccionados religiosamente, escrupulosamente, por los profesores Juana Sánchez-Gey y Ángel Casado en este libro sobre *Filosofía y Educación*. En esta obra se nos enseña que el hombre en su realización quiere hacer suyo su histórico destino. Pues la vida con su sabiduría nos lanza su pregunta cuando se nos presenta en forma de enigma. La respuesta nos la ofrece la misma vida en el sentimiento de amor, en la soledad y en el abismo de la presencia en la ausencia de la verdad que me domina y me quiere. Ante las preguntas de la vida el corazón siempre ha de asistir con su presencia, el corazón nos ayudará a sostenernos.

Es la adolescencia la que guarda uno de esos secretos de la vida humana. Con ella irrumpe en el hombre el toque divino, entusiasmo, de la creatividad. A esta edad se revela el individuo con su pequeña soledad y con la fuerza del amor naciente que pondrá orden en su vida. Porque al joven se salva con amor. Amor es educar, recoger el rumor de la vida que nos habla desde el corazón del silencio. La palabra de la vida es palabra del alma. Hay personas que son el alma hecha palabra.

Palabra de la vida que se comparte en libertad, igualdad y fraternidad. Porque el pan de la vida para ser pan verdadero debe ser ganado, ofrecido, dado, recibido, consumido fraternalmente. Por ello la sociedad es amor compartido, compartir el pan y la esperanza. El lugar del hombre en esta vida es la sociedad. En la sociedad dialogan los sentidos, se armonizan. El amor crea en ellos un orden en unidad con la inteligencia y la fuerza de la realidad. Con nuestro mirar y escuchar nos adentramos en los abismos y en los acordes del alma. La delicadeza del alma, esa forma de piedad que se manifiesta en la unidad de los sentidos del oído, de la vista y del tacto en nuestro saber tratar con lo otro. Nuestra mirada en su hambre de realidad debe estar atenta a la diafanidad que le entra por los entresijos de la vida. Cada uno de nosotros guardamos en secreto esa puerta entreabierta por donde miramos y recibimos nuestro paraíso, el argumento, la fuerza que unifica nuestra vida. La atención es una herida siempre abierta que descansa, como el amor, cuando ha alcanzado la libertad porque ha encontrado un dueño.

En su realización el hombre ha de ser virtuoso. Nos educamos en la virtud cuando escuchamos a nuestra conciencia, al saber de nuestro corazón que posee nuestra razón de ser. Con el saber del corazón, saber de experiencia, lo divino de las razones de los dioses se ha introducido en nuestra

intimidad. Y es nuestra de nuestro propio ser musicalidad de agudeza y vida, como el

El joven ingresa ser una persona como el corazón del alma, la verdad de la presencia de la vida. El espacio de la sociedad, un

Amor y ternura la realidad del examen cansará cuando llegas ganando cada día. Por eso hay que vivir libros con que nos libre se reflejen los pensamientos y de la esperanza de amistad, ese género mismo reino del espíritu, de la madurez

La persona es el dentro y no desde fuera, la gracia los que han de que llevamos dentro, se circulan por su vida, el fruto del sacrificio

Fijada la luz y el cielo, cuando rompiendo la fiesta incluso en el momento, un momento, un viaje que lleva a la fuerza de la realidad, por

La fuerza de la vida. Hay que escuchar. Entre todos los

intimidad. Y es nuestra conciencia quien nos revela las posibilidades innatas de nuestro propio ser. De este modo, la virtud se manifiesta en la armonía y musicalidad de aquellas personas que nos atraen porque irradian luminosidad y vida, como el sol. La virtud se enseña con la pedagogía del ejemplo.

El joven ingresa en la escuela buscando el centro de su vida, deseando ser una persona centrada, orientada. Tienen las aulas su vida propia, como el corazón del alumno son un lugar vacío, de encuentro, en su claro se da la verdad de la presencia de la amistad donde se vive la mismidad del tiempo de la vida. El espacio de la vida de las aulas señala el espacio de la familia y de la sociedad, un espacio poético, lugar de toda creatividad.

Amor y temblor se aúnan en el trabajo humano. Tiembla el joven ante la realidad del examen. Temblor que es la inquietud de la vida que sólo descansará cuando llegue su fin. Pues la vida en todos sus aspectos hay que ir la ganando cada día. Porque a la tarde de la vida nos examinarán en el amor. Por eso hay que cuidar el ser que uno es y que se espeja en el aula y en los libros con que nos formamos. El aula y su silencio, han de ser espejo donde se reflejen los pensamientos y lugar de encuentro de la promesa del alumno y de la esperanza del profesor, resorte de su corazón. Lugar, el aula, de la amistad, ese género de amor que nace de la comunidad de pertenecer a un mismo reino del espíritu. La amistad es la flor de la lograda mayoría de edad, de la madurez de la persona.

La persona es el guardián de la conducta humana, que se rige desde dentro y no desde fuera. Es el agua de la misericordia y la luz de la inteligencia los que han de deshacer esas piedras de resentimiento, de esclavitud que llevamos dentro. Es tarea del educador alcanzar que ese amor y esa luz circulen por su vida, por su sangre, se condensen, se fijen en el alumno. Es el fruto del sacrificio y trabajo silencioso del maestro.

Fijada la luz y el amor en la persona, esta se hace transparente y trasciende rompiendo barreras. Trascendencia de la vida del joven que se manifiesta incluso en el premio del viaje fin de estudios. Donde el viaje es un tránsito, un trascender, un salir de sí mismo. Un trascender que es inmanente, un viaje que lleva consigo el regreso, un trascender quedando retenido por la fuerza de la realidad, por el calor de aquello maternal que nos alberga.

La fuerza de la realidad nos llama con su verdad, exigencia de realidad. Hay que escuchar, estar atento a la vocación, a la llamada de la realidad. Entre todas las llamadas de la realidad la más clara es la vocación de

maestro. El fenómeno de la vocación necesita un sistema de pensamiento donde apreciemos que la vocación es estructura de la realidad humana. La vocación es una llamada oída y seguida. La vocación es algo real en el sujeto humano, es una ofrenda completa del ser humano, de lo que hace y de lo que es. Educar en vocación es educar en disponibilidad, estar al servicio de su llamada que nos impulsa a realizarnos haciendo de nuestra vida mediación, servicio, disponibilidad. La vocación es esencialmente mediadora. Y es el maestro quien, sobre todos, ejerce una función mediadora de carácter social: mediación entre el individuo y la sociedad. El “más” del maestro, maestro viene de “magister”, es un más de cumplimiento, de perfección. Su donación consiste esencialmente en transmisión y si deja de transmitir se convierte en una contrafigura de su ser.

Pero el maestro es, sobre todo, mediador del ser, maestro del ser. El hombre necesita del saber del maestro para integrarse y así poder germinar, realizarse. El maestro al serlo de un hombre germinante ha de hacer descender sobre él razón, vida y verdad; también armonía y orden, que son fundamentos de la belleza, y todo ello en función del ser. Maestros, mediadores, seremos cuando sepamos sostener a un joven, a una vocación, con todo lo que lleva de promesa, en una existencia donde se integren en unidad su ser, su razón, su verdad y su vida. Con ello alcanzará una realización personal: una total ofrenda.

Los caminos de nuestra vida son conducidos por nuestra “Guía”: Andalucía, camino de luz. La luz, fuerza de la razón y fuego de nuestra tierra, de nuestros hombres y mujeres. María Zambrano, como mujer andaluza, como maestra y guía, nos despierta a la aurora de la vida en unidad con la luz del pensar. Andalucía, la cultura más vieja y la realidad más joven, se nos ofrece en continuo alborear de razón poética. A su ofrenda sólo se da cumplimiento con nuestra entrega.

Sólo me queda mostrar mi agradecimiento por el esfuerzo realizado con amor, para que sea posible la publicación de este libro sobre *Filosofía y Educación* en María Zambrano, a los Profesores Juana Sánchez-Gey y Ángel Casado, a la Editorial Ágora y a la Fundación María Zambrano en la persona de su Director D. Juan Fernando Ortega.

Gregorio Gómez Cambres

Universidad de Málaga

PRÓLOGO

Me cabe el honor de prologar esta obra, que es una antología de textos de María Zambrano sobre la educación, seleccionados y preparados por dos buenos conocedores de la obra y el pensamiento de la filósofa andaluza, Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey. Era un campo del pensamiento de Zambrano que no había sido objeto de investigación hasta el momento y que, sin embargo, tiene un lugar destacado en su vida y en su obra. Hija de maestros, de educadores, ella misma ejerció la docencia y fue maestra y educadora de una generación que supo aceptar con cariño y respeto sus orientaciones y guía.

El título de la obra pone en evidencia esa vinculación casi substancial de la filosofía con la educación. Nos dice ella misma en su artículo «Filosofía y Educación: la realidad», un texto que sin duda sirvió de inspiración para el título de esta obra que presentamos: «Nadie puede negar, ni siquiera desconocer la estrecha relación que existe entre el pensamiento filosófico y la acción educativa». Para los griegos esta relación era evidente, pero ahora –nos dice la filósofa veleña– «estamos en el polo opuesto, el negativo, al polo positivo ofrecido por la filosofía griega, que era ya en sí misma educativa, formativa», porque el griego era «un filosofar que desde su raíz misma reunía las condiciones necesarias en forma superabundante para que una filosofía fuera al mismo tiempo, siguiendo su propio curso, educación».

A partir del giro copernicano que la historia del pensamiento filosófico sufre con los sofistas y especialmente con Sócrates, quien dejando de lado el estudio del “arjé”, que había sido la preocupación de los filósofos presocráticos, «baja, –como diría Cicerón– la filosofía del cielo a la tierra», desciende de los problemas sobre el origen del universo, a la tarea educativa de la juventud ateniense, a la preocupación por el hombre, a la formación del

ciudadano. Vemos a Sócrates de continuo rodeado de discípulos y admiradores, en una tarea que considera mandato divino. El filósofo ateniense lo expone de forma clara y valiente ante sus jueces: «Si (...) me dijérais: Sócrates (...) te absolvemos, pero con esta condición, con la condición de que dejes esos diálogos examinatorios y ese filosofar (...) Yo os respondería: Agradezco vuestras palabras y os estimo, atenienses, pero obedeceré al dios antes que a vosotros y, mientras tenga aliento y pueda, no cesaré de filosofar, de exhortaros y de hacer demostraciones a todo aquel de vosotros con quien tope, con mi modo de hablar acostumbrado». Platón en el libro VI de la *República* nos dice que «si la naturaleza filosófica (...) recibe una educación conveniente, verá acrecentada en sí misma necesariamente todo género de virtudes». Y Gregorio Nacianceno nos dirá que regir y formar a la juventud es «el arte de las artes y la ciencia de las ciencias».

«Supone la educación, el que haya de haberla, –nos dice Zambrano– que el hombre es un “ser” nacido de un modo inacabado, imperfecto, mas necesitado de ir logrando una cierta perfección y capaz desde luego de lograrlo, aunque sea con la relatividad propia de todas las cosas humanas». Y da la explicación: «Pues que si el hombre naciese como los demás seres vivientes que con él comparten este planeta, siendo ya lo que tiene que ser sin más que ir creciendo, desarrollándose por obra y gracia de la madre naturaleza, la educación no sería ni necesaria ni posible». El hombre es el único viviente al que la vida se le da como una tarea a realizar, y por ello que se vea necesitado de construirla, de inventarla. Pero esa tarea no es ni puede ser una empresa que el individuo pueda confiar al instinto, a la naturaleza, que actúa en él independientemente de su vinculación con la sociedad, porque el ser humano está inmerso en una sobre-naturaleza que es la cultura, que no nos es dada con la vida, sino que necesariamente debemos recibir por el aprendizaje, no nos es comunicada en el lote de la vida misma, sino aprendida de la sociedad en la que estamos inmersos. El individuo que, como hemos visto, nace inacabado, necesita completarse en la sociedad. Como el instinto es la memoria de la naturaleza, la cultura es la memoria de la sociedad. Por ello que la educación sea un factor añadido, recibido a través del magisterio, de la enseñanza. La educación es, por lo tanto un factor social.

«Educar –nos dice Zambrano– será ante todo guiar al que empieza a vivir en esta marcha responsable a través del tiempo». La misma palabra “educación” tiene esa etimología de conducir, guiar, ayudar al incompleto a comple-

tarse, a alcanzar
 las dovelas que
 para completar el
 es más humano.
 la naturaleza que
 nas de la tierra que
 cultura. El hombre
 les, es un sueño va
 el contrario «el res
 cada una de las cul
 Pero, como nos
 si el educando no p
 mento de la educaci
 los contrayentes qu
 dos, bendecidos, ma
 educador, es decir: s
 El educador ejer
 duo, entre la cultura
 veleña– es mediador
 la luz de la razón y la
 bre». Ella nos define
 la intemperie, que ne
 le sirven de arrullo, y
 enseña a manejar el es
 solo ante su inmensa
 lo hace hacia una meta
 la filosofía. «Este géne
 que guía y que está ma
 nos en principio, se li
 primer sentido es atra
 der no es propio más q
 porque viene considera
 compara la trascendenc
 dejar de estar en el cal
 situación habría que ser
 certidumbre, sostén del

tarse, a alcanzar su realización, su integridad, que sólo se consume si añade a las dovelas que hereda de la naturaleza, aquellas que la cultura le suministra para completar el arco. Aquí está la clave que cierra esa arquitectura en lo que es más humano, más genuinamente humano, aquello que el hombre añade a la naturaleza que se nos muestra como dos muñones abiertos sobre las columnas de la tierra que ha de cerrarse con esa clave del arco que es justamente la cultura. El hombre natural, pura naturaleza, dirá Marx en sus escritos juveniles, es un sueño vacío, inexistente. El hombre, tal como lo conocemos, es por el contrario «el resultado de la actividad de toda una serie de generaciones, cada una de las cuales se encarama sobre los hombros de la anterior».

Pero, como nos advierte Zambrano, de nada sirve la tarea del educador si el educando no participa en esa tarea educadora. «Pues que en este *sacramento* de la educación sucede lo mismo que en el del matrimonio: que son los contrayentes quienes en verdad se lo administran, conducidos, testificados, bendecidos, mas ellos. No hay educación posible, pues, si sólo existe el educador, es decir: si el propio educador no es el propio educando».

El educador ejerce una función mediática entre la sociedad y el individuo, entre la cultura y la persona, es guía. «El maestro —nos dice la filósofa veleña— es mediador sin duda alguna entre el saber y la ignorancia, entre la luz de la razón y la confusión en que inicialmente suele estar todo hombre». Ella nos define al hombre al nacer como un ser arrojado al mundo, a la intemperie, que necesita guarecerse, arrojarse con unas estructuras, que le sirven de arrullo, y le dan seguridad y confianza, una carta de viaje que le enseña a manejar el educador. En esta tarea de guiar el educador “está solo, solo ante su inmensa responsabilidad”, nos dice Zambrano. Pero el que guía lo hace hacia una meta de plenitud, hacia un *echaton*, que le viene dado por la filosofía. «Este género de caminar, de ir hacia algo, —nos dice Zambrano— que guía y que está más allá, a través de un terreno en el que no hay caminos en principio, se llama propiamente trascender. Trascender que en un primer sentido es atravesar, traspasar: obstáculos, fronteras (...). Trascender no es propio más que de un sujeto y (si) se dice de algo que no lo es, es porque viene considerado por extensión o metafóricamente, como tal». Ella compara la trascendencia al perfume, al aroma de la flor, que se expande sin dejar de estar en el cáliz de la misma. La filósofa veleña nos dice: «En esta situación habría que ser más que nunca la filosofía la que le orientara, diera certidumbre, sostén del educador».

Justamente porque la educación es una tarea compartida entre el educador y el educando, es imprescindible el diálogo. «Ignorancia y saber circulan y se despiertan igualmente por parte del maestro y alumno, que sólo entonces comienza a ser discípulo. Nace el diálogo». La afirmación de María Zambrano nos resulta sorprendente en lo que se refiere a esa circulación de ignorancia y sabiduría, lo que nos recuerda a Sócrates cuando afirma «Pues lo mismo que a las parteras, me sucede lo siguiente: yo soy estéril de sabiduría, y lo que me han reprochado muchos, que interrogo a los demás pero que después yo no respondo nada sobre nada, por falta de sabiduría, en verdad puede reprochárseme. Y la causa es la siguiente: que Dios me constriñe a obrar como obstétrico, pero me veta dar a luz. Y yo, pues, no soy sabio, ni puedo ostentar ningún descubrimiento mío, engendrado por mi alma. Pero los que me frecuentan... obtienen un provecho admirablemente grande, tal como les parece a ellos mismos y a los demás y, sin embargo, es evidente que nada han aprendido nunca de mí, sino que ellos han encontrado en sí mismos, muchas y bellas cosas que ya poseían».

En este caminar hacia sí mismo, en este desentrañar el misterio de mi ser y la vocación que en él anida el educador es el matrono que nos dirá el cómo y el cuándo el educando ha de realizar los esfuerzos del alumbramiento.

María Zambrano nos dice que el educador no debe pretender conseguir una copia de sí mismo en el educando, lo cual sería traicionar la tarea misma de educador, sino hacer que aflore desde la propia entraña del educando el hombre nuevo, la plena realización de su ser. No se trata de conseguir un calco del educador, sino de hacer que el educando se encuentre a sí mismo, descubra su ser y se realice y en esa tarea compartida educador y educando caminan desde la ignorancia al conocimiento, porque el gran drama al respecto es que el hombre es un “ser encubierto” que necesita de continuo revelarse. «Existe —dice Zambrano— un trabajo aún más inexorable que el de “ganarse el pan”. Es el trabajo de ganarse el ser, a través de la vida, de la Historia».

No quiero terminar este prólogo sin aludir a la magnífica introducción con que se nos presentan estos artículos de Zambrano, obra de Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey, ellos mismos magníficos educadores y maestros en una época como la nuestra tan necesitada de magisterio.

Juan Fernando Ortega Muñoz

Universidad de Málaga

INTRODUCCIÓN*

1. Una filosofía educativa

La recopilación de textos sobre educación que se ofrece en el presente trabajo, algunos de los cuales se publican por primera vez, pretende impulsar el intercambio de ideas y referencias críticas entre especialistas y estudiosos en torno a esta vertiente del pensamiento zambrano, contribuyendo así a una mejor y más completa comprensión del conjunto de su obra. Se trata, en efecto, de un ámbito que mereció su interés y que centró gran parte de sus preocupaciones, en coherencia con la vertiente pedagógica de su vocación. Una vocación que no se circunscribe a los numerosos escritos dedicados directamente a temas educativos, sino que abarca la *totalidad de su pensamiento*: desde su concepción integral del ser humano —«criatura de experiencia y no sólo de historia»—, hasta sus reflexiones e intuiciones sobre la modernidad, los jóvenes o la escuela. Sin olvidar, por supuesto, su propia *actitud vital*, que le lleva a implicarse de forma decidida en iniciativas de educación popular, como las Misiones Pedagógicas, con gentes, escribe, que se descubrían ante nosotros «porque les llevábamos pensamientos, porque les llevábamos vida ...»¹.

El “encuentro” de María Zambrano con la educación no es, por tanto, un hecho casual, sino consecuencia inevitable de su más íntima vocación. Además de pensadora, en Zambrano se advierten las condiciones propias de todo gran educador: en primer lugar, una decidida vocación, hondamente

* Este trabajo desarrolla en parte la ponencia «La educación en los manuscritos de Zambrano», presentada en las *VII Jornadas de Hispanismo Filosófico* (Universidad Complutense, mayo de 2005).

¹ «El libro: ser viviente», en *Palabras del regreso*, Amarú, Salamanca, 1995, p. 108. Véase también el sentido de la educación como relación personal en la nota 13.

sentida². Ya desde muy joven, al lado de su padre —que «siempre extraía de lo oscuro lo claro y amaba la claridad haciéndola, no dándola ya por sabida»—, lo que en un principio era anhelo y curiosidad —ser un “centinela” de la noche—, va trocándose en vocación y se concreta luego en entrega y sacrificio. Entonces se encuentra con el pensamiento, con la filosofía:

«... mi verdadera condición, es decir, vocación, ha sido la de ser, no la de ser algo, sino la de pensar, la de ver, la de mirar, la de tener la paciencia sin límites que aún me dura para vivir pensando»³.

Esa vocación filosófica va acompañada siempre en Zambrano de una exigencia —pedagógica— de *comunicación*: no busca la verdad —el “secreto”— para entregarse a ella en un culto silencioso y cerrado, sino con ánimo de transmitirla, de revelarla a otros en palabras que puedan encaminarles también hacia ella. Una disponibilidad para la comunicación, para compartir, que no es desde luego algo secundario o accidental, sino un imperativo *vital* de la convivencia humana; hasta el punto de que, cuando no se cumple, Zambrano habla de una “muerte en vida”:

«Se puede morir estando vivo. Se muere de muchas maneras, en ciertos padeceres sin nombre, en la muerte del prójimo, y más todavía en la muerte de lo que se ama y en la soledad que produce la total ausencia de posibilidad de comunicarse, cuando a nadie le podemos contar nuestra historia. Eso es muerte, y muerte por juicio. El juicio de quien debía de oír y entrar sin más en el interior de nuestra vida es la muerte. “Vivir es convivir”, ha dicho Ortega, y cuando la convivencia se hace imposible porque el que convive interpone y arroja su juicio sobre la persona viva, sobre aquello que nace solamente cuando se comparte, se hace la muerte»⁴.

La conjunción de vocación intelectual y pedagógica, clave en el pensamiento y la obra de Zambrano, explica tanto su indeclinable vocación

² «... me atrevo a decir... que he pasado toda mi vida en esa fidelidad a lo esencial de la actitud filosófica, es decir, de la ética del pensamiento mismo ...» (*Hacia un saber sobre el alma*, Alianza, Madrid, 1989, p. 12).

³ Cit. en *Anthropos*, 70-71, 1987, p. 4.

⁴ *Dos escritos autobiográficos (El nacimiento)*, Entregas de la Ventura, 1981, p. 67.

“práctica” –cargada de “sentido social”–, como su profunda preocupación por los temas educativos. Su pensamiento, mediado por una actitud creadora y esperanzada, se ofrece desde el primer momento como un proyecto “humanizador” que busca despertar al individuo para mejorar la sociedad: «La vocació pedagógica zambranianiana –observa Ángel C. Moreu– té una dimensió sociopolítica: cerca l’educació de la societat a partir de l’educació de l’individu»⁵.

De ahí también su permanente preocupación por el “problema de España”, vivido en fuentes y testimonios explícitos, y con él la puesta en cuestión del proyecto de la modernidad, que se convierte en uno de los argumentos de su vida y de su obra. Esta preocupación queda patente desde el principio, pues sus primeros artículos que se editan a finales de los años veinte tienen como tema la cuestión política. Edita en las revistas *Manantial*, en *El Liberal* –en la sección titulada “Mujeres”–, en *La libertad*, y en *El Mono Azul*, entre otros. Quizás no se considere materialmente heredera de la larga tradición de proyectos de reforma intelectual y moral de la vida española (Giner, Costa, Unamuno, Ortega...), pero en lo más vivo de su ser, en la raíz misma de su autenticidad, siente que también a ella le alcanza una responsabilidad similar, más abierta y más amplia, es cierto, pero por ello mismo más “responsable”⁶.

El hecho de que en sus trabajos sobre educación no aporte un “sistema” ordenado de ideas sobre la misma, en absoluto invalida su discurso como sólido y fecundo “logos” sobre lo educativo. En el centro de su aportación se encuentra justamente la noción de *persona*:

«... algo original, nuevo, realidad radical irreductible a ninguna otra:

Mas, aunque lenta y trabajosamente, se ha ido abriendo paso esta revelación de la persona humana, de que constituye no sólo el valor más alto, sino la finalidad de la historia misma. De que el día venturoso en que todos los

⁵ «María Zambrano i la Pedagogía», en AA. VV.: *Pedagogía amb veu de dona*, Universitat de Barcelona, 1999, p. 85.

⁶ Pesan aquí, sin duda, las ideas y convicciones de su padre, D. Blas Zambrano, maestro y publicista, para quien las metas de la educación han de plantearse en el marco de «un programa de regeneración: concebir la educación como un gran proyecto global de ámbito nacional» (J.L.Mora: Introducción a Blas J. Zambrano, *Artículos, relatos y otros escritos*, Badajoz, 1998, p. 28).

hombres hayan llegado a vivir plenamente como personas, en una sociedad que se sea su receptáculo, su medio adecuado, el hombre habrá encontrado su casa, su 'lugar natural' en el universo»⁷.

La plenitud de la persona, pues, como meta o ideal que da sentido al curso de la sociedad y de la historia⁸, y que, por ello mismo, constituye el horizonte que justifica y legitima todo proyecto educativo, en su doble vertiente, individual y social: «Se trata, pues, de que la sociedad sea adecuada a la persona humana; su espacio adecuado y no su lugar de tortura»⁹.

La vida y la obra de Zambrano constituyen hitos o pasos de iniciación hacia ese «espacio habitable, habituado», más proyecto que realidad, que exige una nueva forma de sabiduría en la que «el pensamiento y el sentir se identifiquen sin que sea a costa de que se pierda el uno en el otro o de que se anulen»¹⁰. Convencida de que el pensar filosófico debe recuperar su principio de vitalidad —convertirse en cauce y expresión de la vida—, Zambrano va dando forma a un saber más amplio e integrador a la vez, que supere las limitaciones de la razón discursiva y «se haga cargo de todas las zonas de la vida», esto es, del vivir experiencial —que es “nuestro” vivir—, sobre la base de una idea del “hombre íntegro” y de una “razón íntegra”:

«Pero este saber más amplio, dentro del cual puede permitirse el florecimiento del delicado saber acerca de las cosas del alma, no podía ser un saber cualquiera, una Filosofía cualquiera. Era necesario una idea del hombre íntegro y aun idea de la razón íntegra también. Era necesario topar con esta nueva revelación de la Razón a cuya aurora asistimos como Razón de toda la vida del hombre. Dentro de ella vislumbramos que sí va a ser posible este saber tan hondamente necesitado»¹¹.

El corolario pedagógico parece inexcusable: educación como desarrollo “integral” de la persona: cuerpo y mente, inteligencia y sensibilidad, respon-

⁷ *Persona y democracia*, Anthropos, Barcelona, 1988, p. 45.

⁸ «... habría que hablar en María Zambrano de una pneumatología de la historia, es decir, de una interpretación de la historia desde la clave de hacerse persona; clave que más que a la filosofía, pertenece a una religión del espíritu». (P. Cerezo, «De la historia trágica a la historia ética», *Philosophica Malacitana*, núm. iv, 1991, p. 76).

⁹ *Persona y democracia*, *op. cit.*, p. 136.

¹⁰ *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona, 1993, p. 14.

¹¹ *Hacia un saber sobre el alma*, *op. cit.*, p. 26.

sabilidad individual y social, originalidad... Necesidad, por tanto, de atender aquellas dimensiones del hombre (sensibilidad, afectividad, espiritualidad...) sin las cuales difícilmente puede hablarse en rigor de vida *humana*. Educación, en suma, necesaria para liberar al hombre, para ayudarlo a convertirse en *persona*; y el proceso educativo tendrá sentido en la medida que propicie una educación para la persona, es decir, para la *libertad*. En la mejor tradición del "ser para la libertad", Zambrano enseña que «hemos de disponernos no sólo a mantener nuestra fe, sino a educar, a entrenar para una vida en la libertad única posible realización de la persona humana»¹².

Su propio y peculiar estilo resume un testimonio ejemplar de pensamiento y acción, que se manifiesta en la congruencia entre decir y hacer, entre escribir y obrar. Un estilo cuya raíz secreta hay que buscarla en la forma de vivir la propia vida, en esa manera de ser y estar en el tiempo que no es sólo metafísica, sino cordial además, como Machado —«el más cumplido de todos los 'maestros nacionales' del momento»— enseña en su *Juan de Mairena*. No es casual, pues, que la obra de Zambrano se constituya en guía y magisterio para quien sepa escuchar y compartir su fe en la palabra mediadora, no como doctrina, sino como entrega generosa y fecunda.

Aunque no son muchas las ocasiones en que María Zambrano ejerció oficialmente la docencia, hay constancia de su labor como profesora en el Instituto Escuela de Segunda Enseñanza y en la Universidad Central de Madrid, sustituyendo a Zubiri en su cátedra de Historia de la Filosofía, así como en la Universidad de Barcelona¹³. Ya en el exilio, imparte clases en distintas Universidades: Morelia (1939), Puerto Rico, La Habana, etc. Destacaremos este curso de Puerto Rico, porque María Zambrano quedará vinculada a esta ciudad mediante textos relacionados con la educación¹⁴.

¹² En Iván González Cruz, «Unamuno y María en la generación de un credo». *Actas del III Congreso Internacional sobre la vida y la obra de María Zambrano*. Málaga, 2004, pp. 150-151.

¹³ Larrosa, J. y Fenoy, S., *María Zambrano: L'Art de les mediacions (Textos pedagógicos)*, Publicacions Universitat de Barcelona, 2002, p. 17 ss.

¹⁴ Puerto Rico constituye un hito especial en la biografía intelectual de María Zambrano. A esta ciudad viajó como conferenciante en 1940, y en ella reside, además, durante todo el curso académico 1941-42, e imparte sesiones en los Cursos de Verano de su Universidad (1941 y 1945). Desde esta ciudad —o teniendo a esta isla como referencia— edita sus obras de pensamiento políti-

Los textos que integran esta antología confirman la importancia que en Zambrano tiene la dimensión educativa de la filosofía, porque piensa que una verdadera filosofía no puede permanecer ajena a los problemas educativos. Unido a esta interpretación hay que resaltar también la importancia que concede al maestro desde su vivencia personal, de modo que a sus maestros les guarda siempre lealtad. Es el caso del discipulado que profesa a Ortega, aun en los momentos en los que políticamente se distancian.

2. Los manuscritos

La selección de manuscritos que presentamos se ha hecho atendiendo sobre todo a la presencia en ellos de cuestiones o temas relacionados directa o indirectamente con la educación y la enseñanza. Aunque algunos han sido publicados en diferentes medios, son muchos los que aún permanecen inéditos, por lo que la presente edición cumple el razonable propósito de darlos a conocer a estudiosos y lectores de Zambrano, que podrán valorar así, de primera mano, algunos aspectos singulares de los mismos. Pertenecen a diferentes momentos o etapas, y se agrupan en tres bloques o apartados básicos, en cada uno de los cuales guardan a su vez un orden cronológico. Entendemos que de esta forma el lector puede seguir mejor la evolución del pensamiento de Zambrano, identificar los años o períodos de mayor actividad, e incluso contrastar distintas formas de abordar temas similares en diferentes momentos o circunstancias. En cada caso se hace constar la signatura con que los textos figuran en los fondos de la Fundación María Zambrano, dando cuenta, en el lugar correspondiente, de las ediciones o reproducciones de las que tenemos noticia.

co, como *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor* (La Habana, 1940) y *Persona y Democracia* (Puerto Rico, 1958), además de la colaboración en las revistas ya citadas: *Semana, Escuela y Educación*.

A) Artículos escritos para las revistas *Semana y Escuela*

Se incluyen en este primer bloque algunos de los más de cien artículos elaborados por María Zambrano para ser publicados en las revistas *Semana, Escuela* o *Educación*, de acuerdo con el contrato firmado en septiembre de 1963 con el Departamento de Instrucción Pública de Puerto Rico, que se prolongó hasta diciembre de 1965. En concreto, este apartado recoge los siguientes manuscritos:

- M-57: «Las dos preguntas» (1964)
- M-61: «Qué es la adolescencia» (1964)
- M-68: «El rumor» (1964)
- M-71: «Libertad, igualdad, fraternidad» (1964)
- M-82: «La comunicación entre los sentidos» (1964)
- M-88: «Entre el ver y el escuchar» (1964)
- M-93: «La atención»; «Esencia y forma de la atención» (1964)
- M-290: «Areté, virtud, eficacia» (1965)
- M-99: «El ingreso» (1965)
- M-284: «La vida de la aulas» (1965)
- M.282: «El temblor del examen» (1965)
- M-283: «El espejo de las aulas» (1965)
- M-106: «El nacimiento de la amistad» (1965)
- M-113: «La fuerza del ejemplo» (1965)
- M-115: «Disolución y condensación: el sentimiento» (1965)
- M-116: «El final del curso y los viajes» (1965)
- M-121: «La intercomunicación de los sentidos: la delicadeza» (1965)
- M-337: «Sobre la juventud» [Incluye: «El enigma de la juventud»; «Nosotros, la gente joven» (1964); «Esta juventud de ahora» (1964); «El secreto de la juventud» (1965)].

Una buena parte de los artículos de este bloque están fechados en Roma, ciudad en la que residía por entonces María Zambrano, en el periplo de su largo exilio¹⁵. Ello nos permite conocer de primera mano algu-

¹⁵ En Roma vivió María Zambrano desde 1953 a 1964, en ella encontró luz y además constituyó un lugar propicio de encuentros. Tuvo muchas amistades, como Elena Croce, Elsa Morante, Cristina Campo, Elemire Zola... Roma, sobre todo, es ciudad sagrada, clave de una reflexión sobre la ciudadanía que alimenta el cuidado hacia los otros. Y, sin embargo, Roma significó el tiempo de sus carencias económicas y de un infatigable trabajo.

nos de los temas o cuestiones que ocupaban y preocupaban a la filósofa en los años 60, en una etapa de especial intensidad en la producción zambrana, que daría lugar a títulos centrales de su bibliografía. El conjunto de estos trabajos, muchos de los cuales quedaron inéditos, revela sin duda una extensa producción intelectual, poco estudiada y aun desconocida hasta fechas recientes. Ciertamente el tipo de publicaciones a que iban destinados comporta limitaciones y restricciones; aún así, hay en ellos aportaciones indudables, sin que falten incluso aspectos creativos e innovadores.

Respecto a su contenido, hay que destacar ante todo su diversidad: junto a temas clásicos (el pensamiento, la amistad, los sentimientos...), Zambrano reflexiona también sobre la modernidad, la "enseñanza de la virtud" o la dignidad del hombre, que es «la que primero y sobre todo cuenta; el resto debe ser por ella informado, traído. Pues que si no es así, de nada servirá. El pan para ser pan verdadero debe de ser ganado, ofrecido, dado, recibido, consumido fraternalmente» («Libertad, Igualdad, Fraternidad», p. 54)¹⁶. Considerados globalmente, estos trabajos aportan datos significativos respecto a la peculiar aproximación zambrana a las cuestiones educativas, apoyada en una profunda comprensión de la condición humana. El lector podrá estar en desacuerdo con algunos planteamientos; pero su lectura le incitará a pensar, a confirmar o disentir, implicándose en una exposición llena de interesantes matices que alumbran distinciones profundas y sutiles. En lo que sigue se señalan algunos de los temas centrales que forman en entramado de esas páginas:

—Resaltan, en primer lugar, las numerosas referencias a los sentidos, los sentimientos, los afectos, indicativas del interés de Zambrano **por una educación de la sensibilidad**, que propicie y desarrolle nuevos modos de "mirar" y "escuchar", frente a planteamientos exclusivamente intelectualistas. Exigencia, pues, de atender a la variedad de componentes que tejen la vida cotidiana, desentrañando todas las posibilidades contenidas en las cualidades sensibles. Más allá de lo puramente psicológico, sus reflexiones alcanzan al centro de realidad más trascendente del hombre: la persona:

¹⁶ Las citas así señaladas corresponden a la presente edición.

«... más que de una consideración psicológica se trata en estas notas, de una consideración modestamente fenomenológica, de una reflexión sobre los datos de nuestro sentir.

Pues de lo que sentimos se trata antes de nada. Descifrar lo que se siente, percibir con cierta nitidez lo que dentro de uno mismo pasa, es una exigencia del ser persona. La vida que dentro de nosotros fluye pide una cierta transparencia» («Entre el ver y el escuchar», p. 57).

Esa atención de Zambrano a la estructura de la sensibilidad —«que en el hombre es ya razón»—, se explica por cuanto los sentidos, escribe, constituyen «un camino hacia la realidad, una vía de acceso a ella»; son «canales... que conducen la realidad hasta nosotros». La condición para que se dé esa experiencia efectiva de la realidad, para que las cosas se nos acerquen, es no anticiparlas ni neutralizarlas con nuestros conocimientos previos. El fragmento que sigue, referido a la atención —que «no es sino la receptividad llevada al extremo»—, es concluyente:

«La atención ha de ser como un cristal cuando está perfectamente limpio que deja de ser visible para dejar pasar diáfano lo que está del otro lado. Si cuando atendemos a algo intensamente lo hacemos proyectando sobre ello nuestros saberes, nuestros juicios, nuestras imágenes, se formará una especie de capa espesa que no permitirá a esta realidad el manifestarse» («La atención», p. 60).

—Un segundo centro de interés lo constituyen las reflexiones sobre **la adolescencia y la juventud**. De la adolescencia —que distingue de la niñez por la “irrupción de lo específicamente humano que es la necesidad y el entusiasmo de crear”—, destaca la importancia de una educación cuidadosa, que atienda y entienda la especial situación del adolescente:

«Educar la adolescencia es salvarla, salvar su poder individualizador y creador del caos que la acecha. Y conviene recordar que a mayor poder creador corresponde mayor extensión de caos. El maestro no puede olvidarlo» («Qué es la adolescencia», p. 50).

La juventud es el tema central de los cuatro artículos agrupados en el manuscrito M-337 («Sobre la juventud»); las referencias a los problemas de esta juventud —«que provoca el estupor y desata los conflictos ...»—, alternan con consideraciones sobre su “aparición” en la cultura occidental, o su relación con el juego y los deportes:

«El que los jóvenes jueguen ha sido ... la esencia de la juventud. (...) la forma de todo humano hacer es la del juego. Desde los negocios de la política hasta el arte y el ejercicio del pensamiento. Y más resplandecientemente en la educación y en el estudio. Pues como es sabido y no recordado, escuela viene de ocio, y aula significa un lugar vacío —como la flauta» («El enigma de la juventud», pp. 87 y 88).

Zambrano alude en ocasiones a la “rebelión de la juventud”, «rebelión —escribe— no en tanto que individuos sino como ‘grupo’ o ‘clase’. Y entonces, nos decimos, puede tener alguna relación también con la llamada ‘lucha de clases’» («Esta juventud de ahora», p. 94). Habida cuenta de la fecha de estos escritos (1964-1965), cabe entenderlos como el diagnóstico anticipado de un fenómeno que años después originaría los sucesos de mayo del 68. Con todo, Zambrano no alberga dudas respecto al camino a seguir:

«Mas hay que seguir hablando de los jóvenes, y mejor aún si se pudiera seguir o empezar a hablar con los jóvenes y borrar de nuestro vocabulario la frase “esta juventud de ahora” ...» («Esta juventud de ahora», p. 95).

Las reflexiones sobre la juventud enlazan a veces con referencias a **la crisis de nuestro tiempo**, con la consecuencia inevitable de una desorientación e incertidumbre profundas: «La crisis muestra las entrañas de la vida humana, el desamparo del hombre que se ha quedado sin asidero, sin punto de referencia»¹⁷. Ahora bien, crisis no es fracaso, sino la señal o prueba de que la historia no es quietud o estatismo, sino cambio y evolución, y el hombre, un ser “en tránsito” capaz de transformar-se; hay, pues, resquicios para la “esperanza”. Pero su voz adquiere tintes dramáticos cuando señala la debilidad de fondo que subyace, históricamente, en la cultura occidental:

«... la triste incapacidad de nuestra época moderna para dar a cada uno lo suyo: a cada grupo humano, a cada sexo, a cada edad. La incapacidad de vislumbrar siquiera en modo eficaz, activo y vigente, que haga no sólo ley, sino hábito y costumbre, una idea del hombre en su integridad, en toda su exten-

¹⁷ *Hacia un saber sobre el alma*. Buenos Aires, 1950, p. 85. La crisis sigue siendo un tema central en el prólogo añadido en 1987 a *Persona y democracia*, si bien ahora en tono más pesimista, de apremio, algo que choca en una autora tan inequívocamente esperanzada: «La crisis de Occidente’ ya no ha lugar apenas. No hay crisis, lo que hay más que nunca es orfandad. Oscuros dioses han tomado el lugar de la luminosa claridad» (*op. cit.*, p. 8).

sión de criatura, cualesquiera sean sus determinaciones y sus circunstancias sociales y fisiológicas, anímicas por tanto. El que [en] el mundo se haya quedado sin lugar el hombre. Mas ¿lo tuvo alguna vez? ¿Alguna vez, hablando en serio, el hombre en su totalidad, ha encontrado lugar, es decir lugares múltiples donde albergarse íntegramente?» (*Ibid.*, p. 95).

Junto a los dos temas ya aludidos, puede afirmarse sin temor a exagerar que el conjunto de estos trabajos configura toda una **fenomenología de la vida escolar**, con razonamientos y observaciones en torno a problemas cotidianos (exámenes, aulas, juegos...), cuyo significado educativo exige referencias puntuales al fondo filosófico de la autora. Tal ocurre, por ejemplo, cuando reflexiona sobre el examen y sus implicaciones:

«Sería necesario para el estudiante adolescente siempre, aprender a limitar el valor del juicio, del examen sin restarle por ello toda importancia, toda su significación, toda su realidad... Pues que sí que importa y sí debe de importar. Mas hay que referirlo al presente y al pasado del cual el presente es la consecuencia. “Hasta el fin nadie es dichoso” es un dicho que viene rodando que sepamos desde los días de la Grecia clásica¹⁸. Hasta el fin, nadie es desgraciado. El resultado adverso de una prueba no es una condenación a perpetuidad. No es tampoco una patente ilimitada el resultado bueno y aun óptimo. La vida en todos sus aspectos hay que ir la ganando, revalidando en cada etapa y aun, cada día» («El temblor del examen», p. 71).

Las referencias a pequeños detalles de la vida estudiantil y al acontecer de las aulas, tienen su contrapunto en **metáforas sugerentes y evocadoras**, que ayudan a clarificar el sentido profundo de la realidad educativa, casi siempre desde la exigencia de un pensamiento en libertad que ayude al hombre a ser “dueño de sí”. El fragmento que recogemos es un buen ejemplo de lo que decimos:

«Y es que el espacio de las aulas es un espacio puro. Nada en ellas está sin ser necesario... Y en este espacio puro y en el silencio que es el fondo puro donde las palabras y las voces no se pronuncian ni se alzan sino en virtud del orden, de la finalidad que las ordena, ¿no es el más nítido de los espejos?»

¹⁸ Recuerda la conocida sentencia del Corifeo en el *Edipo rey* de Sófocles: «A ningún mortal que esté aún en espera del último día de su vida llame nadie feliz, hasta que haya traspasado el umbral de la muerte sin caer en desventura alguna».

Y eso solamente teniendo en cuenta el lugar y lo más elemental de la vida que dentro de él se desarrolla. Queda luego el otro espejo, el formado por la admiración del alumno al profesor, por la estimación del profesor por el alumno; el de la esperanza abierta a todos» («El espejo de las aulas», p. 73).

No faltan, por supuesto, referencias a la **institución escolar**, con comentarios y observaciones pertinentes y cargados de sensibilidad, que subrayan su importante función socializadora. Porque, en efecto, para Zambrano la escuela no constituye un espacio o ámbito aislado y aparte de la sociedad; de ahí que destaque su carácter “social”, extendiéndose al respecto en consideraciones que realzan la idea de aula como “espacio humanizado”:

«Y este espacio de las aulas señala ante todo la existencia de una sociedad; de una sociedad más amplia que la familia, aunque ello no signifique que la familia siga con su foco perennemente encendido. Una sociedad, un espacio propiamente humano o más bien humanizado; una creación que es parte de la creación propiamente humana que antes que en obras de arte y de pensamiento consiste en una sociedad donde tales obras pueden nacer y vivir. Un espacio, pues, diríamos poético» («La vida en las aulas», p. 69).

En suma, y por lo que respecta al significado de estos trabajos en el conjunto del pensamiento y la obra de Zambrano, la conclusión de Sebastián Fenoy parece ciertamente ajustada: «De ahí que pueda decirse que lo en un principio constituyó una fuente de perturbación en la obra filosófica de nuestra autora, con el transcurrir del tiempo acabe convirtiéndose en parte de un órgano más de expresión del pensamiento zambraniano»¹⁹.

¹⁹ «El camino de la palabra: Bibliografía de María Zambrano», en Beneyto, J.M^a y González Fuentes, J.A. (coords.), *María Zambrano. La visión más transparente*, Trotta, Madrid, 2004, p. 610.

B) Manuscritos sobre la tarea mediadora del maestro

Este segundo bloque lo ocupan dos manuscritos de 1965: «La vocación de maestro» (M-120) y «La mediación del maestro» (M-127), en los que Zambrano aborda cuestiones referidas a la tarea del magisterio y sus implicaciones. Ambos textos remiten a la dimensión ética del pensamiento zambraniano²⁰, y enlazan con el binomio educación-vocación («pues vocación» –escribe– «no es solamente vocación de realizar sino realizadora»).

Decir vocación es hablar de todo aquello que tiene que ver con mi vida y mi destino. Frente a las limitaciones del racionalismo instrumental, Zambrano propone una nueva forma de filosofía como “transformación” de uno mismo; una racionalidad creativa y mediadora que busca sugerir, indicar el camino desde el que sea posible atisbar el hontanar esperanzado del ser humano en su integridad, es decir, de la *persona*:

«Para que la vocación y el destino de una persona aparezca, es necesario un sistema de pensamiento que deje lugar al individuo, lo que equivale decir a la libertad. A esa libertad que es el medio en que vive intangible, la persona. El individuo inintercambiable con otro, al que no se le puede arrancar su secreto último que solamente la vida irá librando a la luz. Y dentro del cual alienta la persona, cuyos límites no pueden ser trazados de antemano sino simplemente situándola dentro de la condición humana, pero nada más. Pues que toda humana persona es ante todo una promesa. Una promesa de realización creadora. Cuando se siente al prójimo como persona se espera siempre de él y en consecuencia, uno de los mayores dolores que nos depara la vida es el asistir al hundimiento o a la falsificación de esa promesa. Adelantándonos un poco dentro de nuestro tema, diremos que es éste uno de los padeceres que especialmente visitan a quien tiene la vocación de maestro» («La vocación de maestro», p. 101-102).

²⁰ Conviene tener en cuenta el momento histórico y biográfico. María Zambrano está en el Jura desde septiembre de 1964, en La Pièce. Desde aquí escribe lo nuclear de su pensamiento filosófico-poético, publica *El sueño creador* (1965), *España, sueño y verdad* (1965) y artículos como «Los dos polos del silencio» (1965), «La palabra y el silencio» (1967), entre otros. Estas obras tratan la condición humana y esa singular aportación de su modo de penetrar la conciencia. En ella no hay identificación del yo con el yo, sino revelación de un origen que nos lleva hacia el destino. Recibir y trascender constituyen la dimensión concienical humana.

La revisión, delicada, pero ordenada y rigurosa, de «la situación actual del pensamiento filosófico» (Descartes, Hegel, Comte, Kierkegaard, Nietzsche...), lleva a Zambrano a concluir que, «en la hora presente no se ofrece en toda su plenitud ninguna filosofía que haga visible el hecho humano, humanísimo de la vocación. Y añadimos ahora, que quizás haya de ser ella, la vocación, uno de los caminos para que tal pensamiento integrador se vaya revelando» (*Ibid.*, p. 105).

Las referencias a la vocación del maestro constituyen precisamente un aspecto clave en la Antropología zambraniana, «ya que es camino, y, como tal, método para aproximarnos a la verdad humana»²¹. En este acontecer se inscribe **la tarea “mediadora” del maestro** que no dimite ni falsifica su vocación: dispuesto a escuchar “finamente”, a facilitar vías para que cada uno siga su propio camino, donde poder encontrar-se y vivir una vida más auténtica, en un mundo cambiante. Abundan aquí las referencias de Zambrano a la figura del maestro como acicate, como estímulo, con pasajes que iluminan, mejor que muchos estudios de “expertos”, las raíces más hondas de su insustituible vocación mediadora, pues que apunta al “ser de lo viviente”, e implica la “exigencia de llegar a ser persona íntegramente”:

«El maestro es mediador sin duda alguna entre el saber y la ignorancia, entre la luz de la razón y la confusión en que inicialmente suele estar todo hombre. Mas lo es en función de que la criatura humana necesita de esos saberes múltiples y diversos para integrarse, para crecer en sentido propiamente humano, para ser (...).

Y así el maestro al serlo del ser humano..., ha de hacer descender, por así decir, sobre él razón, bien y verdad, también armonía y orden, fundamentos de la belleza en función justamente del ser; mediador ante todo y sobre todo del ser mismo, de ese ser –persistente problema de la filosofía– que mirado desde lejos parece inaccesible, y que luego fructifica en el hombre como en su terreno de elección» (*Ibid.*, p. 114).

La vocación de maestro, concluye Zambrano, «es la vocación entre todas la más indispensable, la más próxima a la del autor de una vida, pues que la conduce a su realización plena» (*Ibid.*, p. 114).

²¹ Gómez Cambres, G., *La aurora de la razón poética*, Málaga, ed. Ágora, 2000, p. 20.

El segundo manuscrito de este bloque («La mediación del maestro») se inicia con reflexiones de hondo calado sobre la crisis de nuestro tiempo. Más allá de sus expresiones más populares o periféricas —p.e., el estallido del “poder estudiantil”—, Zambrano precisa el papel decisivo de la mediación en esa situación de crisis:

«No es posible desde hace ya largo tiempo poner en duda que la cultura de Occidente se encuentre, en medio de tantos esplendores, en una honda crisis. No es posible tampoco desconocer desde hace algún tiempo que esta crisis sea la de la mediación en todas sus formas. Son ellos, en gran parte mas en grado eminente, los mediadores mismos, quienes en forma cada vez más clara lo exponen, lo publican» («La mediación del maestro», p. 115).

En el marco de esa propuesta, lejos de toda simplificación o pretensión intelectualista, **la educación se presenta como un proceso “mediador”**, abierto al desenvolvimiento pleno de la persona, en cuanto miembro consciente y activo de una comunidad; un proceso que no tiraniza ni oprime, sino que acoge y respeta las distintas formas de realización personal, los diferentes ritmos y tiempos, sin interponerse ni violentar la propia singularidad:

«Se trata en la transmisión oral del conocimiento de un doble despertar, de una confluencia del saber y del no-saber-todavía. Y esto doblemente, pues que la pregunta del discípulo, esa que lleva grabada en su frente, se ha de manifestar y hacerse clara a él mismo. Pues que el alumno comienza a serlo cuando se le revela la pregunta que lleva dentro agazapada. La pregunta que es al ser formulada el inicio del despertar de la madurez, la expresión misma de la libertad» (*Ibid.*, p. 117)²².

²² Zambrano apunta algo parecido en el escrito que remite a Agustín Andreu, en julio de 1975: «Aquí, en Occidente, el maestro ha de ser como un guía también, ha de serlo deteniéndose al borde mismo de ese misterio del ser de cada uno que es su vocación. Cumple en plenitud si se le ha dejado libre, entero, si se ha dejado su libertad de nacer a ese ser intacto que a cada hombre se le da con su nacimiento. La acción reveladora del maestro, la respuesta verdadera a la demanda de ser reconocido del discípulo, sería dejarlo intacto en vía de despertar. Los hubo estos maestros, y de ello hay testimonio. Los habrá». (*Cartas de La Pièce*. Correspondencia con Agustín Andreu. UPV, Valencia, 2002, p. 258).

La tarea “mediadora” del maestro —que ha de dar “tiempo y luz, los elementos esenciales de toda mediación”; que debe “enseñar a mirar” el mundo, a interpretarlo—, se corresponde en Zambrano con la idea de **educación como proceso de desarrollo y maduración personal**, en el que el alumno no es mero agente pasivo. El maestro, propiamente hablando, no transmite “doctrina”: insinúa más que dice, enseña aludiendo, indicando algo, no diciéndolo todo; es más bien el que inicia a alguien en un camino que ha de recorrer en primera persona. Es, pues, una suerte de guía más indicativo y vital que “doctrinal”, pues que no absuelve de esfuerzo y compromiso a quien pretenda caminar con él para llegar a desarrollarse. La presencia del maestro, en suma, lo es tan sólo cuando se interioriza en el espíritu del educando y pone en marcha su propia iniciativa²³. De donde deriva el carácter esencialmente “mediador” de su tarea, a la que Zambrano se refiere en términos de “conversión”:

«Y el maestro ha de ser quien abra la posibilidad, la realidad dentro del modo de vida, de la de verdad. Una conversión es lo más justo que sea llamada la acción del maestro. La inicial resistencia del que irrumpe en las aulas, se torna en atención. La pregunta comienza a desplegarse. La ignorancia despierta es ya inteligencia en acto y el maestro ha dejado de sentir el vértigo de la distancia y ese desierto de la cátedra como todos, pródigo en tentaciones. Ignorancia y saber circulan y se despiertan igualmente por parte del maestro y del alumno, que sólo entonces comienza a ser discípulo. Nace el diálogo» (*Ibid.*, p. 118).

²³ El prof. Ortega Muñoz subraya la “curiosa coincidencia” entre Sócrates y María Zambrano, a propósito del carácter “mayéutico” de la filosofía: «el racionalismo había olvidado el carácter germinativo del pensamiento desde la propia entraña, y la tarea mediadora de la razón de ayudar a manifestarse» («La razón mediadora de María Zambrano», en *María Zambrano. La visión más transparente*, Trotta, 2004, p. 324-325). El propio Sócrates desvela ese rasgo esencial de su magisterio al afirmar —bromeando— que ejercía, como su madre, el arte de la comadrona o “mayéutica”. Así, el maestro no enseña el saber, sino que ayuda a adquirirlo; con lo cual, sin dejar de ser una conquista “personal”, es también una conquista “en común”, fruto del diálogo, de la comunicación.

c) Escritos sobre educación y enseñanza (1949-1977)

Nos ocupamos ahora de un tercer bloque de manuscritos, que se refieren más bien a lo que podríamos llamar Filosofía educativa. Pues la filosofía, como orientadora de la vida, lleva implícito un acto educativo que significa profundizar, ampliar el horizonte cognoscitivo, enseñar a mirar... Todo lo cual sintoniza con la filosofía entendida como “razón práctica”, como “transformación” de uno mismo y de la propia concepción del mundo; un saber que no reniega de la tradición y de la experiencia, que asume la función de educar a las personas y a los pueblos, de ayudarles a conquistar la propia humanidad. No cabe, pues, limitar o restringir la filosofía a conocimiento o especulación “puros”: implica también “práctica del saber”, al modo de una razón mediadora y “caritativa”, que consuela y alivia la vida del hombre “de carne y hueso”²⁴.

Los textos de que hablamos son los siguientes:

M-429: «Sobre la enseñanza de la filosofía» (1949)

M-12: «De la necesidad y la esperanza» (1949)

M-49: «Los caminos del pensamiento» (incluido en «La palabra», 1960)

M-340: «Los dos polos del silencio» (1965)

M-87: «Una parábola árabe»

M-119: «La actitud ante la realidad» (1965)

M-128: «Filosofía y educación: la realidad» (1965)

M-288: «Las edades de la vida humana» (1966)

M-131: «El aula»

M-142: «El Guía» (incluido en «El Filósofo»)

En ellos se hace referencia a numerosos temas, entre ellos:

²⁴ De ahí que vea en Séneca al “mediador” genuino entre la razón y la vida: «Filosofía de mediador es la suya. La verdad, el “logos” de la filosofía platónico-aristotélica ha descendido a una modesta razón, para el consumo inmediato del hombre que la necesite. El “logos” se ha hecho consolador» (*Pensamiento y filosofía en la vida española*, Endymión, Madrid, 1996, p. 65).

BIBLIOTECA CENTRAL

a) La filosofía como reflexión integradora del acto educativo

Lejos de entender la educación como un conjunto de técnicas, María Zambrano se ocupa de la empresa de llegar a ser realmente persona, pues educar es una tarea que compete a toda la vida humana y no es sólo una cuestión práctica, sino que responde a planteamientos teóricos y reflexivos. Así, en «De la necesidad y la esperanza», escribe:

«Conocerse a sí mismo o a otro –conocer a una persona– es saber qué espera de verdad. El hombre es una criatura impar, cuyo ser verdadero está fiado al futuro, en vía de hacerse. Existe un trabajo aún más inexorable que el “ganarse el pan”. Es el trabajo para ganarse el ser, a través de la vida, de la Historia» («De la necesidad y de la esperanza», p. 123-124).

El enfoque de este escrito pertenece más bien a la reflexión política, pero nos interesa destacar el núcleo de su pensamiento educativo: «el ser verdadero está fiado al futuro, en vía de hacerse». La educación la entiende como una tarea humanizadora, en la que cada uno es protagonista de un proyecto de vida que ha de realizar. Así lo había concebido Ortega y también Zambrano.

b) La filosofía es una reflexión sobre la realidad y la educación se basa en la comprensión del principio de lo real

En «La actitud ante la realidad» (M-119) se observa con claridad la condición de filósofa de Zambrano y expone que la filosofía consiste en la pregunta acerca de la realidad, la cual ha de partir de una actitud ante ella, actitud que tiene que ver con la percepción unitaria que el ser humano ha de disponerse a vivir ante lo real.

Esta es la vocación del ser humano como «criatura predestinada ante la realidad», por ello resalta la importancia de que «el hombre descubra su condición propiamente humana y personal» pues la vocación humana consiste en “realizar y realizarse”. Así se adentra en temas de psicología o de fenomenología de la personalidad pues el despertar de la conciencia condiciona la personalidad y alienta la verdadera libertad.

Para ello aboga por la trascendencia como superación de los propios límites que decide «que la vida se realice plenamente o se vaya desvaneciendo a medida». El principio de la realidad distingue al ser humano del animal, ya que aquél la asimila, la comprende, la transforma mientras que éste no puede más que aceptarla. En el ejercitarse con la realidad reside la condición de la libertad humana.

«Y si la actitud hacia la realidad condiciona su conocimiento y hasta relativamente su presencia efectiva es porque la libertad humana se manifiesta en esto como en todo –hasta en esto– pudiendo hacer decir no, o sí, frente a ella. Lo cual significa entre otras cosas que la realidad hay que descubrirla y que antes que descubrirla hay que buscarla» («La actitud ante la realidad», p. 147).

En esta búsqueda reside la condición moral, que María Zambrano gusta llamar vocación. El papel que Zambrano concede a la educación asume todo su protagonismo en la actitud trascendente a la que hay que disponerse, pues se trata de alcanzar la realidad como «una actividad típicamente moral en la que la educación tiene su decisiva parte» (*Ibid.*, p. 147).

c) La educación como formación personal

En «Filosofía y educación: la realidad» (M-128) se expone claramente la importancia que Zambrano concede a la educación en su reflexión filosófica. El manuscrito comienza así: «Nadie podría negar ni siquiera desconocer la estrecha relación que existe entre el pensamiento filosófico y la acción educativa». La *paideia* griega y la formulación clásica de la educación están presentes en Zambrano. Sin embargo, destaca su preocupación frente a los vaivenes del pensamiento:

«Sucede además que el pensamiento filosófico actual no ofrece ninguna pedagogía, ni haya modo quizás de que nadie encuentre fundamento alguno para deducirla» («Filosofía y educación: la realidad», p. 149).

Para Zambrano la filosofía griega era educativa. Y ello porque los filósofos como Platón supieron hacer filosofía desde su condición de discípulo. Este carácter es ineludible en toda su obra: «Por qué se escribe», «La Guía»,

«La confesión», todos estos escritos señalan la importancia del discipulado como método educativo que posibilita el desarrollo de la personalidad y, aún más, el humanizarse.

El segundo carácter de la filosofía como reflexión auténtica reside en que sea eminentemente educativa. A ello atiende en este artículo. El supuesto educativo reside, subraya de nuevo, en la condición inacabada del ser humano, pero capaz de perfeccionarse. Por tanto, la posibilidad de realización es la educación. Mientras en los vegetales y animales es «cultivo y domesticación». La educación requiere de guía, «La necesidad del guía recalca el hecho de que esta marcha ha de seguir una cierta dirección porque tiene una finalidad».

El tercer rasgo sería su carácter trascendente:

«... transcender es pasar a través de, mas sin por ello abandonarlo. Lo que hace posible este pasar es el tiempo en tanto que transcurre; lo que hace imperativo el no abandonarlo es la condición de sujeto, la especial condición del sujeto responsable... tiene que ir recogiendo el tiempo y llevárselo consigo; que tiene que recoger el pasado para conducirlo hacia el futuro. Educar será ante todo, guiar al que empieza a vivir en esta marcha responsable a través del tiempo» (*Ibid.* p. 152).

Tiempo y realidad como medios que se han de trascender, éstas son las condiciones que si no se toman en cuenta entonces queda falseada la realidad. Pues sólo un buen educador está capacitado para poder desentrañar a los alumnos este principio de la realidad y saber, entonces, interpretar el pasado como germen del proyecto de vivir para y por el futuro. Así dice:

«Educarlo será disponerlo a afrontar, en cualquier época de la historia que se trate, en cualquier región de la tierra, en cualquier régimen político y social, dentro de la clase a la que pertenece, educarle será despertarle o ayudarle a que se despierte a la realidad en modo tal que la realidad no se le des-realice, falta de esa asistencia el hombre, como prenda constante, tiene que pagar todo lo que le rodea» (*Ibid.* p. 153).

Pero, Zambrano se adelanta a los tiempos y comprende que la verdadera educación la realiza cada uno; pues sólo desde el propio asumir se realiza la transformación personal, la mirada distinta hacia lo demás. «No hay educación posible, pues, si sólo existe el educador, es decir: si el primer educador

no es el propio educando». Y aún más, en el pluralismo reinante el educador está solo «ante la inmensa responsabilidad, a veces asistido, a veces lo contrario». Observamos que si educar es creer que puede transmitirse un mundo que será mejor, pues defendemos la capacidad perfectiva humana, entonces no puede olvidarse la dimensión moral o ética y, por tanto, filosófica de la educación²⁵. Este es el nervio del acto educativo: «Mas sucede ... que la filosofía hace ya tiempo que dejó de ser una, y que se encuentra hoy al borde de dejar de ser filosofía».

Así pues, considera que el meollo de la filosofía supone una reflexión que oriente para la vida, que ayude a pensar, ... y rechaza con contundencia que la filosofía se limite a ser metodología, o “testimonio”, o “confesión en ocasiones a la desesperada”. Se sitúa, por el contrario, en una tradición histórica de la filosofía que desde Platón a nuestros días no ha sido ajena a la educación:

«Para que una filosofía pudiese ofrecer al educador de hoy lo que en su menester necesita habría de ofrecerle una idea y una imagen del hombre, de la realidad; ... es decir un conocimiento del hombre en función de su puesto excepcional en el universo» (*Ibid.* p. 154).

d) De lo más general hemos de ir a lo más concreto, entendiendo que hay que reflexionar también sobre la fundamentación del quehacer educativo o sobre qué hemos de saber.

El aula

Así en «El aula» (M-131) comienza reflexionando acerca de la pregunta y defiende que la pregunta es filosófica cuando revela algo del yo. Saber acerca de uno mismo –dice– requiere distancia. Y más si esta «se dispara como queja ... o en la lamentación que tanto tiene de exorcismo».

Nos fuerza a entender que ya en la etimología de la palabra “aula” se plantea un verdadero problema educativo:

²⁵ Sacristán, D., «La formación del profesorado», en vv. AA, *Hacia una pedagogía prospectiva*. Fundación F. Rielo, Sevilla, 1992, p. 88.

«el problema que hoy parece sea el más candente, el más decisivo de todos, a la pregunta que cada hombre se debería de hacer a solas y aún hablando con los demás... si es posible que el hombre exista sin decaer en una condición infrahumana si se entrega solamente a la actividad de la que se derive un lucro inmediato, y si el conocimiento ha de estar medido y sometido a su poder de aumentar el progreso técnico» («El Aula», p. 172).

El aula es el espacio donde cada persona aprende a hacerse preguntas, «símbolo del tiempo no ocupado, del tiempo en que nos damos a pensar, a meditar y aún a rezar quien pueda hacerlo». Símbolo del tiempo disponible para llenar —como la oración— de sentido nuestras vidas. Porque «en la frecuentación de las aulas... se enseñó... a oír, a escuchar, a atender, a dejar que el tiempo pase sin darse cuenta... abrirse al pensamiento que busca la verdad».

Educarse es aprender a valorar, a buscar la verdad, a formarse desde la experiencia para realizarse como persona. Pero María Zambrano atiende también al modelo, al maestro como elemento necesario en la educación. Y dice como colofón de esta reflexión sobre el aula: «Y a mucho más: a estar frente a un maestro que representa siempre, que es en verdad por poco brillantemente que cumpla su cometido, un mediador. Y esto de la mediación es cosa también a meditar».

En efecto, la mediación es uno de los rasgos de la razón poética, el mediador pone en relación, atiende, cuida,... nos personaliza en cuanto que nos procura un proceso que nos acerca al vivir, pues la vida es camino que tiene un sentido. Y concluye:

«Y todavía algo más: las aulas se recorren, se va de unas a otras según se pasa de un curso a otro. Y ello solo es ya una iniciación a la vida. El asunto es largo, quede para otro día» (*Ibid*, p. 173).

Otro tema importante en María Zambrano es el de la educación de la mirada. Ya en su primera obra *Horizonte del liberalismo* (1931) dice en su dedicatoria "A mi padre, que me enseñó a mirar". La educación es un saber mirar, un ensanchar el horizonte y, sobre todo, un aprender a dirigir la mirada, despegarse de prejuicios, nimiedades, malos cálculos y levantar la mirada, tener sentido crítico, adquirir criterios, aprender a interpretar. Así dice en un bello texto que titula *Una parábola árabe*: «que nada es feo si se lo mira en otro medio más puro, más inteligente. Y llevando al extremo esta situación, se podría presentir que la mirada sea capaz de rescatar toda fealdad, toda medio-

cridad, la mirada de quien sepa al mirar crear un medio purificado, lavado, como la pared bizantina» («Una parábola árabe», p. 135).

El acto educativo exige un modelo

En muchos textos, María Zambrano ha reflexionado acerca de la importancia del modelo, o la edificación que ha de ejercer el maestro. Le llama guía, padre... : «El guía... no es más que la presencia, en diversas formas de ese transitar infinito que aquí en la tierra sólo podemos llamar ilimitado» («El Guía», p. 175). Se percibe la importancia del guía porque él es presencia del ansia de trascender que existe en el corazón humano, el guía transmite el deseo de la infinitud que se persigue porque se anhela siempre un ideal, mas un ideal que se pueda realizar en la vida concreta. «Mas el Guía atraviesa las circunstancias y se aviene al par a ellas». Esta es, pues, su mediación tan concreta como trascendente; de ahí la escucha de verdades que sólo se vislumbran y el maestro conoce, y con su interpretación enseña: «El guía esclarece las circunstancias y las hace transitables».

En este manuscrito Zambrano relaciona —como hace tantas veces— al filósofo, al poeta y al místico. Estas experiencias se parecen en el ansia de luz y de saber que el ser humano siente, aunque difieren porque la filosofía reclama un “a priori” que, según Zambrano, se vive religiosamente, mientras que en la experiencia poética esta plenitud no se alcanza suficientemente. Dice: «Por él la experiencia de la vida es trascendente». Todo este escrito es una reflexión acerca de la filosofía y de la poesía, como hiciera en *Filosofía y Poesía* (1939), en la pregunta acerca del origen de la vida, del ser humano y el comienzo del saber. Zambrano alienta desde esta pregunta un deseo de saber acerca de la trascendencia y del lugar que ocupa en el mundo el hombre y la ciencia²⁶.

Igualmente en un breve poema *On fuoo* dice: «El hombre es el que padece, reflexivamente, su propia trascendencia»²⁷. Este texto expone la trascendencia humana y al tiempo el proyecto natural del hombre que consiste

²⁶ «Nace la poesía como todo hacer trascendente de la ruptura de un orden anterior a la separación del hombre como criatura singular a su existencia propiamente. Mas como el hombre tardó un tiempo en sentirse existir... surgió lo primero el poetizar» («El nacimiento de la poesía», manuscrito incluido en «El Filósofo», M-142).

²⁷ Incluido en el manuscrito «El Filósofo» (M-142).

en la tarea de hacerse. Esta reflexión tan importante para la Filosofía y para la Educación encuentra eco en la tradición que va de los griegos a Ortega.

El tema del "guía" es uno de los que tienen un sentido que a María Zambrano le entusiasma; más que la visión, propia del racionalismo griego, defiende la escucha. «El hombre está siempre oyendo algo. En marcha sintiendo este algo más que viendo. Este algo que oye le guía»²⁸. Educarse y aprender consiste en un estar en marcha sintiendo este algo que nos llega, más que viendo. La educación es escucha, requerimiento de ayuda, de guía para seguir caminando, pues se tiene la necesidad de un maestro.

Aboga por la autenticidad del educador y del educando basadas en la actitud del que enseña, lo cual se refiere siempre a un acto personal, y de quienes desean aprender por el ansia de saber, mas defiende también que la impartición de las materias no deben ser dictadas por la forzosidad estatal, sino a favor de la formación personal. Estos son criterios alejados tanto de practicismos de moda como de la titulitis pragmatista.

Así, en «Sobre la enseñanza de la filosofía» (M-429), leemos: «Una escuela de Filosofía abierta fuera de las exigencias del Estado y aun de la sociedad, sin supuestos sociales ni profesionales de ninguna clase, que se mantuviera sólo de la libre y ociosa ansia de encontrar la verdad» (p. 121).

Cuando Zambrano hace historia de la filosofía va al origen. En *El camino recibido (Fragmentos)* advierte que el poema de Parménides no es del todo un camino, pues parte del principio de identidad que iguala el pensar y el ser haciendo que «El ser repose sobre sí mismo»²⁹. Sin embargo, Zambrano busca más que la identidad «la unidad o la unión primera»³⁰. Es más, afirma que «la existencia histórica comienza a partir de una unidad que se pierde. Allí donde hay escisión en el ser humano, y la inevitable primaria y determinante separación de su ser con todo y con el todo»³¹.

Para saber tomar estos caminos como recibidos, Zambrano recurre a la educación «El camino recibido le sirve al humano cuando ha sido abierto y dado no ya por un animal sin cualificación, sino por un animal guía. Y después, en esta-

²⁸ El texto, fechado en La Pièce, el 23 de octubre de 1964, figura en el manuscrito M-340 («La Palabra»).

²⁹ *El camino recibido*, *Anthropos*, nº 2, 1987, pág. 125.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ *Ibidem*.

ción plenamente humana, por un hombre-guía»³². Frente a la identidad Zambrano subraya siempre la relación, cuanto más en el acto educativo que requiere de un maestro y un discípulo. El maestro o guía ha de tener unas cualidades:

«Y es propio del guía no declarar su saber sino ejercerlo sin más. Enuncia, ordena, a veces tan sólo indica. No transmite una revelación... Su trascendencia viene tan sólo de su cumplimiento... un guía ofrece ante todo... una cierta música, un ritmo o una melodía que el guiado tiene que captar siguiéndola. De ahí que el que recibe un camino guía haya de salir de sí, del estado en que está, haya de despertar, siendo consciente»³³.

La educación como comunicación

En María Zambrano existe un tema recurrente que es el silencio o la soledad, actitudes semejantes porque son previas al acto del conocimiento o de la verdadera comunicación. Son actitudes que están en el frontispicio de un auténtico aprendizaje. Así escribe «Los dos polos del silencio» y dice que el polo positivo del silencio es vigilia o despertar de la comunicación: «Es el silencio diáfano en que se da la pura presencia, la presencia total tan total como lo humano puede serlo» («Los dos polos del silencio», p. 138). Distingue un silencio negativo cerrado al diálogo y el positivo abierto a la comunicación:

«Ya que es por un específico silencio que llevan consigo las palabras surgidas del saber que no acaba de serlo, del saber que busca a otra mente, a otra presencia, del saber que se busca a sí mismo en comunidad —“la ciencia que buscamos”—, según Aristóteles nombraba a lo que después llamaron metafísica —es el que ofrece el diálogo, el que ya es diálogo en sí mismo, aunque por el momento nadie entre en él, dentro de él» (*Ibid.*, p. 139).

María Zambrano defiende en el diálogo su capacidad de comunicación, el silencio como preámbulo de un diálogo pensado, razonable, abierto al otro, desprovisto de sí mismo, pues hay silencios violentos o humillantes “soledad sin palabras”, «la presencia de este poder solitario, es el reflejo negativo y negador de la presencia total en que se funden poder, saber y amor» (*Ibid.*, p. 140).

³² *Ibidem*, pág. 126.

³³ *Ibidem*.

3. A modo de conclusión

Los numerosos textos que María Zambrano dedica a la educación nos llevan a afirmar que no son un complemento ni un añadido de su obra, sino que constituyen con su reflexión filosófica una forma de vivir y de pensar. Así se dice de ella: «En aquest textos, es fa patent la recerca d'una filosofia que sigui educativa *en su esencia, en su forma, en su capacidad de llegar a todos*»³⁴.

No se trata, por supuesto, de hacer de Zambrano un "genio" de la pedagogía, ámbito hacia el que nuestra autora muestra no poca reticencia, quizá por su oposición a una educación entendida como transmisión lineal de un saber exterior y, por tanto, muerto, separado de la vida. Educación, pues, no equivale a "adquisición" de unos u otros contenidos; el protagonismo se traslada justamente al *esfuerzo conjunto* de maestro y discípulo, que «salen juntos en busca de la verdad y mutuamente se animan y aguijonean»³⁵. De donde cabe concluir cierta actitud de "resistencia", cuestionadora de las carencias e insuficiencias de la realidad; la educación deviene así en formación renovada y auténtica, insertada en la vida del hombre, donde se aviva y manifiesta.

De ahí que la lectura "pedagógica" de la obra zambraniana no pueda limitarse a una mera yuxtaposición de textos, más o menos acordes con la forma dominante de pensar la educación, privando así a su pensamiento de la arista irónica que lo define: «la única pedagogía eficaz —escribe— parece ser la de la ironía». Más que intentar acomodar sus observaciones y reflexiones a los planteamientos educativos al uso, lo apropiado sería afrontarlos más bien como un pensamiento cuya mayor virtud reside justamente en ponerlos en cuestión.

Sólo nos resta expresar aquí nuestro sincero agradecimiento a la "Fundación María Zambrano", y en especial a su Director, el profesor Juan Fernando Ortega Muñoz, por las facilidades dadas para acceder a los manuscritos de Zambrano, absolutamente imprescindibles para el presente trabajo.

Ángel Casado

Juana Sánchez-Gey

Universidad Autónoma de Madrid

³⁴ Larrosa, J. y Fenoy, S., *María Zambrano: L'Art de les mediacions (Textos pedagógicos)*, op. cit., p. 17 ss, p. 38.

³⁵ *Hacia un saber sobre el alma*, op. cit., p. 85.

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

La edición que presentamos reproduce fielmente los manuscritos tal como figuran en los fondos de la Fundación María Zambrano (Vélez-Málaga), con la única salvedad de que se ha actualizado la ortografía, la acentuación y la puntuación, con vistas a facilitar una mejor comprensión. Aunque se han corregido algunas erratas manifiestas, hemos preferido mantener aquellos términos o frases, de estructura gramatical no estrictamente correcta, pero que no alteran el sentido del pasaje. Se mantienen asimismo los subrayados y el entrecomillado en los títulos de las obras. Cuando es el caso, las interpolaciones del editor en el texto original se atienen a las siguientes siglas:

- [...] Faltan palabras o texto en el original
- [en] Palabra que se interpreta que falta.
- [en?] Palabra incorporada por el editor, con reservas.
- [¿] Palabra ilegible en el manuscrito.

3. A modo de obituario

Los años sesenta fueron para María Zambrano un período de gran actividad intelectual. En 1960 publicó *El dolor y la esperanza*, un libro que constituye una de sus obras más importantes. En 1961 publicó *El ser humano y el mundo*, un libro que constituye una de sus obras más importantes. En 1962 publicó *El dolor y la esperanza*, un libro que constituye una de sus obras más importantes.

María Zambrano fue una mujer de gran actividad intelectual. En 1960 publicó *El dolor y la esperanza*, un libro que constituye una de sus obras más importantes. En 1961 publicó *El ser humano y el mundo*, un libro que constituye una de sus obras más importantes. En 1962 publicó *El dolor y la esperanza*, un libro que constituye una de sus obras más importantes.

Solo nos resta expresar aquí nuestro sincero agradecimiento a la "Fundación María Zambrano" y en especial a su Director, el profesor Juan Fernando Ortega Muñoz, por la hospitalidad debida para acceder a los manuscritos de Zambrano, absolutamente imprescindibles para el presente trabajo.

Ángel Casado

Juana Sánchez-Gay

Universidad Autónoma de Madrid

¹ Véase el *Journal of Hispanic Studies*, vol. 1, no. 1, 1969, pp. 1-10. Véase también el *Journal of Hispanic Studies*, vol. 1, no. 1, 1969, pp. 1-10.

² Véase el *Journal of Hispanic Studies*, vol. 1, no. 1, 1969, pp. 1-10.

LAS DOS PREGUNTAS

MARÍA ZAMBRANO

I

ARTÍCULOS ESCRITOS PARA LAS REVISTAS *SEMANA Y ESCUELA*

(1963-1965)

(1962-1963)

REUNION Y ESCUELA
MEXICANOS ESCUELOS EN EL PASADO

ORIGENES ALBANO

LAS DOS PREGUNTAS

Son muchas y variadas las preguntas, pues el preguntar es mucho y se va haciendo cada vez más amplio y más complejo a medida que el hombre va haciendo uso de la razón.

Mas estas varias clases de preguntas se dan dentro de las dos grandes especies de la pregunta. Cada una de estas especies tiene sus antecedentes también, su prehistoria. Y así la pregunta maravillada, la pregunta acerca de lo maravilloso hecha con ánimo maravillado, ha precedido a la pregunta acerca del ser o de la realidad de las cosas, que señala la especie más pura de la pregunta intelectual, de la pregunta que va en busca de conocimiento.

¿Qué son las cosas?, es lo que se pregunta el sabio griego, uno de los siete, Tales de Mileto, iniciando plenamente con ella algo que no es ya sabiduría ni simple saber de experiencia, sino filosofía. Y la diferencia estriba ante todo en [que] las preguntas de la sabiduría o del saber de experiencia tienen respuesta ya. No van en busca de lo que no se sabe, no constituyen ellas mismas el saber o la ciencia "que se busca", según la expresión de Aristóteles refiriéndose a la Filosofía. En la sabiduría tradicional que precede y con mucho a la filosofía, la pregunta no abre el camino a la respuesta, sino más al contrario: es la existencia de la respuesta la que suscita la pregunta o la inspira. Y por ello abundan tanto en la sabiduría, en las sabidurías de todo tiempo y lugar los enigmas. Pues enigma es una respuesta disfrazada de pregunta, de lo que en tantos juegos infantiles de preguntas y respuestas ha quedado el rastro. La respuesta está jugando al escondite en la pregunta. Y en este caso sobre todo además de otros, la pregunta no la dirige el ignorante al sabio, el que apetece saber al que sabe ya, sino a la inversa: el que ya sabe al que todavía no.

Y a veces es la vida, ella, la que presenta el enigma a descifrar suavemente y como si no lo hiciera, el enigma en que se contiene la cifra y la palabra del destino. Y a ello en verdad, son introducción los enigmas que el sabio plantea al ignorante, el viejo al niño: le enseña a tratar con el enigma, a familiarizarse con su presencia, a reconocer su aparición. Y quizás también entre los enigmas

que el anciano propone al niño se ha deslizado alguno inadvertido que es ya el que el destino le tiene preparado. Y así cuando ante él se encuentre un día tal vez algún eco se despierte en su propio corazón que le oriente o que lo sostenga. Ante los enigmas que el destino nos presenta el corazón tiene que permanecer dueño de sí y para ello necesita ser sostenido.

Sucede cuando nos preguntan, seamos estudiantes o maestros, que lo primero que se experimenta es un sobresalto, una especie de sentirse sorprendido "in fraganti", como si hubiésemos descuidado algo, o dejado en olvido, por lo menos. Y aun puede ocurrir que tratándose de una pregunta para la cual disponemos de adecuada respuesta, al sobresalto suceda un vacío en la mente. Nada hay más contrario para salir de esta situación que el esforzarse para salir de ella. Por el contrario, hay que sostenerse en ese vacío de la mente con un corazón firme. Y entonces, sólo entonces es cuando aflora la respuesta: una respuesta todavía más precisa de la que creíamos tener. Entre la pregunta y la respuesta debe de existir, de mediar, un vacío, una detención de la mente, una cierta suspensión del tiempo. Por varias razones que procuraremos ir manifestando, mas ante todo por esta que ahora señalamos: que el corazón debe de asistir en todos los sentidos de la palabra al acto de responder de algo, porque responder es ante todo responder ante algo, presentarse ante algo. Y sin la asistencia del corazón la persona nunca está del todo presente.

Y así cuando en la tradición no desaparecida de la sabiduría o saber de experiencia, el que sabe presenta la cuestión, el enigma que puede hasta tomar la forma de un modesto acertijo al que no sabe, el hombre maduro o el anciano al niño, le está enseñando, "entrenando", a sostenerse con el corazón, a solas con su corazón sobre el momentáneo vacío de la mente ante las situaciones enigmáticas que la vida se cuidará de irle presentando.

Siempre quedará algo de esto, de esta situación en la otra pregunta, cabeza visible de una especie de preguntas, la puramente intelectual del pensamiento filosófico. Pues que se trata siempre de una pregunta. Mas la radical diferencia entre las dos preguntas estriba en que la pregunta filosófica es la que entre todas, el hombre se ha hecho a sí mismo, a solas consigo mismo; en un vacío sin sobresalto, pero aún mayor. De todo ello, se seguirá hablando.

Roma 29 de enero de 1964

María Zambrano

SEMANA

QUÉ ES LA ADOLESCENCIA

III

De lo enunciado en los artículos anteriores, acerca de la adolescencia, parece desprenderse que la adolescencia encierre algún secreto de la vida específicamente humana. O a lo menos que descubra en modo más evidente la condición propia de lo humano.

Parece ser así porque el reconocimiento de la adolescencia y aun su auge, es un hecho que depende de la historia; un lujo en cierto modo que se da en ciertos momentos de la historia cuando el hombre ha entrado mayormente, con mayor audacia y resolución a tomar posesión de la Tierra en todos los aspectos. Diríamos un lujo del "humanismo". Recuérdense como ejemplos el momento de la Democracia ateniense del que para nosotros es centro y víctima al par, el viejo Sócrates rodeado de adolescentes, y el de la Florencia de Lorenzo el Magnífico, cuando el adolescente pintor Botticelli pinta el cuadro de la Primavera para conmemorar las justas poéticas en que fue premiado el poema del adolescente Angelo Poliziano, de las que fue Reina la adolescente —muerta ya cuando el cuadro se pintó— Simonetta Vespucci, y héroe casi mitológico Juliano de Medici. Todos los genios florentinos de aquella hora, el filósofo Pico de la Mirandola comprendido, no sólo resplandecieron en su adolescencia sino que se puede decir que fueron genios de la adolescencia en tanto que tal. Y aún la ciudad misma de Florencia con su ardiente tensión, con su extremismo, es la expresión de la adolescencia, cómo al fin la adolescencia, dada más a la destrucción que a la construcción, hubiera conseguido construir y aun construirse.

Es como un "más", pues, el estado de adolescencia, como un lujo que puede como todos los lujos ser fatal cuando no está sometido a la disciplina que dimana del cumplimiento de una finalidad.

Y es que la adolescencia si es algo es la irrupción de lo específicamente humano que es la necesidad y el entusiasmo de crear. A lo que se puede objetar diciendo que la niñez es espontáneamente creadora; que el niño crea sin

darse cuenta. Y es cierto. Pero existe una diferencia entre el crear espontáneo de la niñez y el modo de creación que en la adolescencia irrumpe. En el niño el "YO" no está revelado; la niñez es un proceso de separación en que el individuo como tal se va descubriendo a sí mismo. En la adolescencia este ser separadamente, esta soledad propia del hombre se presenta avasalladoramente. Se produce pues la revelación del individuo, y el individuo humano es por necesidad creador o por lo menos hacedor.

A ello se une la revelación de lo que el autor de estas líneas se resiste a llamar "sexo", prefiriendo la antigua denominación de "eros", de amor que conduce a la generación, lo cual es perfectamente coherente con lo dicho, ya que esta especie del amor está determinada por la necesidad y la apetencia de crear también, de dar vida a otros seres humanos que desde más allá de los confines de la vida visible llaman por ser nacidos.

Así que el adolescente al mismo tiempo que se descubre como individuo, como ser incanjeable con otro, siente el avasallamiento de la fuerza que le impone traer al mundo otros seres originados —ya que no creados propiamente— de él, y por la apetencia de responder al mundo en torno que se encuentra hecho, con algo suyo: una acción, un pensamiento, una obra.

Mas ello no sucede tan simplemente. Por el momento se trata de un conflicto; de un conflicto con el mundo ya establecido, con el amor naciente, de un conflicto consigo mismo, que es el que más cuenta. Y si el adolescente se encuentra en conflicto con lo que le rodea es porque lo está consigo mismo, porque no ha podido todavía ordenar el caos que [en] su alma despierta la revelación de la totalidad de la vida, de su vida. Y ya esto solo, si piensa un momento, produce vértigo: que la vida se presente así en un instante como "toda la vida", toda la vida con la que hay que hacer algo. Por eso tan a menudo el adolescente la quiere dar toda ella, lo que puede dar origen al heroísmo o bien a una acción destructora contra la sociedad o contra sí mismo. La adolescencia lleva consigo la sombra del posible suicidio al lado.

Educar la adolescencia es salvarla, salvar su poder individualizador y creador del caos que la acecha. Y conviene recordar que a mayor poder creador corresponde mayor extensión de caos. El maestro no puede olvidarlo.

Roma. 31 de marzo de 1964

SEMANA

EL RUMOR

El rumor es de muchas clases. Rumor físico, ese rumor que es el signo de la vida y cuya total ausencia da la impresión no ya de muerte sino de haber llegado a otro mundo. A un mundo totalmente extraño. Y sería curioso para un investigador de las reacciones psico-fisiológicas del ser humano el observar cómo en un ambiente donde el rumor llegue al mínimo o donde, artificialmente, se haya logrado anularlo por completo la respiración se dificulte, tienda a inhibirse.

Pues que existe un rumor inicial, sobre el cual vienen a darse los rumores producidos por el ajetreo humano y por el de las máquinas. Un rumor inicial que no desaparece nunca ni en esas ocasiones en que en la noche cerrada o en medio de la naturaleza a solas llamamos silencio. En verdad el silencio absoluto no existe espontáneamente. Hay siempre una vibración en el aire y en las noches del trópico, noches de Puerto Rico, cuando el "Cocu" se adormenta fatigado la vibración, cuán próxima, de las estrellas se transforma en un rumor que se entreoie. Y que puede llegar hasta oírse, si este silencio dura.

Quizás sea el oído, el oído órgano privilegiado del alma humana que transforme la vibración por sí misma inaudible, en rumor y en ciertos privilegiados momentos, en música,

Pues sucede que si observamos nuestro espacio interior, encontraremos que nunca está vacío ni tampoco callado. Y así lo corroboran en el extremo, la exigencia y los verdaderos adiestramientos de los que siguen la vía de la perfección en todas las religiones, digamos, serias. En esta vía hay un uso constante de la metáfora del rumor y del silencio. Y también del equivalente del silencio —o de su condición—, el vacío.

El acallamiento de las pasiones es el primer grado en esta escala de perfeccionamiento moral al que sigue inmediatamente el acallamiento impuesto a ese parloteo continuo, a esa charla que ocupa nuestro espacio interior —se llame alma, se llame psique— y que tantas veces nos sorprende a nosotros mismos como si unos desconocidos personajes se hubieran deslizado a es-

condidas dentro de ese nuestro recinto. Ese recinto que sin necesidad de llegar al ascetismo místico todas las morales exigen defender a lo menos con la vigilancia de la atención constante. Todo ello es otro capítulo de "las cosas del alma".

Cerrado pues, este paréntesis, retornemos al inicial rumor con que o bien se anuncia la presencia de la vida y del cosmos todo y de nuestro propio ser, sea porque efectivamente lo haya, sea porque nuestro humano oído movido por la psique llegue a crearlo. Estamos siempre en medio de él, fuera y dentro. Nunca estamos del todo silenciosos. Y aun en sueños podemos percibir esa especie de zumbido de un enjambre de abejas en ciertos momentos, de insistentes mosquitos en otros. Ese rumor de insecto que justifica por sí solo que el alma haya sido designada en los aurorales tiempos de la cultura griega, con el nombre de un insecto, "psique", mariposa. Un insecto que es también símbolo de libertad. No canta la mariposa, como se sabe, ni emite un particular sonido; mas una mariposa no está nunca quieta, le vibra el delicado cuerpo, le vibran sobre todo las alas. Y esta vibración produce un leve sonido inconfundible, misterioso y tenaz, un hilo de seda que no se rompe y que parece sea un reflejo de un desconocido, inaudible sonido del mundo todo, del cosmos que vibra siempre. Esa vibración inicial, de antes y de después, que parece condensarse en el latir del corazón, tenaz.

Roma, 28 de junio de 1964

María Zambrano

*SEMANA***“LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD”**

Sabido es. El catorce de julio fue tomada la fortaleza de la Bastilla, liberados sus presos. Lo que no se recuerda tanto es que el acontecimiento tuvo ante la mirada de los coetáneos escasa importancia, cosa que por lo demás no es la primera vez que sucede con los acontecimientos históricos; muy a menudo los sucesos que deciden la marcha de la historia, los que serán llamados “históricos” en grado eminente, pasan desapercibidos ante la atención de los más.

La toma de la Bastilla, como bien se sabe, es el arranque nada menos que de una nueva época en la historia de occidente. Se inicia con ella la Revolución Francesa que no solamente en Europa, sino en el Nuevo Mundo tanta decisiva influencia ha tenido.

Todavía la Revolución Francesa sigue siendo el paradigma de la tragedia histórica moderna. Pues que categoría de tragedia solamente puede tener un suceso del que, a través y más allá de los horrores que hasta ahora acompañan la humana historia, manifieste una proposición esencial al humano destino. Una palabra. Sin la palabra los sucesos históricos por históricos que sean no alcanzan nunca la altura del hombre, lo que quiere decir que no llegan a ser universales.

Plenamente universales son las palabras “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, valen para todos los hombres en cualquier momento, cualquiera sea la circunstancia, la condición misma de las gentes. Mas la duda, la angustiada duda que a los occidentales se nos presenta es si acaso hemos sabido darnos cuenta cumplida de lo que implican tales palabras, cada una por separado y todas tres juntas.

Pues que esas palabras señalan un mundo, un mundo moral y social nuevo que sucede al mundo patriarcal. Este mundo antiguo que parece sea ya pasado como la noche cuando llega el día, ante la claridad de las palabras que venimos considerando, este viejo mundo estaba centrado en la autoridad de un sólo hombre: Emperador, Rey, Príncipe o Señor feudal; en él se concentraba la voluntad, la libertad; no conocía iguales sino para pelear con ellos o para

tratar temporalmente con ellos; es el mundo en principio de la guerra, de la imposición por la violencia en el cual la obediencia se fundaba en no haber otro remedio que obedecer o perecer. Mientras que este mundo nuevo que saltaba a la vista en lugar de la autoridad está el común consenso, la libertad limitada libremente, el no tomarse uno toda la libertad para que los demás también tengan la suya, el mundo donde la obediencia no es ya necesaria porque ha sido sustituida por la razón que es al mismo tiempo amor, amor al orden común, que bien puede ser el Padre común, lo cual produce una igualdad que es fraternidad. Al mundo de la autoridad y de la libertad concentradas en un sólo hombre sustituía el mundo de los hermanos.

Mas que así suceda efectivamente depende de la práctica constante de unas cuantas virtudes, ¿por qué no decirlo? cristianas, aunque puedan extenderse a todos los hombres de buena voluntad. En el fondo último sería esta buena voluntad mantenida lúcida y constantemente la que podría llevar a su cumplimiento la promesa contenida en las preciosas palabras. Se trata pues de la entrada en un mundo sustantivamente moral. Y la novedad consiste, exigencia y promesa, en el tránsito de una historia espontánea, guerrera, hecha de victorias y de derrotas a una historia sin vencedores y sin vencidos, en que todos los hombres sean moralmente iguales, pues que es esta dignidad la que primero y sobre todo cuenta; el resto debe de ser por ella informado, traído. Pues que si no es así, de nada servirá. El pan para ser pan verdadero debe de ser ganado, ofrecido, dado, recibido, consumido fraternalmente.

Roma 14 de julio de 1964

María Zambrano

SEMANA

LA COMUNICACIÓN ENTRE LOS SENTIDOS

Es cosa probada experimentalmente la comunicación entre los sentidos. Tanto en seres de la escala zoológica como en el hombre se ha hallado algo en verdad poco sorprendente para aquel que hubiere observado con un poco de atención los casos de la vida.

Y lo que se ha averiguado es que el hábito de reaccionar a un estímulo muy vivo en el campo de la visión hace elevar el timbre de la voz, oír [por] ejemplo. Es decir que las cualidades de un campo sensorial se comunican a otro. Mas también es fácil de constatar lo contrario, y es que la debilidad o la carencia de un sentido, al menos en el hombre, determina el afinamiento más allá de lo normal de otro, como en el conocido caso de la agudeza auditiva de los ciegos. En los dos casos se revela una intercomunicación sensorial, como si una capacidad sensorial unitaria se distribuyera, se avivara, circulara en suma entre los sentidos mayormente diferenciados, ya que entre los otros resulta tan evidente que ni se hace siquiera necesario el enunciar la intercomunicación, por ejemplo, del gusto y del tacto.

Lo que no sabemos es si se ha averiguado algo de la forma o conformación que sigue esta intercomunicabilidad sensorial. De si se efectúa con mayor intensidad cuando va en una dirección que en la contraria, de esas dos que hemos aludido —cuando un sentido se intensifica cuando se intensifica otro o cuando por el contrario, disminuye o desaparece—. De si se ha averiguado sobre todo si hay un sentido dominante.

Pero es muy posible que esto último no acuda a la mente de los investigadores con tanta facilidad. Porque está muy hundido en lo más íntimo de la tradición occidental el creer y dar por sabido que el sentido de la vista sea el rey de los sentidos, como el león lo es de los animales de la tierra y el águila de los del aire. Es herencia dejada por la Grecia clásica; la de la Filosofía, la de la escultura, la arquitectura y hasta la política.

Y así, términos tan decisivos para el pensamiento humano como el de "idea" viene del sentido que los primeros filósofos griegos dieron al contenido de

la visión. Las ideas son también en Platón "morfe", forma. El término "teoría" viene del verbo "theorein", la forma suprema, contemplar.

La disputa que a fondo condujo Aristóteles contra los pitagóricos, tuvo el sentido o por lo menos la consecuencia de subordinar el campo acústico al visual, de avasallar en cierto modo al oído y la música expresión suprema del mundo auditivo.

Y así la verdad, la certidumbre entre los occidentales están ligadas a metáforas o imágenes propias de la visión. La "evidencia" es el sumun de la verdad, o la verdad en su forma absoluta y así empleamos esta palabra sin darnos cuenta siquiera de que empleamos un criterio visual. Algunos rastros quedan en el lenguaje de la antigua valoración del mundo acústico cuando se dice, por ejemplo, que algo suena a verdad o que algo suena como moneda de ley.

Según algunos investigadores de los tiempos aurorales de la humanidad, fue el oído el órgano dominante de la percepción y del conocimiento. Y el ritmo natural el punto de partida para la música y la palabra. El hombre que comenzó a tallar la piedra lo hacía según ritmo que tenía una significación muy precisa. Los primeros monumentos de piedra son un lenguaje, el primero. El intelectualismo propio del Occidente, según estos mismos investigadores, se origina del predominio de la visión, del mundo de lo visible.

Se trata de unas investigaciones complicadas que exigen una suma extraordinaria de saber para ser solamente entendidas. Mas cabe, ya que de cosa humana se trata, hacer una prueba recogiendo en sí mismo para oír sin ver y después por el contrario, abandonarse por entero a la visión sin atender al oír, y se podrá observar quizás cómo dos mundos diferentes surgen y aun dos modalidades de la propia alma. Lo cual no contradice a lo enunciado acerca de la intercomunicabilidad de los sentidos. Pues que en un caso, si predomina la visión el oído quedará como colonizado por ella, ya sea que se le subordine complementándola, ya que se oscurezca, ya que se rebele contra ella. Por lo cual habría que aspirar en el mundo de los sentidos también al logro de una unidad superior en que todas las diversidades llegando hasta su máximo desarrollo se armonicen. Y entonces todo sería rescatado y todos los pasados de la humana historia, y todo el porvenir quedaría abierto.

Setiembre de 1964

María Zambrano

SEMANA

ENTRE EL VER Y EL ESCUCHAR

Algo se forma entre el ver y el oír; entre el mirar y el escuchar. Algo más, como en las combinaciones químicas en que un cuerpo nace de la combinación entre dos elementos. El agua, por ejemplo.

Y para que algo nuevo nazca de la combinación de dos o de más elementos, han de ser ellos diferentes, o contener, si son sustancias compuestas, un elemento diferente que es liberado al producirse la combinación. Es decir que lo igual se suma o lo diverso es lo que combinándose da origen a algo nuevo.

Mas no resulta cosa tan simple el buscar qué es lo que se produce cuando dos sentidos se combinan entre sí, porque es un tanto inasible como lo son en grado sumo todas las cosas de nuestra psique. Y antes, porque cada sentido tiene su cortejo, sus ayudantes en otros sentidos revelados o no. ¿Sabemos acaso cuántos sentidos en verdad tenemos? ¿No existirán sentidos desconocidos todavía, implicados en otros o emplazados en lugares del sistema nervioso no identificados todavía?

No es desde un punto de vista fisiológico, sino psicológico como nosotros abordamos aquí los sentidos. Y aun verdad más que de una consideración psicológica, se trata en estas notas, de una consideración modestamente fenomenológica, de una reflexión sobre los datos de nuestro sentir.

Pues de lo que sentimos se trata antes que nada. Descifrar lo que se siente, percibir con cierta nitidez lo que dentro de uno mismo pasa, es una exigencia del ser persona. La vida que dentro de nosotros fluye pide una cierta transparencia.

Los sentidos, es decir lo que a nosotros llega a través de ellos, se recorta sobre un cierto fondo. Un dato sensorial supone y lleva consigo todo un mundo, quizás el mundo todo. Mas de una cierta manera. Un sentido es un camino hacia la realidad, una vía de acceso a ella. Lo cual sucede sin duda porque la realidad, ella, es inagotable. Y porque hemos perdido, si alguna vez lo tuvimos, el contacto inmediato con ella.

Vista y oído son los dos sentidos príncipes, los dos más nobles, los más diferenciados también, ya que tacto y gusto son como modulaciones de una sensibilidad general. El olfato se acerca un poco al oído. Los dos se recogen dentro de una cavidad sinuosa.

El oído recoge los sonidos, es obvio. Mas estos sonidos son sentidos como llamadas, avisos, señales que anuncian que algo va a llegar o que algo se está yendo. Los rumores tienden a hacerse sonidos dentro de una atención espontánea, que es la que nos muestra más que la atención voluntaria, el originario sentir que nos habita y que nos mueve. Cuántas veces creemos que nos llama una voz cuando solamente se trata de un sonido emitido ni siquiera por un ser animado: por una puerta que chirría, por un cristal que vibra. Y en el viento discernimos lamentos, llantos, quejas. Los rumores y aun los sonidos tienden inmediatamente a cobrar alma, como si el sentido del oído fuese un órgano conectado muy íntimamente con ella, con sus secretos temores y esperanzas. Y así, al filo del oído, de los errores que nos hace cometer, podemos discernir esa última y secreta, indefinible esperanza que nos habita de ser llamados por nuestro nombre por alguien y aun por algo que no conocemos, de oírnos llamar de una vez por todas, una voz que nos procure la íntima certeza de sabernos conocidos, conocidos del todo, enteramente identificados por alguien o por algo más allá de lo cotidiano.

Lo que se oye mueve el ánimo todavía más de lo que se ve. El grito de la víctima es más desgarrador que [la] propia vista. Y una palabra sola puede más que la presencia real de una persona cuando se trata de creerla, de creer en ella. Lo que se oye es más prenda de fe que lo que se ve. Lo cual no deja de estar en relación con la definición tradicional de la fe que dice que fe es creer lo que no vemos. Mas en esta misma tradición se cree por la palabra escuchada y guardada.

Entre lo visto y quien ve existe una distancia. Una distancia que no sólo es física —que existe también en el oír— sino en el ánimo, en la actitud del que ve, que aunque se acerque físicamente para ver mejor al objeto de mira, se está alejando al mismo tiempo para darle espacio, lugar donde se recorte. Y así lo visto se convierte o tiende a convertirse en objeto. Lo que se oye, al contrario, se adentra en el ánimo, en el interior. Cuando se produce una reacción motora, un movimiento, si se trata del ver es ir a tocar lo visto —se haga o no— y cuando se trata del oír, es también ir mas no a tocar, sino en principio es un ir que es un acudir o un presentarse. A no ser que en lo oído específicamente haya señales de algo que hay que ir a ver. Lo que llega por el oído llama a la unión —y así Ulyses hubo de taparse los oídos para no oír el canto de las sirenas—. Es la voz la portadora del destino. Mas será preciso seguir hablando, ya que no hemos hecho sino aflorar el inmenso tema.

SEMANA

LA ATENCIÓN

La atención no es sino la receptividad llevada al extremo, es decir dirigida hacia un determinado campo de la percepción o del pensamiento, es decir dirigida hacia el mundo exterior o reflexivamente hacia el mundo propio.

Se distingue en la atención dos planos: el de la atención espontánea y el de la voluntaria. La atención espontánea va desde el grado mínimo en que una persona se puede decir que está despierta: es un estado de pasividad en que la atención, especie de rayo de luz, va atraída de un lado a otro según el estímulo que la llama. Pero claro está que la atención no existe por sí misma, es el atributo de la conciencia y del alma de alguien. Y así según sea este alguien, así su atención espontánea será atraída por una clase de estímulos. Uno de los indicios más seguros para conocer a una persona está proporcionado por la dirección que sigue su atención cuando está abandonado a sí mismo. En general se puede decir que lo que brilla atrae la atención más que lo opaco; que lo que se mueve más que lo que permanece quieto, que lo extraño y singular más que lo consuetudinario.

La atención es un campo de claridad, de iluminación. Es una tensión, un esfuerzo y como es natural, una fuente, quizás la más considerable de la fatiga. Este campo de claridad se produce por el interés que la persona siente por uno o por otro aspecto del inagotable, inmenso, ilimitado campo de la realidad, llamando realidad a toda presencia, aunque sea una imagen o un pensamiento. La atención es como la luz que se desprende [de] una íntima combustión. La vida es ante todo y desde su origen hasta el final una combustión incesante, tanto física como psíquica, como del mismo pensamiento. Y a lo menos en el ser humano esta combustión se transforma en claridad, en luminosidad.

La atención voluntaria suele definirse por una concentración deliberada de todos los poderes de aprehensión de que el hombre dispone, de acuerdo con la realidad a que se atienda. Ya que en algunos casos los sentidos poco o nada tienen que hacer. Pero esta operación no es tan simple, pues varios enemigos

acechan para que se verifique adecuadamente. Pues paradójicamente se trata ante todo de quitar y no de poner.

Se dirige la atención hacia un campo de la realidad para captarla, para obtener de ella el máximo de su manifestación. Entonces la primera acción será una especie de inhibición, paradójicamente, una retirada del propio sujeto para permitir que la realidad, ella, se manifieste. Y en ese punto la atención ha de hacer una especie de limpieza de la mente y del ánimo. Ha de vérselas con la imaginación. Con la imaginación y con el saber. Ha de llevar la atención al sujeto al límite de la ignorancia, por no decir de la inocencia.

No basta pues con concentrarse, como se suele creer para que la atención con su invisible claridad se produzca. La atención ha de ser como un cristal cuando está perfectamente limpio que deja de ser visible para dejar pasar diáfananamente lo que está del otro lado. Si cuando atendemos a algo intensamente lo hacemos proyectando sobre ello nuestros saberes, nuestros juicios, nuestras imágenes, se formará una especie de capa espesa que no permitirá a esta realidad el manifestarse. Y con éste se encuentra en conexión el hecho de que algunos importantísimos descubrimientos hayan saltado en la mente del descubridor cuando estaba distraído, porque entonces estaba libre su mente. Bien es cierto, que estos casos les han sucedido a quienes venían desde muy largo y desde muy hondo buscando, investigando, atendiendo aun en sueños a lo que al fin un día en un instante se les apareció, como por sí mismo, al modo de un premio.

El ejercicio de la atención es la base de toda actividad, es en cierto modo la vida misma que se manifiesta. No atender es no vivir. Mas se trata de un ejercicio complejo, de toda una educación, de la educación de todo el organismo y del ser humano y no solamente de la mente ni de los sentidos. De ello a decir verdad en las culturas del Oriente se sigue sabiendo más que en las de Occidente. De ahí que la realización de ciertas proezas humanas, del ser humano solo, sin auxilio de la técnica maquinista, sea cosa consuetudaria para los orientales mientras que para nosotros, los occidentales, se trata de incomprensibles prodigios, y en el fondo se trata nada más que de la atención, de una atención educada que exige a su vez el conocimiento y uso de las subyacentes energías y poderes del ser humano que en tanto se asemeja a un desconocido continente.

SEMANA

ESENCIA Y FORMA DE LA ATENCIÓN *

La atención es en cierto modo la misma conciencia cuando se despierta. Por difusa que sea siempre tiene un centro, un imán que la fija. Y cuando la atención está, por así decir, suelta, cuando vaga libre en modo espontáneo y casi imperceptible para el sujeto, va en busca de algo. La atención es ávida, hambrienta, como el ser humano, se diría. Cuando la atención se despierta, lo mismo que cuando el hombre se despierta, va hacia algo; no se despierta simplemente, se despierta a, hacia, al encuentro de la realidad y dentro de ella hacia algún punto o aspecto de ella. Y lo cierto es que la atención sólo se fija, sólo descansa de su ávida búsqueda, cuando encuentra algo así como un argumento. Esto es algo que los educadores no deben nunca de olvidar.

Porque la atención es la apertura del ser humano a lo que le rodea y no menos a lo que encuentra dentro de sí, hacia sí mismo. Es una disposición y una llamada a la realidad. La atención es como la herida siempre abierta. Y de la herida tiene la pasividad, el ser lлага, impronta de lo real, el estar como una cavidad viviente conformada para recibir la realidad y aun para dejarla pasar hacia más allá de ella: hacia la plenitud de la conciencia, que es juicio y razón o hacia las profundidades de la memoria, comprendidas esas últimas, abisales cuencas del olvido. Del olvido que, hoy ya sabemos firmemente, que no existe, sabemos ya que el olvido es una última, insondable memoria que sólo obedeciendo a leyes no dependientes de nuestra voluntad nos restituye un día, un instante aquello que parecía haberse llevado para siempre. El lugar del olvido es el lugar de donde en un instante puede surgir con más intensidad aún que cuando fueron vividos todos esos momentos "olvidados". Nada se pierde en la psique humana.

Y como la herida es activa también la atención porque está viva y nada vivo es pasividad pura. Y así como ella es atraída y llamada, ella atrae y llama.

* [El título está escrito a mano. Una línea más abajo, parcialmente tachado, puede leerse: "Los planos de la atención"]

Destaca siempre algo, algo que puede ser insignificante en otro momento o en otro sujeto; algo que, naturalmente, puede ser varias cosas. Mas cuanto más abarque la atención, cuanto más dispersa esté, cuanto más errabundo sea su curso, más se puede afirmar que esté persiguiendo algo más allá o bajo todo ello; algo que sea así como el centro o nudo del argumento. Y tanto más amplio sea el recorrido de esta atención al parecer errante y vaga, más amplio será el argumento en cuestión. Pero este "argumento" puede tardar mucho tiempo en ser revelado, y aun bien puede permanecer semioculto durante toda la vida del sujeto a quien pertenece una tal forma de atención.

Esta consideración, meramente analítica, confiere valor o mejor dicho, se lo restituye a ciertos estados de distracción y lo que es más importante a ciertas personas distraídas, cuya atención no parece hacer presa en nada y andar vagando como una mariposa. Y es que en lo que se refiere a la humana psique y a la persona humana, los diagnósticos se muestran cada vez más delicados y difíciles. Una persona distraída, puede ser en realidad, una persona profundamente atenta, una persona embebida en una atención en busca de su argumento. Mas no se busca tan sostenidamente lo que en cierto modo no se tiene ya.

Y es que la atención como tal vez todo lo que podamos distinguir en la psique y en la persona humana se da en círculos concéntricos. Y se diría que a mayor unidad de la persona —ya que el oficio de la llamada persona es el de unificar, como esperamos ver en otro momento—, cuanto más lograda sea la unidad de la persona la atención se da en mayor número de círculos. La atención es múltiple, tiene muchas formas que lejos de excluirse, se van complementando y tienen cada una su lugar en el proceso de integración de la persona humana.

La atención se da en círculos, según el grado de su intensidad, se [...]

La atención se da en círculos pues, en círculos que describen una diferente amplitud. Si la atención pudiera materializarse, se la podría ir viendo cómo explora en unos casos un amplio horizonte, cómo en otros se acerca hasta el confín mismo del horizonte, allá donde parece ya no haberlo y perderse allí. Cómo en otros casos rodea a un trozo, a un punto de la realidad como si se tratara de poner sitio a una plaza fuerte. Y así es, en verdad.

Ya que la esencia de la atención es captar, absorber, tomar posesión como adelantando de ese inmenso, ilimitado continente que es la realidad. Y como

la realidad es una, no podemos dejar de creerlo, y múltiple, así la atención al acosarla ha de hacerse múltiple. De múltiples formas la atención se hace irrecognoscible y puede hasta pasar por la desatención más total.

Mas la atención al cercar la realidad, va a cobrarla para esa extraña criatura que es el ser humano. Va mandada por él y nace de él. Y así habrá tantas formas esenciales de atención cuantos sean los planos que formen la psique y la persona. Estudiar la atención en sus diversas formas lleva a estudiar al mismo tiempo la estructura del ser humano y la estructura como ante él se aparece la realidad, lo que esperamos hacer siquiera sea esquemáticamente en artículos sucesivos.

Y el supuesto unitario de todas estas diversas formas de la atención, es el mismo, naturalmente, que el supuesto íntimo, sustancial de todos los planos que compongan la estructura del ser humano: la necesidad de argumento, que envuelve la finalidad. Esa finalidad irrenunciable que demanda una y otra vez y siempre la invencible esperanza.

Diciembre de 1964

María Zambrano

SEMANA

ARETÉ, VIRTUS, EFICACIA

Eficacia es una palabra mágica hoy. Todo se cifra en ella. Todo quiere decir, el criterio con [que] se mide la calidad y el valor de una persona, de una acción, de un organismo, de una institución, de un gobierno. Nada habríase de objetar a este criterio, si fuese rectamente aplicado. Mas para que así fuera sería menester que la noción de eficacia abarcase en toda su extensión los objetos a [que] se aplica; que se supiera de la eficacia propia de cada hombre

o mujer, de cada acción, de cada institución, de cada gobierno. Mas como todo ello se da dentro de una comunidad o de una sociedad, sería desde ella desde donde podría verse la verdadera eficacia, la efectiva eficacia de cada ser, proceso o entidad.

Y enunciado esto inmediatamente se aparece a la vista lo que podríamos llamar la patria primera de esta noción de eficacia. Noción, idea y creencia al par como todas las nociones actuantes. Y esta patria primera es Grecia y dentro de ella el pensamiento platónico apegado en esto más que en ningún otro lugar al pensamiento y a la vida de su maestro el imperecedero Sócrates.

“¿Qué es la virtud?”, es la cuestión que aparece ya como motivo central, ya en conexión con otras, en los Diálogos llamados socráticos de Platón. Pregunta que Sócrates había hecho posible y necesaria, con su pensamiento fundamental de que la “virtud puede enseñarse”. De que la virtud es transmisible, comunicable, de que pertenece al reino de lo que puede aprenderse. De que se puede aprender a ser lo que se llama bueno, que en este pensamiento era también bello. “Kallós kai agathon”, con lo cual se está diciendo, perfecto. Un ser lo que quiera sea, en su plenitud.

Se trata de un gran descubrimiento, de una de esas revoluciones que el pensamiento realiza y que por no ir acompañado de derramamiento de sangre suele pasar como cosa corriente. Aunque en este caso, esto de que la virtud puede enseñarse contribuyera sin duda a la condena a muerte que se cumplió sobre Sócrates. No fue así declarado por sus jueces, ni por sus denunciadores, claro está. Mas la acusación de impiedad hacia los dioses no pudo partir sino de ese pensamiento, según el cual el hombre puede lograr por su propio esfuerzo intelectual-moral, su ser. La antigua piedad lo cifraba todo en ser agradable a los dioses, en obedecer sus dictados, aunque se tratase del matricidio de Orestes dictado sibilamente por Apolo.

Grande fue pues, la revolución moral traída por el viejo Sócrates en sus predicaciones callejeras: le dio al hombre, a todos, una certidumbre que no tenían sacándoles de la servidumbre a los designios inescrutables de los dioses y a sus preceptos contradictorios, revelándoles las posibilidades innatas de su propio ser. Tal es el sentido último de la “areté” platónica, nacida del pensamiento de su maestro “la virtud puede enseñarse”. Una revelación más que una enseñanza, una revelación acerca de algo esencial del ser humano. Y hasta ahora en la humana historia, todas las revelaciones –divinas y humanas–, han

sido pagadas dura e inexorablemente. Sócrates fue el protagonista de este sacrificio donador de la nueva conciencia.

La idea de "areté" platónica resplandece especialmente en "La República", donde aparece en toda su amplitud, abrazando al par la vida del individuo, la de la clase a que perteneciera, la del estado y aun, la del cosmos y la de la divinidad. La idea del bien aparece metafóricamente como el Sol que ilumina y da vida. Y a esta luz son medidas todas las acciones y actividades humanas, desde el arte y la poesía hasta la de los magistrados depositarios últimos del orden; el orden realización de la justicia. Y la justicia, virtud suprema, expresión de la armonía. Una armonía terrestre de acuerdo con la de los cielos.

No resulta pues, nada extraño que en este orden de la justicia-armonía, la música fuera un arte fundamental, todo lo contrario de un ornamento o de una diversión. La alteración en los modos musicales trae como consecuencia la alteración del orden de la sociedad se lee en "La República". Y así la música estaba sujeta a prescripciones sumamente estrictas.

Y dicho sea de paso, tenía razón en este principio en cuanto a la Música el pensamiento platónico. Porque la conmoción que los ritmos y las cadencias producen en el alma y en el ánimo llegan muy profundamente y llaman a ser seguidos. La virtud de la Música es inmensa, inmensa su eficacia; llama, pone en movimiento. La Música antes que gustada es seguida. La "areté", la virtud, la eficacia no solamente lo son en las acciones y personas en quien resplandecen; llaman, atraen, ejercen una influencia como un ritmo, como una canción. Irradian luminosidad y vida, como el sol.

En Aristóteles la idea de "areté" se transforma un tanto. Y todavía en los estoicos que influyeron en la moral y en la misma acción política de la antigua Roma. A ella es necesario dedicar un poco de atención antes de llegar a la noción actual de eficacia. Esa palabra mágica del hombre occidental de hoy.

Enero 1965

María Zambrano

BIBLIOTECA VENERANDA

ESCUELA

EL INGRESO

Era más brusco y también más solemne en otras épocas el tránsito de la Escuela Primaria a los estudios del bachillerato que el que se verifica hoy de la Primaria a la "High School" o a los Liceos de Segunda Enseñanza. Diversas razones contribuyen a ello: la primera parece ser la democratización de la segunda enseñanza, a la que cada [vez] afluyen en mayor número los estudiantes de uno y otro sexo. Mientras que antes, especialmente en el "viejo mundo" el acceso al Liceo o al Instituto se reservaba a una cierta clase social, y era indicio casi seguro de la prosecución de los estudios hasta la Universidad o las Escuelas Superiores. El ingresar pues al Instituto o la High School significaba el primer paso de una larga carrera que lograda conservaría a sus seguidores dentro del recinto de esa clase social tan amplia denominada la burguesía o que los incluiría dentro de ella, en el caso —no muy frecuente—, de que a ella no pertenecieran.

Si por acaso el muchacho que ingresaba, mediante examen, en el establecimiento de segunda enseñanza, había cursado la primera en una escuela pública, y no en uno de esos colegios llamados "de pago", se sentía separado de sus compañeros que se quedaban todavía quizás un año más en los bancos de la Primaria o que ingresando en el seno de su propia familia comenzaban a trabajar en un oficio. De estos compañeros y amigos de la infancia le separaba al afortunado estudiante, un abismo. Él era ya de otra clase, de otro mundo: él estudiaba en vez de trabajar para ganarse la vida. Seguía educándose; educándose y no solamente estudiando, mientras que aquellos otros que no habían ingresado a la segunda enseñanza, daban por terminada su educación junto con sus estudios. De aquel momento en adelante, ya sólo les enseñaría la vida, la dura experiencia de la vida. Y era también como si de repente tuvieran que hacerse hombres; como si todas las vacaciones se les hubieran para siempre terminado; como si solamente las rudas alegrías les salieran al encuentro con su peligrosa doble faz. Como si de repente lo [que] se llama "la realidad de la vida" se les hubiera echado encima totalmente.

¿Qué es entonces, seguir estudiando sabiendo que será por muchos años, seguir educándose? se hubiese preguntado el privilegiado que se separaba de sus compañeros de la infancia para "elevarse" mediante el estudio a otra categoría social, a otro modo de vida. ¿Qué modo de vida es este del estudiante, acaso no tiene que ver con la realidad de la vida, lo cual sería tanto como decir que es algo irreal? No ciertamente: el estudiante ingresa en un modo de vivir que tiene contacto con la realidad de la vida; lo que hace es real, real y a veces heroico el esfuerzo. Pero resulta que la realidad de esos estudios, de esa proseguida educación arrojará su fruto en un lejano mañana. Será cuando acabe la carrera cuando se encuentre lanzado a la realidad de la vida tal como se ve hoy el compañero pobre que no pudo seguir una carrera. Y si tales reflexiones se hiciera ingresaría desde el primer momento al Establecimiento de Segunda Enseñanza con la grave alegría del que se sabe privilegiado, del que recibe un don que obliga y que quizás merezca menos que otros que no lo recibieron. El privilegio de prepararse, de irse preparando para esa ruda, esquiva realidad de la vida. El ir familiarizándose con ella paso a paso, siguiendo un orden. Conducido, guiado. Las procesiones académicas tienen ese sentido; el ser la representación de la vida misma de las aulas; los jóvenes iniciados conducidos y guiados por los iniciadores que les evitan obstáculos, caídas, duras experiencias, riesgos sin fin; que les muestran el camino del laberinto antes de dejarlos solos en su centro.

Febrero de 1965

María Zambrano

ESCUELA

LA VIDA DE LAS AULAS

Tienen las aulas su vida propia, abiertas como están y vacías. Como se sabe en griego la palabra "aula", la misma designa un lugar vacío, un hueco en primer término, después una construcción vacía y disponible. Sería curioso averiguar a qué altura de los tiempos, en qué civilización, comenzó a haber aulas, es decir, recintos donde las gentes se reunían para hacer algo, algo que por lo visto no podía hacerse dentro del recinto de la casa familiar, ni dentro del recinto sagrado de los templos, ni en el palacio del rey, ni tampoco en medio de la plaza. Lo cual no quiere decir que el aula no estuviese a veces y de seguro en los orígenes, adosada a una habitación familiar. En lo que hace a las aulas de enseñanza en Grecia sabemos que fue así. Los jardines de un tal Academos fueron las aulas de Platón y sus discípulos; los del Lyceo lo fueron de los aristotélicos, y unos ciertos soportales, de los estoicos. Y extremando las cosas y si vamos a creer la leyenda que presenta a Diógenes el fundador de la escuela Cínica refugiado en un tonel y hablando desde allí hasta con el mismísimo Alejandro Magno, tendríamos ya diversos tipos de aulas no construidas para esa finalidad; aulas crecidas como ciertas plantas, el amarillo jaramago por ejemplo, entre las grietas de los edificios, o como ciertos rosales que por su cuenta nacen y florecen en el primer espacio libre que se les presenta.

Y aun antes de estas aulas filosóficas, Safo la poetisa de quien la leyenda ha tejido una leyenda tan plagada de errores —pues que ni siquiera se suicidó y amor tuvo solamente uno, un hombre llamado Faón—, Safo reunía a las muchachas en su casa para educarlas en la poesía, la piedad y la música, al modo de lo que en español se llamaba "La Amiga" —cosa que me parece no haya advertido nadie—.

La "Amiga"... ¿Quién no recuerda el romance de Góngora?, el que dice así: "Hermana Marica - mañana que es fiesta - no irás tú a la amiga - ni iré yo a la Escuela"... Quien esto escribe tuvo ocasión de tratar a una señora por muchos motivos excepcional, desaparecida ya, mas que de vivir no sería centenaria, que había asistido de niña a la Amiga, allá en su Toledo natal. Hace pues

bastante menos de un siglo todavía existía esta institución llena de ternura. Pues que la amiga era una señora viuda o soltera libre de cuidados que recibía en su casa a las niñas, hijas todas de familias amigas suyas, y las iba educando dulcemente, enseñándoles las oraciones, la costura, hacer encaje y bordar, a cantar quizá con un poquito de solfeo, a sentarse y a caminar con gracia, a ser diligentes y suaves, a pulir y afinar eso que se llama la feminidad. Todo ello como se cuida una planta para que florezca en su día. Y como eran pocas las niñas, eran amigas también entre sí y amigas de la señora. Y así aprendían también a esto: a ser amigas; iban adquiriendo sin darse cuenta el arte de la amistad. De la amistad, sin la cual, la vida según el filósofo Aristóteles carece de nobleza.

Estos dos tipos de aulas aquí brevemente señalados, marcan los dos puntos extremos de la enseñanza y de la educación. De un lado, los jardines de la más alta filosofía; de otro la casa acogedora donde la niña sin dejar de serlo se encamina suavemente a ser mujer, mujer, nada más. Entre estas dos aulas se extiende un amplio espacio, dentro del cual nuestras modernas aulas pueden todavía inscribirse. Y este espacio de las aulas señala ante todo la existencia de una sociedad; de una sociedad más amplia que la familia, aunque ello no signifique que la familia siga con su foco perennemente encendido. Una sociedad, un espacio propiamente humano o más bien humanizado; una creación que es parte de la creación propiamente humana que antes que en obras de arte y de pensamiento consiste en una sociedad donde tales obras puedan nacer y vivir. Un espacio pues, diríamos, poético.

Febrero de 1965

María Zambrano

ESCUELA**EL TEMBLOR DEL EXAMEN**

Cuando se ingresa al Lyceo, al Instituto o a la High School, se conoce por primera vez el temblor que produce el examen, el acto del examen y la angustiada incertidumbre que lo precede. El privilegiado que ha traspasado el umbral de estos Centros de Segunda Enseñanza comienza así a pagar su privilegio. Pues que no se sabe qué cosa ocurra con los exámenes que el alumno y en muchos casos el profesor se sienten como si hubiera de llegar el Juicio final.

En ciertas ocasiones el resultado de unos exámenes tiene importancia decisiva; cuestiones materiales andan en ello o cuestiones de honor que a menudo se confunden o van teñidas de amor propio. Hay situaciones dramáticas, cuando el examinando ha ocultado la verdad a sus padres, a sus mayores, en suma, a aquellas personas que cuidan de él y lo sostienen. En los tiempos de antes estudiantes había que llegaban hasta a falsificar el resultado de un examen convirtiéndolo de negativo en positivo y aun en óptimo. No creo que ahora eso sea hacedero por varias causas y la más importante quizás de ellas, la relación que con la Escuela tienen los padres o curadores del alumno. Al tentado por la mentira, sea por desesperación o por especial gusto del fraude, ya no le es posible incurrir en eso. Uno de los beneficios que la colaboración de padres y maestros produce. No el único, ciertamente.

Se presenta el examen como un acontecimiento bastante complicado. Pues que de una parte está ligado con la carrera, con las necesidades perentorias de la vida en su aspecto formal y material. Y de otra, es la ocasión para un adolescente de estar sometido a juicio. Y a un juicio en virtud de una prueba, de una serie de pruebas más bien de índole intelectual y moral: conducta, aplicación. Y lo que quizá a un adolescente más le importe, la prueba de su capacidad, de su poder de vencer dificultades. Cosa que él ve proyectada en el porvenir.

Pues que el asunto principal es el provenir cuando se trata de un estudiante, adolescente dos veces; porque lo suele ser y porque el estado de estudiante lleva consigo la adolescencia en sí mismo. Y así, toda prueba y su juicio correspondiente se refieren a la capacidad, que es la posibilidad de las facultades, del

ser entero del estudiante abriéndose ilimitadamente al porvenir. Y el juicio del examen no sólo por el que lo recibe, sino por todos aquellos que lo rodean es recibido como una sentencia que se refiere al porvenir. Y el estudiante se dice: "Ya no podré ser esto o lo otro", o peor todavía: "nunca seré nada". Y si además se lo oye decir, entonces puede hundirse en la desesperación o al menos en un grande abatimiento peligroso.

Y peligroso resulta a su vez el juicio salido del examen, cuando es excelente, óptimo. Por la confianza en sí mismo que provoca; por la exigencia que sobre el aprovechado estudiante despierta en sus mayores, incluidos los mismos maestros. Es difícilmente evitable que el mismo maestro exija más al que más ofrece, y que le juzgue con mayor severidad cuando no alcanza el nivel habitual. Y entonces se considere que ha caído en falta, cuando simplemente ha dejado de ser extraordinario. Y esto el adolescente lo siente como una catástrofe a veces, como la pérdida de una primogenitura. Y puede caer en un abatimiento más peligroso aún que aquel que no dio el máximo de rendimiento. Porque se ve desposeído.

Grave cosa es juzgar y ser juzgado. Y más aún porque es ineludible. En la vida cotidiana, todo juicio sobre la ajena conducta debe de ser en lo posible no emitido a veces ni aun entre sí mismo; es regla de buena educación cuyo fundamento se encuentra en el "no juzguéis" evangélico. Mas ¿cómo sería posible que una carrera pudiera hacerse, es decir: que el Estado o los Establecimientos de Enseñanza competentes, estatales o no, confieran un título para que alguien ejerza una pública profesión, sin exámenes, sin pruebas, sin juicio? No se ha descubierto la posibilidad todavía.

Sería necesario para el estudiante adolescente siempre, aprender a limitar el valor del juicio, del examen sin restarle por ello toda su importancia, toda su significación, toda su realidad; sin decirse "no importa" o "¿a mí qué más me da?". Pues que sí que importa y sí debe de importar. Mas hay que referirlo al presente y al pasado del cual el presente es la consecuencia. "Hasta el fin nadie es dichoso" es un dicho que viene rodando que sepamos desde los días de la Grecia clásica. Hasta el fin, nadie es desgraciado. El resultado adverso de una prueba no es una condenación a perpetuidad. No es tampoco una patente ilimitada el resultado bueno y aun óptimo. La vida en todos sus aspectos hay que ir la ganando, revalidando en cada etapa y aun, cada día.

ESCUELA**EL ESPEJO DE LAS AULAS**

Una educadora italiana célebre desde principios de siglo, María Montessori, solía corregir a los alumnos de su internado cuando tenían malos modales a la mesa, sin decirles una sola palabra; simplemente ponía delante de ellos, del otro lado de la mesa un espejo. Parece ser que era de grande eficacia

Mas claro está que no puede hacerse lo mismo, no puede colocarse un espejo de cristal azogado delante de cada alumno en cada uno de los casos en que su conducta deje que desear. Y aun en los casos en que sea posible hacerlo, no me parece que el remedio esté libre de ser a veces peor que la enfermedad. Ya que la contemplación de la propia imagen puede inhibir, puede también estimular al narcisismo o por lo menos a la afectación. Con la imagen que de sí [se] tiene hay que tener mucho cuidado. Pues que lo que hay que cuidar no es la imagen sino el ser que uno es y que la imagen del cristal no siempre refleja o refleja alteradamente.

No, las aulas no necesitan estar provistas de espejos, ni siquiera los salones y comedores de los internados y medio internados. El espejo existe, pero es de otra naturaleza.

Todo espacio donde se está haciendo algo ante las miradas de alguien es un espejo. Y aun es espejo también el espacio de nuestro cuarto de trabajo, de nuestro jardín, del lugar más íntimo donde transcurra un tiempo de nuestra vida. Pues que siempre, aun en los lugares en que no convivamos con nadie, dejamos una huella de nuestro estar y de nuestro paso. La disposición de los objetos que usamos, de los muebles que nos rodean o de las plantas y de las flores, si de nuestro jardín se trata, es un espejo: un espejo de cómo los tratamos y aun de la huella que sin darnos cuenta vamos dejando en cuanto tocamos, en cuanto nos rodea. Los trajes que usamos, los libros que leemos, son espejo. Y ya que a tanto está llegando hoy la Ciencia, quizás algún día llegue a inventar algún aparato que revele las huellas dejadas por las personas y aun por los demás seres vivos en el lugar donde transcurrió alguna etapa

importante de su vida, y podamos así saber algunas cosas de las que nos ocultó el pasado y el presente que vivimos.

Mas las aulas, podríamos afirmar que sean el espejo por excelencia. Ese aire terso que las llena –no se sabe por qué en las aulas el aire sea más terso que en ningún otro lugar– el silencio que mantiene la palabra del profesor; el silencio sin el cual el aula es algarabía y desorden. Lo primero que el alumno ha de hacer dentro del aula es eso: sostener el silencio, mantenerse en silencio. Y no solamente no hablando sino cuando es preguntado o cuando tiene algo que decir adecuadamente, sino antes que nada el silencio interior, el silencio que acalla la algarabía de la psique cuando anda suelta. El silencio que es retención. En ese silencio y en ese aire terso el más mínimo gesto, la inquietud, el desasosiego se señalan. Y aun los turbios pensamientos de algún modo se revelan. Nada queda celado, escondido.

Y es que el espacio de las aulas es un espacio puro. Nada en ellas está sin ser necesario. Unas paredes blancas, unas mesas y unos asientos, la mesa del profesor, la pizarra, la pizarra-espejo. Y en este espacio puro y en el silencio que es el fondo puro donde las palabras y las voces no se pronuncian ni se alzan sino en virtud del orden, de la finalidad que las ordena, ¿no es el más nítido de los espejos? Y eso solamente teniendo en cuenta el lugar y lo más elemental de la vida que dentro de él se desarrolla. Queda luego el otro espejo, el formado por la admiración del alumno al profesor, por la estimación del profesor por el alumno; el de la esperanza abierta de todos.

Marzo de 1965

María Zambrano

SEMANA

EL NACIMIENTO DE LA AMISTAD

Es demasiado fácil recordar algunas de las sentencias acerca de la amistad. Y de otra parte resulta curioso el constatar cómo en el mundo moderno las historias de amor prevalecen sobre las historias de la amistad hasta ocultarlas a la atención, como si la amistad no tuviese una existencia con sus consiguientes avatares que tanta materia podrían proporcionar a obras novelescas. Mas el amor en el dominio de la literatura ha triunfado despóticamente. Y aun cuando en la vida se trata de dramas, de situaciones novelescas reales, de esas que conducen hoy a quien las padece a la frecuentación de un psiquiatra o de un psicólogo analítico que provienen del mundo de la amistad, entonces no gozan siquiera de carta de reconocimiento. A lo que sabemos, en la psicología analítica y en la psiquiátrica a lo que sabemos, no hay un lugar especial en que la fuerza vital y psíquica de la amistad y los conflictos que de ella puedan derivarse sean tomados en consideración. Y no deja de ser un tanto extraño.

No deja de ser extraño este vacío, este hueco en las ciencias que estudian el alma humana, de la amistad. Y para que más resalte la extrañeza ante ese desconocimiento y el desconocimiento mismo, hay que tener en cuenta lo que una fácil objeción o disculpa enseguida diría, y es que el amor es más "físico" que la amistad, que el amor por muy desprendido que parezca de su origen algo ha de tener que ver con él, con esa su raíz vital; inmensa raíz que se hunde en la fuente misma de la vida, pues que es la vida de la especie humana y a su través la vida toda, la que inspira y sostiene el amor. Y que en virtud de ello el organismo total del hombre, de la mujer es más afectado por el amor que por la amistad: la amistad, podría decir un científico, no pertenece a la biología. Y en cierto sentido así es, no es discutible una tal razón; en cierto sentido, solamente. ¿Pues cabe pensar que exista ningún acontecimiento anímico [que] no afecte de alguna manera a la realidad que es objeto de la Biología?

Mas si la amistad es víctima de tanto desconocimiento se debe sin duda a su condición misma, una condición diríamos antidramática y anticonflictiva, aunque luego suceda que en ella estallen dramas y conflictos ya que todo lo humano los suscita. La amistad diríamos es serena y aun racional por esencia,

la amistad verdadera, aunque no puede tampoco desconocerse ese misterioso influjo de la simpatía de donde suele tomar origen y nutrimento.

La amistad para nosotros occidentales [nace] en una cierta fecha, por asombroso que ello sea. Nace con carta propia de naturaleza dentro de la vida y del pensamiento de la antigua Grecia, diríamos que dentro del pensamiento nace en un hermoso, clarísimo lugar, en la "Ética a Nicómaco" de Aristóteles. Platón, es cierto, en sus Diálogos y especialmente en el "Banquete" descubrió el amor que lleva desde entonces su nombre; el "eros" que trasciende su raíz física para ir a engendrar obras de pensamiento y belleza en otro dominio; descubrió la germinación del espíritu. Mas fue Aristóteles quien [en] su doctrina moral descubrió, por así [decir], el reino de la amistad nacida de la "filia", como un género del amor, sin duda, mas de un amor, amistad que se forma entre las personas que aman lo mismo; se trata pues de una relación a través de algo que está más allá de los que así se relacionan; se trata de un frecuentar los mismos lugares del pensamiento, de ir por un mismo camino, aunque a veces sea con diferente paso.

La palabra "file" forma parte de la composición de filosofía. Un género de amor pues, la amistad, formado de una constante frecuentación, de una dedicación sin pausa y sin arrebato. El amor llevará siempre una huella de pasión si no la pasión misma; la amistad en cambio está libre de pasión, porque es una dedicación constante, continua que proviene, aunque nazca de la misteriosa simpatía, de la comunidad de pertenecer a un mismo reino del espíritu; es una especie de confraternidad que nace de ir en busca de las mismas cosas. Aristóteles la definió como eminentemente noble, como había definido a la misma filosofía, "ninguna ciencia más inútil, pero ninguna mas noble". Y así de esta manera definió la amistad como desinteresada, como ejercicio de un lujo supremo que ciertos humanos —ciertos diría él—, pueden darse para acabar su humana perfección. La amistad era en aquellos días de Grecia un lujo desde luego, un lujo de la madurez del intelecto, de la madurez de la persona, diríamos la flor de la lograda mayoría de edad. Mas entre nosotros no es así: la amistad surge desde la juventud, antes aún, en la adolescencia; se confunde muchas veces y entremezcla con el enamoramiento, con la camaradería de los deportes, con el compañerismo de los estudiantes, con tantas otras cosas. Y padece por ello; padece por todo ello y a veces sostiene todo ello; aun el amor llega a veces a buen puerto o se ancla en él por obra de la estabilizadora, constante amistad.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCUELA**LA FUERZA DEL EJEMPLO**

Cuando se es joven se oscila mucho, y el oscilar, como se sabe, es un ir y venir hacia algo y desde algo; hay una especie de imán en toda oscilación, algo que atrae y luego despidе o que a la vez atrae y despidе. En la juventud y a veces más adelante, uno de estos imanes es el ejemplo.

Y el que se predique tanto a la juventud acerca del ejemplo, el que se le propongan ejemplos a seguir, con insistencia tanta, es una de las causas de que sienta despego por ellos y aun por el ejemplo en sí mismo; es un acicate a su ansia de originalidad o por lo menos de novedad. Cada generación siente, al menos en la época moderna, el afán de inaugurar la vida y en los últimos tiempos una especie como de deber de encontrar algo nuevo, radicalmente nuevo: una palabra no dicha, una forma de vida no estrenada. Claro es que como esta actitud se inauguró hace un tiempo apreciable, se le podrían proponer estos ejemplos y sin duda alguna, que a veces ellos mismos, los jóvenes, se los proponen: romper con todo, comenzar de nuevo como aquel tal hizo. Lo cual establece paradójicamente una tradición, una tradición que consiste en querer romper con todas las tradiciones.

Pues que desde hace tiempo se considera signo de juventud la rebeldía, el inconformismo, como ahora se [?] en decir. Y de ello hay ya tantos ejemplos que se podría afirmar que constituyen una especie de conformismo, lo que aparece muy evidentemente en el campo del arte. ¿Hay mayor conformismo ahora que el del arte abstracto, en sus diversas formas, no-objetivo, informal, etc.? ¿No ha llegado a constituir una especie de academicismo, de un academicismo ciertamente que exige un parvo esfuerzo de aprendizaje?

Pero volviendo al centro de nuestro tema, tenemos que el fondo anímico de la atracción que ejerce el ejemplo es de una parte la imitación, la tendencia a la "mímesis" que se manifiesta en la vida ya en la escala vegetal y en la animal. Pues que los seres vivos se dan en una forma. Y en la inmensa riqueza de formas que la naturaleza produce actúa no sólo la unidad de cada especie, sino una relación de esas especies con otras que ni siquiera pertenecen al mismo

reino de la vida: tal los colores de la mariposa que mimetiza a la orquídea, o el color del camaleón que se adapta al de la hoja, y la orquídea misma que parece una extraña mariposa. Y con mayor detenimiento se podrían descubrir conatos de formas y colores miméticos allí donde a primera vista no aparecen. En la esfera de la vida humana, la "mímesis" es una fuerza incoercible y avasalladora en ocasiones que puede llegar hasta producir verdaderos contagios, en bien o en mal o en peor. De ahí, dicho sea entre paréntesis, que habría de dosificarse mucho la publicación de ciertos delitos y de la ejecución de la tremenda pena capital, pues que hasta el ser autor de un delito y el protagonista de la pena capital, puede despertar la honda y muchas veces turbia tendencia al mimetismo.

La fuerza atractiva del ejemplo se diferencia de la simple "mímesis" en que el ejemplo aparece en la conciencia, a la luz de la conciencia y exige el uso de la razón, aunque no siempre sea a derechas. Mientras que la tendencia al mimetismo es inconsciente, y de ahí el contagio. Se es pasivo cuando se obedece al mimetismo; activo, cuando se sigue un ejemplo. Por eso el mimetismo debe de ser rechazado y al educador pertenece el avisar de sus peligros. Porque en el mimetismo solamente se sufre la fuerza de atracción, como una piedra que cae; por ello toda acción mimética es una caída.

Es pues buen signo en principio la oscilación, el movimiento pendular de la juventud ante el ejemplo, pues que indica una cierta actividad, un estar despierta la conciencia, una capacidad de desprenderse de aquello que la atrae y le vuelve a atraer. Y así, si se aprovecha no sobre una base sólida, por así decir, sino sobre una relación, aquella que existe entre lo que se dice y lo que se renuncia a decir. Y entre esos dos puntos extremos, la escala de las alusiones, sobreentendidos y la figura que ciertas omisiones adquieren, más expresivas que una declaración al respecto.

Y en verdad, el callar determina con mayor fuerza y precisión que el decir, el lenguaje que nace dentro del idioma, pues que en la amplitud de un idioma todo puede decirse. La restricción se impone determinando ella por sí sola un lenguaje, ese de cada época que nunca coincide con la grandeza del idioma total. Y ya dentro de ese lenguaje de época se dan los lenguajes de que hemos hecho mención. Entre ellos se abre una gran división: de una parte, los lenguajes que sirven a la ciencia, al conocimiento, al arte y a la poesía, y de otro lado los lenguajes que sirven a la comunicación entre los hombres: los que primordialmente manifiestan y los que primordialmente comunican.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

En los lenguajes que manifiestan, la extensión está determinada por el objeto mismo que persiguen conocer o expresar; están así como encerrados dentro de un círculo que deja poca apertura al resto del idioma. Y tanto así sucede que de tanto en tanto se plantea la apertura de este lenguaje, por ejemplo bien claro es lo que sucede hoy en la poesía. El poeta Eliot entre todos sus coetáneos ha sido el que con mayor conciencia y agudeza ha percibido la cuestión del angostamiento y del amaneramiento del lenguaje poético y así abrió la puerta al lenguaje coloquial; un hallazgo que ha dejado una grande huella en muchos poetas contemporáneos.

En cuanto a los lenguajes que sirven a la comunicación entre los hombres, como aquello que comunican no está determinado por un campo del conocimiento o del arte, se deberían de acercar en principio más al idioma en toda su amplitud. Y así sucede en efecto. Mas es curioso que se acerque a la plenitud del idioma cuanto más hondamente mane del pueblo y que se vaya restringiendo, empalideciendo, y aun contagiando cuando "asciende" socialmente. Es curioso y merece ser considerado aparte.

Mayo 1965

María Zambrano

SEMANA

DISOLUCIÓN Y CONDENSACIÓN EL SENTIMIENTO

Como la vida del ser humano se mueve entre contrarios, es ella un continuo moverse que puede ser agitarse, exaltarse, y aún más extremadamente, encrespase y en su opuesto un quedarse quieto que no siempre tiene que ver con la quietud del ánimo. Y así resultan validas y no únicamente válidas sino insustituibles las metáforas de la vida de la naturaleza para hacernos idea de algo de lo que resulta un tanto extraño que tengamos que hacernos idea; de aquello que transcurre en nuestra alma.

Y aquello que más pasa en nuestra alma, lo que más nos está pasando en todos los sentidos, son los sentimientos. Nos pasan en el sentido de que nos afectan, de que nos traspasan a veces, y de que pasan y se van. Tienen carácter huidizo, movable, fluido. Y todo lo que es fluido es expansivo e invasor; tiende a ocupar espacio, y si su naturaleza es sutil, a penetrar el espacio ocupado por otros cuerpos, materias o sucesos.

Y son así los sentimientos; se extienden por el tiempo de la conciencia y afectan a todo lo que en ella sucede; nada escapa de los sentimientos, grupos enteros de pensamientos, series de percepciones y hasta el recuerdo queda afectado y en ocasiones, sometido a los sentimientos varios entremezclados o uno solo que los lleva como a otro lugar y aun cambian su estructura.

En principio el sentimiento por ser expansivo es disolvente. Una concatenación de pensamientos, de juicios puede quedar afectada en su estructura por un sentimiento, por un sentimiento que no cambia ningún contenido de esos pensamientos o de esos juicios, pero que los suelta unos de otros y basta con que un juicio se desprenda del que le antecede o del que lo sigue para que la cadena entera se suelte y se reduzca un fragmento, para que el juicio final quede inoperante, o por el contrario, para que opere sin más tardar —según que la conexión entre los juicios fuese enderezada a la acción o a la calma.

El carácter fluido de los sentimientos tiene, claro está, sus grados que pueden llegar hasta el estado gaseoso, inasible, invisible para la conciencia que los alberga,

hasta el grado en que lo fluido se condensa. En el primer caso la persona afectada por estos sentimientos inasibles padece un estado de una cierta enajenación pues que se verá distraída y condicionada en todas sus percepciones y juicios por este medio, y hasta puede decirse que perderá de peso como un cuerpo sumergido en un medio diferente del habitual. El efecto más inmediato y menos perceptible es el de un cierto cambio de dirección, como nos sucedería físicamente si sin dejar de movernos sobre la tierra estuviésemos envueltos por un fluido que nos disminuyera o aligerara los movimientos, como ha de suceder al cuerpo vivo habitante de una atmósfera determinada que se ve obligado a habitar y a moverse en otra más densa; su equilibrio y su dirección, su orientación vital, quedan afectados, alterados. Quizás el secreto de ciertos desequilibrios que se suelen adjudicar al sistema nervioso de quien los sufre, resida en un estado sentimental excesivamente fluídico y continuo, inasible doblemente, por tanto.

En el otro extremo se encuentran los estados sentimentales en que un sentimiento o un complejo de sentimientos se fija y llega a enquistarse alterando gravemente el equilibrio de la psique ya desde lo más elemental de su vivir, desde la fluencia.

Estos sentimientos enquistados pueden ser positivos o negativos. Entendemos por negativos aquellos en los que la dominante es el odio, el rencor, el resentimiento. Y conviene observar de pasada que la ausencia de estos sentimientos negativos no quiere decir por fuerza que se olviden las cosas a las que se ha de decir no, por motivos justificados: que el estar libre de odio, rencor, resentimiento implique la aceptación de lo que debe de ser rechazado, lo que sería ir contra la fidelidad. Pues que sucede que la mejor forma de decir no a lo que debe de ser rechazado es hacerlo con el alma libre de sentimientos negativos, paralizadores del ánimo y de la inteligencia.

Y entre estos dos polos de la excesiva expansión y de la condensación negativa, el alma humana se debate, errante en un caso, oprimida en otros. Se hace necesaria pues la acción de la persona, de ese último guardián y guía de la conducta humana. Mas la conducta, contrariamente a un error muy expandido, no se rige desde afuera, sino desde adentro, y cuando se trata de sentimientos, desde lo más íntimo de este dentro de la persona. De allí ha de partir suavemente la acción que condense los estados sentimentales evanescentes, al menos para hacerlos visibles y manifiestos, pues que no hay peligro mayor que el que emana de aquello que no se manifiesta, que no da la cara. Y una acción todavía más difícil y sutil, más paciente, que consiga disolver

esas fijaciones, esas piedras de resentimiento, que desate los nudos del odio. El agua de la misericordia y la luz del entendimiento si no en un instante, lenta, pacientemente logran disolver y desatar estos nudos, estas piedras de esclavitud que llevamos dentro a poco que nos descuidemos.

Siguiendo el lema general de la Alquimia, según enunciamos en artículos precedentes, "disuelve y coagula", a la disolución del odio y del rencor, ha de seguir una condensación. Si la luz del entendimiento y el agua de la gracia han operado la disolución, la condensación que siga será de algo que dejen, de algo que se fije en el corazón de modo permanente de esa gracia, de esa luz. Un prodigio entonces, el mayor que en una vida pueda suceder: que algo alado como la gracia se pose, que algo como la luz se fije. Un prodigio, sí, que puede llegar a fuerza de perseverancia, de silencioso trabajo.

Junio de 1965

María Zambrano

ESCUELA

EL FINAL DEL CURSO Y LOS VIAJES

Uno de los regalos mas frecuentes que recibe un estudiante aprovechado y a veces también el que no lo ha sido tanto, es el de hacer un viaje que en los tiempos de hoy, puede ser un largo viaje, ya que cada día hay menos "largos viajes". Volar sobre el Polo es algo que todavía suena como cosa de fábula. Pero la fábula cada día se acerca más a aquellas fábulas de Iriarte o de Samaniego que los escolares de hace años leían como cosa sabida, sin sentirse para nada maravillados; y les costaba trabajo creer que en ellas estuviese depositada la tradición de los grandes mitos y leyendas, de los apólogos llenos de sabiduría de otras edades. Y es lo que ahora sucede con los largos, fabulosos viajes, que hasta ayer significaban grandes aventuras con su correspondiente riesgo y el encanto de lo imprevisto. Salir de viaje a tierras remotas y de diversa ci-

vilización, era entregarse en manos de la providencia o del destino, según las creencia de cada cual. Era ir dispuesto y aún más, ir al encuentro de lo desconocido, de lo imprevisible.

Todo está previsto ahora en los viajes cada día organizados más completamente, más minuciosamente. El riesgo está siempre, sin duda, dentro de lo posible; mas como riesgo hay aun en quedarse entre los muros de la propia habitación, no se suele tener en cuenta. Y sin embargo, un viaje sigue siendo y ojalá que lo siga siendo, un tránsito. Y transitar es una forma de trascender.

Trascender en una de sus acepciones es salir de sí mismo. Y si el que viaja no sale un tanto y en cierto modo de sí mismo, tanto vale que permanezca dentro de su círculo habitual.

Comienza el viaje por el arrancarse no sólo del lugar donde se vive, sino de los hábitos en que se está arraigado. Algo de árbol o de planta [tiene] el hombre, pues que tiende a arraigar en una tierra, en un modo de vida, y no son los pequeños hábitos y costumbres los que menos cuentan en este arraigar.

Y así de los viajes de ahora, tal vez el momento más decisivo sea el de la partida y en consecuencia, el del regreso. Quizás sean esos dos momentos los que de más vivo quede en el viajar de ahora de lo que fue en otros tiempos el viajar: esa sacudida, ese estremecimiento del instante en que nos vamos; ese sentirse desprendido de lo que de materno tiene todo lo que nos alberga.

Y sucede que este arrancarse de la casa y suelo que nos alberga para partir, cerca o lejos no importa, pues que se trata aquí de algo cualitativo, sucede que coincide con el instante en que salimos de las aulas y nos despedimos de los compañeros y de los profesores con quienes hemos compartido, convivido el curso. Pues que todo ello, el conjunto de profesores y compañeros, el aula, el lugar que en ellas hemos ocupado ha constituido una cierta morada, un cierto "país" donde hemos echado raíces. Es un salir, un trascender esto de terminar un curso, aun para los que no acaben con él los estudios que forman una carrera. Es una etapa del gran viaje de la vida que se ha consumido ya y que es irreversible. Es ya un viaje decisivo el final del curso, y por ello tal vez el regalo sea con tanta frecuencia hoy ese de ofrecer un viaje al que sale de las aulas. Es una idea feliz a condición de que en la mente del afortunado estudiante en cuestión se complementen los dos viajes. Y no lo sería ya tanto, si el viaje con sus impresiones borra el viaje esencial, el que se cumple cada año al acabar el curso.

SEMANA

642192

LA INTERCOMUNICACIÓN DE LOS SENTIDOS: LA DELICADEZA

Tan sistemática es la vida que ya en el plano sensorial se muestra este su carácter. Los sentidos no son canales aislados que conducen la realidad hasta nosotros, es cosa bien sabida. Es cosa, especialmente desde Kant, bien sabida que los datos aportados por los sentidos se ordenan ya desde su nacimiento según las formas del espacio y del tiempo, propias de la más íntima estructura de la sensibilidad del hombre y al par de la estructura de la realidad. Por su parte la Psicología ha estudiado desde hace largo tiempo el proceso de integración de los datos de los sentidos, según el cual eso [que] vemos y oímos aceptándolo como una transcripción pasiva de la realidad, es el resultado de una unificación operada por el humano cerebro y aun por el pensamiento, por la misma razón. Vemos y oímos racionalmente. Los sentidos desde el principio están preformados y necesitados del ejercicio de lo que se llama en sentido estricto razón.

En un ser constituido de esta manera, es indispensable que los sentidos entre sí se comuniquen y formen un sistema, como se dice de las montañas, de los ríos y arroyos. Pues que parece que hasta en la naturaleza rija el sistema.

Y a la luz de estas consideraciones podemos discernir fácilmente que muchas virtudes o cualidades de las preciosas en el ser humano provengan o a lo menos necesiten de la comunicación entre sí de varios sentidos y que sean como la flor y la cifra de esta conjunción sensorial, operada ciertamente, por algo que no es sensorial, por esa guía que habita el hombre, por ese huésped que conduce sus pasos siempre más allá, por ese [...] que le arrancó un día del estado primario haciéndole traspasar frontera tras frontera. Esas cualidades o virtudes—en el sentido también de la “virtus” latina, es decir de fuerza y poder eficaces— a las que aludimos son el exponente del más alto grado de civilización, las que miden el verdadero nivel a que ha llegado la condición humana. Tal la delicadeza.

Es una virtud eminentemente social, la delicadeza, aunque tiene una extensión muy amplia y en ella diversos planos. Mas lo que de común se descubre en toda la gama de la delicadeza como virtud es su referencia al saber

tratar con algo, sea personas, seres vivientes o cosas. Y como cualidad es una extremada finura que poseen ciertas flores y criaturas naturales, y ciertos tejidos, porcelanas, cristales, ciertos objetos fabricados por la mano del hombre, lo que nos devuelve a la delicadeza como acción o como virtud.

Se suele tener la delicadeza como producto de la educación. Sin duda alguna, que cierto tipo de educación tendía ante todo a conseguirla; la educación de las muchachas en los siglos XVIII y XIX, por ejemplo; la educación caballeresca de ese momento de refinamiento que Huizinga llamó "el otoño de la Edad Media". Mas sin negar el deliberado cultivo de la delicadeza en las Cortes, en los conventos, en las clases altas de diversas épocas, la vida muestra cómo la delicadeza salta allí donde en virtud de estos historizantes prejuicios, no se la espera y a veces en los lugares que parece no podrían jamás albergarla viene a nuestro encuentro como un perfume ligero y penetrante en medio de una sucia callejuela. Pues que la delicadeza se presenta así, casi sin ser notada como esos perfumes que se advierten poco y que luego se quedan impregnando el ambiente por largo tiempo y cuyo recuerdo es más vivo que su presencia.

Ya que la delicadeza sea como cualidad, sea como virtud pertenece a esa familia de seres y cosas cuya ausencia es más intensa, más viva que su presencia, sea porque se les eche de menos, sea porque se les recuerde. ¿Por qué, nos hemos preguntado a veces, en qué consiste este fenómeno suscitado por cierto tipo de belleza y valor moral que hace que cuando han pasado nos dejen, aun como sensación, una impresión más viva y más fuerte que cuando su presencia era inmediata? Ciertos perfumes, ciertos matices de color en una rosa, ciertos tintes de una puesta de sol, ciertas sonrisas, ciertos perfiles, ciertas manos apenas vistas, ciertas siluetas apenas entrevistas, ciertas palabras dichas levemente, una música apenas diferente del rumor de la brisa. Y [en] el orden moral ciertas insinuaciones que quedaron sin recoger por nuestra conciencia, a causa de su levedad o de su blandura, lejos de haber ido a parar al olvido. ¿No indica ello acaso que la delicadeza es un producto último del espíritu humano y por ello mismo indeleble? La delicadeza en verdad allí dondequiera aparezca es imperecedera.

Se manifiesta ya desde el alba de la cultura: vasijas, diademas, brazaletes, broches de oro o de otros metales de la Edad de los metales salen un día a la luz, resplandeciendo antes que por el brillo del oro por la plenitud de la delicadeza con que estuvieron labrados. Y algunos monumentos del Neolítico,

asustan, intimidan, porque unen a la majestad de la primaria arquitectura, el ritmo sutil, delicado.

No puede lograrse la delicadeza sea en acciones, palabras, obras sino por la conjunción del oído, de la vista y del tacto. Vienen a la mente por sí mismas metáforas tales como la de "una persona de tacto", "el oído fino", "la vista perspicaz", y tantas otras. El oído es sin duda el sentido primario, protagonista de la delicadeza. Pues que el oído nos trae no sólo rumores y sonidos, sino el sentido de la orientación y el del equilibrio. Y la delicadeza es un último, sutilísimo equilibrio; a veces la delicadeza consiste en detenerse a tiempo. La vista proporciona la medida y por tanto la mesura; el tacto ese conocimiento inmediato, directo de las cosas aporta el fundamento material de la delicadeza, así como la vista y el oído su forma.

Mas con todo lo que pudiéramos seguir diciendo acerca de la delicadeza quedaría siempre flotando su misterio. En último término siempre se ha dicho que la delicadeza es un secreto; un secreto como el [de] algunos cerrados jardines del que trasciende tan sólo el perfume.

Diciembre de 1965

María Zambrano

EL ENIGMA DE LA JUVENTUD *

Parece cosa de ley que cuando el hombre marcha más confiado creyendo haber superado —mágica palabra esta de superación— las oscuras situaciones, se le aparezca la Esfinge con su irónica pregunta, que obtendrá del sabio una vez más la misma respuesta: el hombre. Incontrovertible respuesta que sin embargo al sabio e inocente Edipo no le salvó de dejar enseguida de serlo. Ya que si hubiese caído en la cuenta de que ser hombre a la altura de los tiempos en que él vivía es ser hijo y ser padre, ser hija y ser madre, se hubiera recogido en la consideración o al menos en el sentimiento del enigma de su existencia y habría recelado que con él tendría algo que ver la cuestión presentada por la Esfinge, esa figura que como todas las que simbolizan el destino no se presentan mas que cargadas de ironía. Ya que en los momentos de confiada carrera el hombre, corriendo al encuentro de su al fin inequívoco destino, se ha olvidado de algo que suele ser, precisamente, el algo que va a producir inmediatamente el más terrible equívoco.

Todo parecía estar claro para el hombre de este lado del Planeta, los grandes equívocos de su historia —fascismo, nazismo— desvanecidos sin rastro? La violencia forma privilegiada de autofagia de la cultura occidental, sin lugar alguno, sin entresijo de donde brotar tan siquiera en un mundo al fin habitable o en vías de serlo in crescendo cuando la juventud —los hijos— se presentan creando una encrucijada en el camino llano. Y de tan múltiples maneras que se hace difícil el reducirla a una sola. Múltiples maneras, las de esta aparición de la juventud por llegadas de lugares sociales diversos, por proferir palabras diferentes, por envolverse en delirio y en prudencia, por rebosar de alusiones al pasado del inocente Edipo, en quien se entrelazan todas sombras de un linaje del que es hijo tan prisionero de él hasta el punto de que será padre allí mismo en su linaje, condensando así las sombras. ¿Avisará acaso ahora

* [En el texto no hay referencia alguna a fecha y lugar. Se incluye en el manuscrito M-337, titulado genéricamente "Sobre la juventud (1964)". Viene precedido de un esquema, a modo de índice, con el mismo título].

la juventud de tantas múltiples maneras al hombre protagonista de la vida occidental del encierro de sombras en que genéricamente ha quedado preso? Pues que la que podríamos llamar rebelión de la juventud como tal, no tiene lugar en algunas especiales familias, ni en algunas clases sociales —no sirve aquí el socorrido recurso a la “burguesía”. No se puede hacer de “el burgués” y sus modos mentales la respuesta.

La división tajante entre juego y trabajo impide tener presente la vieja verdad de que la forma de todo humano hacer es el juego. La persecución analítica es el modo espontáneo de la mente moderna ávida de discernir diferencias, de escindir, de pulverizar. La consecuencia de este vano analizar aparecería revelándose con sólo que en el mundo de hoy los hombres en la plenitud de su vida, se encontraran ante el enigma que la juventud, hijos y también nietos, sucesores en todo caso aun de aquellos que no los tienen, les presenta, en ese problema sin planteamiento posible. Los sucesos más hondamente vitales, más reveladores, quedan flotando, condensándose también amenazadoramente, sin encontrar la forma mentis, el “a Priori” intelectual donde puedan encontrar lo primero que la inteligencia ha de dar, una cierta transparencia, una cierta “legibilidad”. El “*intus legere*” tiene lugar dentro del recinto de la mente, de la propia mente inevitablemente, que ha de abrirse para entregar su fondo, abrirse también a sí misma por tanto, para que su actividad propia aparezca sin [...] a su debido tiempo, sin reducir a algo abstracto la realidad viviente, sin imprimirle la unidad que la recubre, sin fijarla. Sin someterla a ninguna de las operaciones mentales consuetas. Es la reflexión, la vieja y un tanto olvidada reflexión en que la realidad sin perder su condición temporal entra [en] contacto con el tiempo pausado del pensamiento. Y decir temporalidad o más exactamente “tempo” es tanto como decir “formá”, aunque ello tampoco se haya precisado últimamente y se haya dado por sabido en la tradición racionalista, segura como estaba esta tradición de moverse en un tiempo adecuado. El tiempo y sus modulaciones en el conocimiento y en la acción más que nada un supuesto, del [que] Kant sigue siendo el gran descubridor.

Y la forma de todo humano hacer es la del juego. Desde los negocios de la política hasta el arte y el ejercicio del pensamiento. Y más resplandecientemente en la educación y en el estudio. Pues como es sabido y no recordado, escuela viene de ocio, y aula significa un lugar vacío —como la flauta—.

Podemos evitarnos los análisis fenomenológicos del juego yendo a su centro recogiendo la pregunta que en cada uno se desta[pa] cuando le hablan de

jugar ¿a qué? ¿Qué es lo que se juega en el juego, lo que se pierde o se gana, lo que está en el aire mientras el juego dura? ¿A qué está jugando esta juventud de ahora, la que provoca el estupor y desata los conflictos, en especial dentro de la familia y más especialmente con el que todavía la conduce, padre y madre?

El que los jóvenes jueguen ha sido, en la medida en que la vida humana tenga una esencia, la esencia de la juventud. Ha sido su resplandor, pues que esencial es a la juventud el lucir y el lucirse, cosa indiscreta en las gentes maduras que deben de comparecer simplemente en la claridad. Cosa sería de examinar la modalidad de relacionarse con la luz propia de cada edad del hombre –y dentro de lo humano del varón y de la mujer–. La juventud ha de lucirse, resplandecer en los juegos precisamente. Los juegos ¿son lo mismo que los profesionalizados deportes? Salvador es a veces el cultivo de un sport donde el adolescente encuentra lucimiento, donde muestra el valor que a él se le aparece como ilimitado, de su potencia. La gracia vulnerable y efímera de la adolescencia encuentra así su teatro adecuado, su espacio de visibilidad, su ofrenda. En la raíz de la existencia –¿lo han captado los existencialistas?– está el ofrecerse, el resplandecer en un instante como un lucero que se enciende en la gris consuetudine del vivir de los asentados maduros, contrapartida de la decrepitud que acecha a todo viviente. Y de un modo inconsciente [en] el que se ofrece así haciendo ver la gloria de su juventud yace el temor a la decrepitud, no a la madurez clara que no percibe y que teme, si la entrevé, no alcanzar. Y razón tiene, pues que el otro polo del esplendor juvenil es la decrepitud que adviene a no importa cuál edad, incluida la juventud misma. La decrepitud no se da sin un afán –biológico inclusive– de hacerse visible que se corroe vuelto sobre sí mismo, falto de sustancia vital de que nutrirse, en tanto que el esplendor de la juventud lo halla, encuentra materia para su llama, aunque no siempre, de donde la existencia del joven decrepito.

El estudio, los estudios ofrecen campo, teatro, al esplendor juvenil. “Destacar” entre sus compañeros es también un juego. Y no conviene olvidar que los juegos de la juventud tienden a ser Olímpicos, a darse desde el Olimpo y en los más conscientes a ganar el aparecer en él, sea nada más que una hora.

El heroísmo desplegado en las guerras, cuando en ello se creía, el sacrificio heroico en el adolescente sin el cual ninguna revolución habría llegado –advenida en virtud de una dialéctica que sea– a instaurarse, la pasión de darse visiblemente luciendo un instante del todo, en un instante que contiene y de-

rama toda una vida, juego era, ha sido, pues que parece innecesario enunciar que el juego es lo más serio en las actividades de la vida, y cuando así no es bien pronto se abandona. Es lo más necesario, esto sí, parece necesario de ser precisado, como sustituto de una imposible madurez, que la madurez no es ya juego, es trasvasar pausadamente a la realidad la ofrenda total, día tras día, dar el absoluto en el tiempo, el fulgor en la continua claridad, es la obediencia que crea libertad, el sostenerse en un punto a veces sosteniéndolo.

I

En el juego llevado hasta el extremo sea de ser o sea de vida, y los dos pueden entrelazarse, se muestra el ansia irrefrenada de algo que los humanos de antiguo conocen como privilegio de los antiguos dioses y más superficialmente de algunos animales, el poder transformarse. Ha de ser una de las raíces de la máscara, del tatutaje, de ciertos tocados salvajes y civilizados, de ciertas actitudes y comportamientos inclusive. Corresponde este ansia de transformación, como se sabe, a los momentos de crisis de crecimiento normalmente, en el individuo y a los cambios de época en la vida histórica. Y cuántas veces señalan como los altos tocados de María Antonieta aquello que va a caer, otras la máscara se adelanta proféticamente a la nueva figura humana que vendrá a imponerse —el obrerismo indumentario que ganó a la alta burguesía aun ya antes de la primera guerra mundial y los revestimientos deportivos anunciadores —no se sabía— de los viajes interplanetarios. Todo ello denota un ansia de salirse de la condición en que se vive, de salirse hacia otra esfera vital, sea de clase social, de época histórica, o más extremadamente todavía, del espacio y del tiempo humanos.

Mas ahora, ante las diversas y abigarradas máscaras que la juventud que nos preocupa exhibe, ¿de qué evasión o salida se trata? De un lado la figura mimética del "místico" —la proliferación misma del uso de esa palabra— que no perdona ni a la imagen del fundador de la religión cristiana, a quien algunos grupos con exaltación invocan y proclaman, proclamándose a ellos mismos. Y el misticismo político recaído sobre la imagen de algún revolucionario sacrificado, del que los apasionados secuaces sólo han tomado eso, la imagen convertida en máscara. De otra la exhibición del cuerpo como si fuera también su desnudo paradójicamente una máscara. Y máscara viene a ser, ya que el des-

nudo por las calles de una ciudad no es humano. El arte pictórico apresuradamente abstraccionista o visceral, y en la canción el grito desesperado de la fiera acosada o de la presa ya en la trampa sin salida, la expresión desenfadada de sentimientos y de situaciones comunes a toda la humanidad, como si fueran extraordinarias genialidades, la "gesta" de un simple matrimonio según todos los ritos burgueses, la espera del hijo como si jamás ninguno hubiera llegado a este mundo. Y hasta la adquisición de una bicicleta o de camisa más o menos último grito, cobra caracteres de una transformación fuera de lo humano, de una verdadera salida de la humana condición, más allá de la clase, de la raza, algo que toca al espacio y al tiempo propio del hombre humanizado, y a su sustancia misma.

*ESCUELA***“NOSOTROS, LA GENTE JOVEN” ...**

La vida humana, es cierto, no se da en abstracto en general: ella, la vida humana no existe, existen los hombres concretos. Mas tampoco la vida se da simplemente así, en los hombres, en cada uno. Pues que los hombres por individual que sea su existencia, se encuentran y sin haberlo elegido, enclavados en un país, en una comunidad político-social. Y todo ello en un momento preciso de la historia, lo que tampoco ha elegido. En cada momento de la historia conviven a lo menos tres generaciones, que suelen ser más, que figuras históricas hay que viven o han vivido cerca de un siglo operando hasta los últimos instantes de su vida y en su misma muerte. Y resulta muy diferente el vivir en el mismo momento histórico dentro de la misma comunidad político-social, según se tenga una edad o se tenga otra. Como también, según se tenga una u otra nacionalidad, situación social, capacidad y vocación para una u otra actividad. Dentro de la unidad del género humano, todo son diferencias.

Y cada una de estas diferencias gracias a las cuales hay diversidad en el humano género, engendra disensión y en ocasiones hasta enconada disputa y guerra violenta y ansias revolucionarias con sus correspondientes proyectos prácticos, con su ideología. Ya que las diferencias suelen interpretarse desde que se cae en la cuenta de su realidad, como preterición y desventaja para... todos los que se ponen a considerarlas. Viejas son como el mundo las razones dadas por los campesinos para mostrar su trabajoso estado respecto a los pastores, para no salir del campo, y a la inversa, claro está. Y de los que trabajan con las manos frente a los que trabajan intelectualmente; y entre éstos, las lamentaciones del profesional frente a las profesiones liberales y al contrario. Basta caer en la cuenta de que ya no se es joven, para comenzar a decir con aire de reproche: “estos jóvenes que tienen la fortuna de”... Mas también, resulta hoy día cosa rara que los jóvenes no digan con aire más o menos patético o desafiante: “Nosotros, los que hemos llegado ahora a la vida, los que nos encontramos en esta situación”... Y lo difícil en extremo es decirles tanto a los no ya jóvenes como a los ya jóvenes que no tienen razón. Mas ¿se les puede decir que la tienen?

Pues que en las cosas de la vida humana no rige enteramente el lógico principio de contradicción: los contrarios pueden tener a la vez razón y dentro de un mismo grupo y de un sólo individuo la razón se presenta a menudo en formas encontradas. Pues que parezca que la razón se nos dé así a los humanos: fragmentaria, parcial, dividida y no entera; la íntegra, total razón ha de pertenecer a la lógica divina.

Así que los ahora jóvenes tienen razón, su razón, cuando se sienten estar ante circunstancias vitales particularmente difíciles. Pues que el mundo, este nuestro, está en el filo no digamos de una espada ni de ningún otro instrumento tajante, pero sí en el filo del dintel, al borde de una línea divisoria que, si se logra felizmente traspasar, marcará un cambio muy esencial en la historia humana; el cambio que va de no haber ya más guerras a la guerra casi continua en que la historia consistía; el cambio de que por fin —y estamos aún muy lejos de ello— no haya más seres condenados al hambre y a la miseria más cruel.

Sabido es que las dos grandes batallas de nuestros días son la de la paz y la de la abolición de la miseria monstruosa. Y si se ganan, que bien pueden ganarse, ¿qué sucederá? ¿Cuál será el mundo, la estructura de la sociedad y de la vida individual redimida de la miseria y a salvo de los males que la guerra acarrea? Y esta hermosa coyuntura histórica, ¿puede ser mirada como particularmente difícil, según acabamos de hacer? Pues claro está que sí: pues que primeramente hay que ganar esas batallas —que ganadas no están todavía— y hay que “inventar” o más bien descubrir un nuevo modo de vivir de acuerdo con estas afortunadas circunstancias, lo que no resulta tan fácil. Con lo cual aparece ya la razón profunda que los ya no jóvenes, probados de un modo o de otro por las guerras y por la penuria propia o ajena, tienen para mirar como afortunados a los ahora jóvenes. Y la razón que tienen estos últimos para sentirse ante un momento particularmente difícil. Difícil por más de un motivo, mas en esencia por éste: hasta ahora la historia ha sido dramática por esencia. El hombre estaba educado y “hecho” a ello. ¿Cómo irse haciendo a una historia sin drama? ¿Será bastante que desaparezca el drama de la historia para que desaparezca también el drama de la vida personal? Y si sucede así, ¿cómo hacerse a una vida sin dramático contenido? Habrá que descubrir la paz, y más que la felicidad, la alegría, la alegría entre todas de la humana creación. Una creación no angustiada, no forzada sino por las leyes de la condición humana que habrán de revelarse nítidamente en un mundo sin violencias. Liberada

de guerra y de miseria, la condición humana, el ser del hombre tendrán su oportunidad mejor de revelarse. Para ello los jóvenes de hoy tienen que irse preparando.

Diciembre de 1964

María Zambrano

SEMANA

“ESTA JUVENTUD DE AHORA”...

“Esta juventud de ahora”... es una frase, sí, de ahora, pero que recordamos muy bien el haber oído insistentemente los que andamos un poquito lejos de ser jóvenes, cuando lo éramos.

Sería curioso el establecer la fecha histórica en que tal frase comenzó a poblar las conversaciones de los mayores refiriéndose a los jóvenes, a sus propios hijos o a los que podrían serlo. La fecha en que los modos de la juventud dejaron de ser considerados como algo propio de ella, modos en los que los mayores se reconocían con facilidad con un sentimiento entremezclado de seguridad y nostalgia y fueron mirados como algo propio no de la juventud, sino de ésta de ahora, que por lo visto es portadora de algo nuevo; nuevo y amenazador. Algo dirigido contra la estabilidad social, algo extraño, inasimilable para la mente de los ya crecidos en edad y experiencia.

En estos últimos años los periódicos han dado cuenta con demasiada frecuencia de “fazañas” juveniles que acongojaban el ánimo de los más templados. Porque se trataba de verdaderos delitos en algunos casos, delitos gratuitos, llevados a cabo por jóvenes y aun jovencitas —aunque el sexo femenino se encontraba en evidente minoría— de familias acomodadas y hasta poderosas, ésas que viven en los “barrios altos” de la ciudad, cuyos padres forman parte de las fuerzas del orden en modo a veces, muy relevante, cuyas madres llevaban la vida propia de

una señora de su condición. Los padres no tenían la menor idea de lo que sus hijos estaban llevando a cabo, ni podían mínimamente sospechar que cuando los veían evasivos y callados, estuvieran sumidos en la preparación minuciosa de un delito perfecto, que se revelaba al ser cometido de una gran inexperiencia y aun, diríamos, de estar realizados por gentes faltas de verdadera disposición o vocación para el delito. Delitos, en suma, de "diletantti". Delitos inspirados por tanto por alguna ansiedad o afán que no habían sabido resistir a la atracción del mal.

Pues que haya delincuentes de temprana edad no es un problema específico de ésta ni de ninguna época. Lo específico es que cometan delitos gentes que al mismo tiempo estudian, hacen deporte, acuden a conciertos y a exposiciones de arte, leen literatura y poesía. ¿De qué se trata entonces?

Y de otro lado, sin entrar en el terreno del delito, "esta juventud de ahora" se entrega a manifestaciones extremadas y aun extremistas de pasión por ciertas formas del jazz, por ciertos films, por ciertos bailes; se entrega frenéticamente y con una suerte de fanatismo, como si se tratara de una religión cuyos secretos celosamente guardan de los mayores. Danzar, cantar, divertirse aparte de los mayores ha sido siempre un tanto obligado en la juventud. Pues que es cierto los jóvenes no aman, no han amado nunca mezclarse con los mayores en lo que para ellos es tan serio: el juego, las diversiones. Propio los jóvenes es tener una vida aparte, secreta; el querer tenerla a lo menos. La juventud es hermética, mas los jóvenes de ahora están encerrados en un mayor hermetismo, me decía Ortega y Gasset un día, cuando yo lo era. Entonces, mi generación, la de los padres de esa juventud de ahora, resultábamos ya herméticos en demasía para la generación de nuestros padres y mayores. ¿Desde cuándo se ha acentuado pues, este hermetismo, este ansia de vivir aparte, este hacer de la edad juvenil una especie de secta? ¿Desde cuándo y por qué?

Yo hubiera esperado en aquéllos lejanos días que Ortega hubiese escrito si no un libro al menos un largo capítulo sobre "la rebelión de la juventud". Con lo cual yo daba por supuesto que formaba parte del fenómeno por él diagnosticado como "rebelión de las masas". Y era mucho suponer, me digo ahora.

Cierto es que en estos modos sectarios juveniles alienta la rebelión, la rebelión no en tanto que individuos sino como "grupo" o "clase". Y entonces, nos decimos, puede tener alguna relación también con la llamada "lucha de clases", como sin duda la ha tenido el feminismo y "el infantilismo" o paideocracia, que así se podría llamar a la excesiva ambición de que la infancia determine la vida toda de los mayores.

Esto es cierto. Pero lo que de ello se desprende enseguida, en modo inmediato y evidente por tanto, es la triste incapacidad de nuestra época moderna para dar a cada uno lo suyo: a cada grupo humano, a cada sexo, a cada edad. La incapacidad de vislumbrar siquiera en modo eficaz, activo y vigente que haga no sólo ley, sino hábito y costumbre, una idea del hombre en su integridad, en toda su extensión de criatura cualesquiera sean sus determinaciones y sus circunstancias sociales y fisiológicas, anímicas por tanto. El que [en] el mundo se haya quedado sin lugar el hombre. Mas ¿lo tuvo alguna vez? ¿Alguna vez hablando en serio, el hombre en su totalidad, ha encontrado lugar, es decir lugares múltiples donde albergarse íntegramente? ¿No ha vivido casi siempre entre la cárcel y el exilio, entendidos no sólo al pie de la letra sino como situaciones más amplias? La prisión estando en libertad; el exilio estando en la propia patria y aun dentro del seno de la comunidad nativa.

Y el humanismo creciente a través de la Revolución Francesa y antes, de la Ilustración, despertó en el alma y en la conciencia la esperanza de que la sociedad albergase a los hombres, y especialmente al individuo en modo tal de hacerle sentirse en casa propia, de que el mundo dejase de ser "el valle de lágrimas".

¿Se ha cumplido la promesa ofrecida primero implícita y después, conocidos son los textos, explícitamente? ¿Puede acaso cumplirse en toda su extensión? ¿Podemos los hombres edificar un régimen social que asegure sin más la felicidad sobre la Tierra? Lograrlo sería cambiar la condición humana.

Y a la luz de estas preguntas ¿no podemos preguntarnos acaso, si "esta juventud de ahora" no será simplemente la heredera de la impaciencia y de la exasperación producidas por una promesa de un cambio absoluto, radical en la condición humana? ¿No son los mayores los que tendrían que reflexionar acerca de la urgencia de una reforma en las promesas de felicidad, ese absoluto, y aun curarse ella misma? ¿No tendríamos que reajustar la esperanza desatada y con ella la violencia inevitable, por las promesas de absolutos cambios? ¿No habría que edificar, seguir edificando una sociedad decorosa simplemente, abierta como ahora se dice y dejar la felicidad a "los dioses", como un antiguo diría?

Mas hay que seguir hablando de los jóvenes. Y mejor aún si se pudiera seguir o empezar a hablar con los jóvenes y borrar de nuestro vocabulario la frase "esta juventud de ahora"...

ESCUELA

EL SECRETO DE LA JUVENTUD

Es curiosa la asociación de la idea de juventud con la de secreto. Una asociación de ideas que corresponde, que debe de corresponder a alguna realidad. Mirado del lado de los que dejaron tiempo ha de ser jóvenes se habla del "secreto de la juventud" del que se presenta siempre algún ejemplo de una persona viviente o viviente en pasados tiempos. Y los "elixires de juventud" han sido fabricados, proclamados y celosamente ocultados al mismo tiempo, más todavía que los "elixires de larga vida". Mil supersticiones a lo largo de los siglos y en medio de culturas muy diversas entre sí, han ofrecido el secreto de ser siempre joven. Y hasta sacrificios cruentos de animales y aun de seres humanos se han ofrecido para propiciar la conservación o el renacer de la juventud en quienes la sentían extinguiéndose o ya extinguida. Uno de los afanes de las criaturas humanas ha sido y es éste de aprisionar el secreto de la eterna juventud.

Y por su parte, los jóvenes, se sienten quien más o menos como si efectivamente la juventud fuese un secreto; un secreto incomunicable que puede ser en ocasiones ocasión de angustia, como todo aquello que no puede ser participado, y en otros momentos un glorioso privilegio que tampoco puede irradiar sobre los mayores. Y no deja de ser curioso que ellos, los mayores, se suelen sentir juvenilizados al entrar en la atmósfera de los jóvenes, mientras que ellos, los jóvenes, sienten aún más mayores a los que osan entrar en el recinto acotado para los jóvenes: en sus fiestas, en sus reuniones, y no se diga, si creen que ellos, los mayores, pretenden entrar en sus conciencias o en sus almas. En este caso el "secreto" se alza y se erige en una muralla infranqueable.

¿Existirá verdaderamente este secreto de la juventud, percibido de modo tan diferente desde los dos lados, desde el que lo contempla y desde el que lo tiene? En los dos casos el ser joven o el ser del joven está considerado como un presente que no deja huella. ¿De qué sirve decirle a un joven, "Yo también lo fui y lo fui intensamente"?; el joven esto no lo cree como si no hubiera más juventud que la suya, como si su juventud no tuviera precedente, como si fuese algo único, un irrepetible milagro que nunca se dio antes y que nunca

se volverá a repetir. Y quizás por esta actitud de los jóvenes frente a él, quien fue joven hasta hace poco ha de hacer un ingente esfuerzo para acordarse de que fue joven. Raro presente, éste de la juventud, que se extingue así de un momento a otro y sin dejar rastro. Pues cualquier otra cosa que se haya sido: rico o pobre, honesto o deshonesto, afortunado o desgraciado, deja huella y señal perceptibles. Y la juventud no. Pasa y ya pasó del todo, como si nunca hubiera sido. Por eso, uno de los cumplidos que más difícil es aceptar es cuando alguien nos dice: "Ud. seguirá siempre joven", pues parece que quieran ilusionarle a uno no creyéndole capaz de aceptar la realidad de la vida.

¿Qué extraña cosa es pues, la juventud que se va sin más, sin dejar herencia alguna? O ¿no será que la herencia que la juventud deja sea una transformación habida en el alma y en toda la persona, en su organismo físico, en su inteligencia, en todo su ser, en suma; una transformación que para cumplirse necesite consumir todo lo que define a la juventud? Como un fruto que ha tenido que formarse a costa de la flor borrando su memoria.

Y el fruto a su vez es joven maduro o ya próximo a deshacerse para dejar caer la semilla. Y quizá en ello resida el fundamento para encontrar, como efectivamente encontramos jóvenes a personas muy maduras y de avanzada edad. Y que sea cierto que haya quien cumpla sus noventa años en plena juventud, tal el doctor Schweitzer recientemente. Pero esta "juventud" es ya otra y no tiene secreto, no es un secreto incomunicable, sino todo lo contrario: es una ofrenda de todos los días. Dicho en términos un tanto elementales mas por ello mismo ciertos, nadie come una flor sino por rareza o aberración; todos comemos los frutos. Fruto es aquello que se come, por lo cual algunas raíces son frutos también. Y claro está, hay el fruto vano, seco y aun venenoso.

Y flor es presencia y perfume, alada presencia próxima a la mariposa, al pájaro; figura de ensueño cuanto más bella sea, por tanto con una presencia que sugiere su inminente desvanecerse, como sucede con los sueños, que no pasan sino que se desvanecen. Y así la juventud no pasa propiamente, porque todo lo que pasa deja huella, la juventud en efecto se desvanece. Y la flor es la imagen más cumplida del presente puro, del presente sin pasado y sin porvenir, cumplida en ella misma como lo es la juventud para él que la contempla, aunque el joven se esté consumiendo pensando en su futuro. La flor lo da todo con su presencia. El fruto es la perfecta imagen de la comunicación, pide ser comido.

Así los mayores y ancianos logrados: piden, no piden otra cosa ya que ser comidos metafóricamente: quieren darse, servir, y dejar algo cuando mueran;

algo que sirva de alimento a la eterna juventud del mundo. La eterna juventud con su secreto inefable; la juventud que mientras dura no tiene pasado ni futuro, es eterna. Eterna. Por eso a veces los jóvenes se angustian, porque se sienten prisioneros de la eternidad de su juventud. Mientras que la madurez es tiempo, tiempo acumulado, tiempo aprovechado, instante a instante, comprendido también la eternidad de la juventud que se ha cambiado en tiempo, ese tesoro.

Diciembre de 1965

María Zambrano.

... que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida.

... que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida.

MARÍA ZAMBRANO

... que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida.

II

... que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida.

LA TAREA "MEDIADORA" DEL MAESTRO

(1965)

... que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida.

... que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida. La vocación es un hecho que se vive en la vida.

alguna que sirve de estímulo a la eterna juventud del mundo. La eterna juventud con su secreto inefable; la juventud que mientras dura no tiene pasado ni futuro, es eterna. Eterna; por eso a veces los jóvenes se angustian, porque se sienten prisioneros de la eternidad de su juventud. Mientras que la madurez es tiempo, tiempo acumulado, tiempo aprovechado, instante a instante, como perdido también la eternidad de la juventud que se ha cambiado en tiempo.

MARIA ZAMBRANO

II

LA TAREA "MEDIADORA" DEL MAESTRO

(1965)

El maestro es un ser humano que vive en un mundo de seres humanos. Su tarea es mediar entre ellos, entre sus intereses, sus necesidades, sus aspiraciones. El maestro debe ser un puente, un canal de comunicación que permita a los estudiantes descubrir sus propias capacidades y talentos. Su rol es de guía, de facilitador, de promotor del aprendizaje significativo. El maestro debe ser capaz de crear un ambiente de respeto, de confianza y de colaboración, donde los estudiantes puedan aprender a aprender, a trabajar en equipo, a resolver problemas y a tomar decisiones. El maestro debe ser un modelo de conducta, un ejemplo de valores y de actitudes. Su tarea es mediar entre el mundo de los estudiantes y el mundo de la cultura, de la ciencia, de la tecnología y de la sociedad. El maestro debe ser capaz de adaptar su enseñanza a las necesidades y características de cada estudiante, de promover la participación activa y de fomentar el pensamiento crítico y creativo. El maestro debe ser un ser humano integral, que se comprometa con su profesión y con la formación integral de sus estudiantes. Su tarea es mediar entre el presente y el futuro, entre lo que es y lo que puede ser.

LA VOCACIÓN DE MAESTRO

Todas las vocaciones tienen algo en común, sin duda alguna. El ahondar en ese luminoso fenómeno que es la vocación exige todo un tratado, pero más todavía un sistema de pensamiento desde el cual la vocación aparezca como algo inteligible; como uno de esos inteligibles que no solamente se entienden sino que hacen entender. Y la mayor parte de los sistemas filosóficos del mundo moderno, y de las ideologías que lo llenan, no dejan lugar siquiera a que se tenga en cuenta el hecho de la vocación; es más, ni siquiera la palabra misma, vocación, puede ser usada.

Y así, en vez de vocación se habla de profesión, despojando a esta palabra de su primordial sentido, haciéndola equivalente de ocupación o de simple trabajar para ganarse la vida.

Pues que la palabra vocación tiene, como todas, sus afines; está enclavada dentro de lo que podemos llamar una constelación y así hay palabras que son como consanguíneas, que corren la misma suerte, como sucede con la palabra destino, por ejemplo. Tampoco se puede hablar de destino cuando no resulta claro referirse a la vocación. Y las personas tienen en vez de destino, empleo: el "destino" de un ser humano queda reducido a encontrar dentro de los empleos que le son asequibles, el que le resulte más conveniente.

Para que la vocación y el destino de una persona aparezca es necesario un sistema de pensamiento que deje lugar al individuo, lo que equivale decir a la libertad. A esa libertad que es el medio en que vive intangible, la persona. El individuo [in]intercambiable con otro, al que no se le puede arrancar su secreto último que solamente la vida irá librando a la luz. Y dentro del cual alienta la persona cuyos límites no pueden ser trazados de antemano sino simplemente situándola dentro de la condición humana, pero nada más. Pues que toda humana persona es ante todo una promesa. Una promesa de realización creadora. Cuando se siente al prójimo como persona se espera siempre de él y en consecuencia, uno de los mayores dolores que nos depara la vida es el asistir

al hundimiento o a la falsificación de esa promesa. Adelantándonos un poco dentro de nuestro tema, diremos que es este uno de los padeceres que especialmente visitan a quien tiene la vocación de maestro.

Al abordar pues, la vocación específica de ser maestro, educador nos encontramos ante todo con el fenómeno de la vocación en general, y con la esencia de la vocación. Tenemos necesidad de preguntarnos qué es la vocación para inquirir luego lo propio de la vocación del maestro. Y lo primero que encontramos es que dentro de la filosofía moderna no existe un ámbito adecuado para que el hecho real de la vocación y su esencia se den a conocer. Diremos sin ánimo de agotar la cuestión, por qué; diremos algo de la filosofía que se necesita para que tal aspecto esencialmente humano de la vida aparezca. Y a esta luz nos acercaremos a considerar qué sea la vocación en general y cuál en su especificidad la de ser maestro.

* * *

A partir del racionalismo moderno inaugurado por Descartes diríamos que la condición humana ha sido un tanto abandonada por la razón. Yo soy una cosa que piensa, dice Descartes como es tan notorio. Mas con ello el hombre queda reducido a su sola condición de pensar en la que se encuentra con la evidencia [de] su existir. En sus "Meditaciones" Descartes habla del alma y de Dios y recurre a las tradicionales pruebas para mostrar la existencia del ser divino y la inmortalidad del alma. Mas una idea completa del hombre, una noción que descubra la totalidad del ser humano no aparece dentro de este pensamiento. Y lo que es más grave, tampoco aparece la transcendencia concreta de este ser que queda reducida y sobrentendida al pensar y al pensar evidente; el íntimo fondo del ser humano queda desconocido, sumergido en la oscuridad. Esta situación se reitera en la muy moderna Fenomenología de Husserl, que como él mismo reconociera en [su] obra "Meditaciones cartesianas" recurre, tiene su origen en Descartes como en [su] fuente. Los dos se instalan en la pura razón, y bajo ella el hombre resulta un desconocido.

Este racionalismo culmina en Hegel porque se hace idealismo, es decir que en él toda la realidad está en la Idea —así con mayúscula— cuya encarnación se da en la historia y en su virtud "toda la historia es sagrada"; el Estado es el lugar donde tal encarnación tiene lugar y por tanto el individuo queda a él supeditado y no solamente en tanto que el Estado tenga autoridad y poder,

sino porque lo real reside en él; es un verdadero mediador. Mas un mediador que no concede nada al individuo sino la conciencia de su justificación total al ponerse totalmente a su servicio. Educar pues, será educar para el Estado, no para desarrollar las posibilidades de la existencia humana.

Era ineludible, paradójicamente era de razón que surgieran pensamientos filosóficos, ideologías que se alzarán contra este más que supremo, absoluto imperio de la Idea-razón; paradójicamente porque estas respuestas eran al menos en parte irracionalistas. Comte, Kierkegaard, Nietzsche son los portadores de esta profunda protesta del ser humano frente a una razón grandiosa, mas aniquiladora de su íntima sustancia, de su sustancia individual. Y aun de la realidad misma, que se aparece por sí misma imprevisible, en algunos casos contradictoria, fragmentaria. Y aun en nombre del conocimiento mismo que no puede darse en humana criatura tal como Hegel postulaba en el "saber absoluto", el único ciertamente adecuado a su concepción de su Idea-razón encarnada en la humana historia asumida por el Estado.

Comte da la voz en nombre de la realidad, de las cosas tal como ellas son. Su [...] se hace sentir en algo todavía: "a las cosas, hay que volver a las cosas". Y de ahí el positivismo básico de toda filosofía moderna, incluida la Fenomenología de Husserl, intento de captar las cosas en su multiplicidad, desde la unidad de la conciencia, que es cierto —en el pensamiento de Husserl— salva la verdad a costa del ser.

Y así fragmentariamente en la filosofía que se alza frente a Hegel, vamos viendo cómo se salvan por separado las estancias esenciales del ser, de la realidad y de la razón. En Comte, la realidad de las cosas a las que hay que atender, observar, estudiar por todos los métodos posibles. Más tarde, y frente al psicologismo, esa última forma de relativismo que había prosperado mientras tanto, el pensamiento de Husserl rescata la existencia de la verdad partiendo justamente de la intencionalidad de que están dotados los fenómenos de la conciencia.

Kierkegaard por su parte, contemporáneo de Comte, revela frente al "saber absoluto" postulado por Hegel, la condición de la existencia humana precaria, sometida a la muerte, a la ignorancia, a la culpa originaria. Como se sabe es Kierkegaard el arranque si no la fuente de los actuales existencialismos, incluido el de Heidegger, que no acepta para su filosofía esa denominación, mas que ha sido quien ha restaurado la existencia frente a la esencia postulada por Husserl. En Kierkegaard pues comienza el rescate para el pensamiento filosó-

fico de la condición humana tal como ella se da en concreto; es el hombre con su constitutiva indigencia, con su eterna e irrenunciable aspiración quien de nuevo muestra su rostro; "Ecce homo" podría titularse el conjunto de la obra del singular pensador danés.

(Y dicho sea entre paréntesis, fue Don Miguel de Unamuno uno de los primeros en Europa, o el primero quizás en darse cuenta y valorar el pensamiento de Kierkegaard. Para ello hubo de aprender el danés, ya que ni siquiera en alemán estaba traducido. Cosa que no deja de proporcionar materia a la reflexión acerca del pensamiento español).

"Ecce homo" es el título de uno de los más apasionados y apasionantes libros de Nietzsche. Su acción en el campo de la filosofía fue sobre todo crítica y aun destructora, mas fue llevado a ella agujoneado como por un tábano por el afán de descubrir la vida en toda su potencia y esplendor y el hombre como señor de ella; anticristiano al menos según sus declaraciones, excavó en la historia de Occidente hasta encontrar algo divino, vital; persiguió el descubrimiento de una vida divina y humana al par, y creyó encontrarla en el dios griego Dionisos, origen de la Tragedia griega y fuente de una concepción trágica y heroica de la vida. Pero más allá de esta concepción trágica, queda la revelación de la vida que el filósofo-poeta —pues que para ello había que ser poeta también— Nietzsche nos ha legado.

Tenemos pues así, como revelaciones esenciales —pues que hay otras— en el pensamiento moderno antihegeliano estas tres cosas: la realidad, el hombre, la verdad y la vida. Mas, como venimos anotando, por separado. De Hegel quedará siempre un cierto sentido de la historia, de la historia con un contenido, con un argumento que en ella se desarrolla sea el que sea: quedará la universalidad de la historia humana y aun, llevándolo a sus justos límites, el "ser" del Estado, de un estado ligado indisolublemente a la moral del individuo y del cual, por tanto, el individuo no puede desentenderse.

En este clima nació la filosofía de la Razón Vital de Ortega y Gasset que se encamina a integrar razón y vida; a algo más que a integrar en realidad, a descubrir —toda filosofía pretende o por lo menos aspira a descubrir algo radical y universal— a descubrir en la vida la razón de manera tal de enunciar que la vida, ella, es racional y la historia, dimensión esencial de la vida, sistema.

Señala por lo menos el pensamiento de la Razón Vital, la dirección a seguir, la vía integradora o rescatadora de la unidad perdida, de la fragmentada unidad entre realidad y verdad, entre razón y vida humana. Mas discípulos de

este pensamiento como somos, no podemos por menos de declarar que dentro de la Razón Vital lejos de rescatarse el ser y su unidad, la identidad, su crítica implacable constituye una de las etapas en el camino de la Razón Vital. Y quien esto escribe entiende que el ser, el ser en cuanto tal y el ser en el hombre o del hombre, que la unidad, ella, como identidad y la identidad suprema, última del ser humano, son irrenunciables.

Se trata pues en el acto del pensamiento filosófico de hoy de rescatar el ser sin perder de vista la realidad; de revelar la vida revelando al mismo tiempo la razón; de descubrir la integridad humana sin desconocer ninguno de los aspectos que la integran. Sin pretensiones de llegar a un "saber absoluto" reconocer el absoluto bajo el cual la relatividad de la razón humana ha de mantenerse con esa impavidez nacida al propio tiempo de la fe en la absoluta razón y del conocimiento de sus propios límites. Unos límites ciertamente que pueden y han de irse ensanchando no infinitamente, pero sí indefinidamente.

Esperamos que al paciente lector no le haya parecido demasiado largo lo que no es un rodeo, sino un inevitable recordar ordenadamente la situación actual del pensamiento filosófico para mostrar nuestra primera aserción de que en la hora presente no se ofrece en toda su plenitud ninguna filosofía que haga visible el hecho humano, humanísimo de la vocación. Y añadimos ahora, que quizás haya de ser ella, la vocación, uno de los caminos para que tal pensamiento integrador se vaya revelando.

* * *

¿Qué es pues, la vocación? nos preguntamos. Atengámonos por el momento a una descripción lo más fiel posible, a una descripción un tanto fenomenológica.

Vocación es un sustantivo, mas como se sabe en unos casos es el sustantivo el portador de la significación esencial, radical, mientras que en otros lo es el adjetivo correspondiente, mientras que en otros casos es el verbo. Cuando se trata de un proceso de la vida humana, de una condición del hombre o de un modo de ser, sucede que el adjetivo sea la sede de la significación primaria de la cual el sustantivo se ha derivado. Por ejemplo: se ha descubierto que el origen primero de la palabra religión es el adjetivo latino "religiosus" que simplemente significaba originariamente escrupuloso, y no en abstracto, sino muy concretamente como suele ser todo adjetivo inicial; quería decir la con-

dición de aquel que caminando por la calle cuidaba de apartar las piedrecitas del camino para que aquellos que venían detrás de él no tropezaran, acción tan cargada de significado que no requiere comentario. Hay acciones minúsculas prometidas a un incalculable porvenir.

Cuando se trata de acciones en cambio el verbo antecede en sentido y es a manera del depositario de la significación, por ejemplo: el pensar y el ver, el mismo ir y tantos otros. Mucho y muy continuamente habrá tenido que pensar alguien para ser llamado pensante o pensador; mucho y muy claramente habrá tenido que ver para ser llamado vidente. El viandante en cambio puede haber sido llamado así, o bien por ir y estar yendo de continuo, o bien por ser así nombrado cuando está yendo o cuando llega a un lugar donde no se le conoce, porque el ir antes que engendrar una condición crea un estado, una situación.

De vocación no hay verbo; hay sustantivo y adjetivo en calidad de participio pasivo, que por cierto no resulta muy bello en español, el estar vocado. Es el sustantivo quien se lleva casi por completo la significación, y la expresión de este proceso. El sujeto es pasivo. Pasivo y activo a la vez, pues que nuestra consideración no es gramatical. Cuando se dice "yo tengo vocación" el sujeto es activo sin duda alguna gramaticalmente, mas sería más fiel a la realidad de tal proceso el decir "yo estoy vocado" por lo que iremos viendo de la vocación.

Como se sabe la palabra viene del verbo latino "vocare", llamar: la vocación es pues una llamada. Una llamada que al servir para designar al sujeto que la recibe, para calificarlo, para definirlo inclusive, es porque es una llamada oída y seguida. "Vocare" viene de la raíz "vox, vocis" la voz. La vocación pues no es la misma voz sino algo que resulta de ella, es algo que ha sucedido a consecuencia de esa voz y que adquiere entidad. La adquiere, claro está, en quien la acoge y no solamente la oye.

La voz de donde vocación se deriva, pide ser seguida, tenue o imperante, suave o dominante, pide lo mismo; obedecer y no en un sólo momento, sino en un constante y creciente ir haciendo, haciendo eso que la llamada pide, declarándolo y otras veces, simplemente, insinuándolo, mas exigiéndolo siempre.

Y así la vocación participa a la vez de ser un proceso que tiene lugar en un ser humano y de ser una especie [de] entidad, algo autónomo y que ejerce su influencia como desde arriba planeando sobre la vida individual.

La vocación tiene sus grados según se haga sentir más o menos clara e intensamente, según sea lo extraordinario de su exigencia, pues que hay voca-

ciones heroicas y las hay que piden el sacrificio total de una vida. Mas es común a todas el pedir entrega, dedicación. La vocación, vista desde el que la tiene, es una ofrenda. Y la ofrenda completa en un ser humano es de lo que se hace y de lo que se es.

Es por tanto una acción transcendente del ser, una "salida", si podemos decir del ser humano de sus propios confines para ir a verse más allá. Es un recogerse para luego volcarse; un ensimismarse para manifestarse con mayor plenitud.

Tiene dos aspectos al parecer contrarios el proceso de la vocación cuando se cumple: un adentramiento del sujeto, un penetrar más hondamente en lo que tradicionalmente se llama el interior del ánimo, y el movimiento que podría ser contrario y que es complementario, el manifestarse tan enteramente como sea posible; un aspecto que puede aparecer como negativo frente al prójimo y frente al mundo exterior, y un momento subsiguiente de manifestación expansiva, generosa, como un buzo que desciende al fondo de los mares para reaparecer luego con los brazos llenos de algo arrancado quizás con fatigas sin cuento y que lo da sin darse siquiera mucha cuenta de lo que le ha costado y de que lo está regalando, a quienes ni siquiera en ciertas ocasiones lo esperaban porque no lo conocían. Pues que la vocación de algunos es quien ha traído al mundo cosas nuevas; palabras nunca dichas anteriormente, pensamientos no pensados, claridades ocultas, descubrimientos de leyes no sospechadas, y hasta sentimientos que yacían en el corazón de cada hombre sin aliento y sin derecho a la existencia.

Sólo por obra de la vocación heroica, mantenida día tras día han llegado a todos, para el bien común, conocimientos que hoy día son elementales, pero que parecieron locura al ser expuestos, como tantos ejemplos hay de sobra conocidos. Salta a la memoria por tratarse quizás de uno de esos usos cuya omisión sería hoy tenida por delito, la de la simple asepsia en la obstetricia, que le costó miseria, persecución hasta la pérdida de la razón al médico Sommerwils no hace dos siglos siquiera en Europa. ¿Qué voz sostuvo a este hombre en su desvalimiento y le llevó a arrostrarlo todo para ofrecer a los demás esta elemental verdad salvadora de tantas y tan preciosas vidas? Pues que si toda humana vida es preciosa lo ha de ser en grado eminente la de la madre en el momento en que es madre y la del hombre que nace.

Esta voz es sin duda la de la verdad, pero no bastaría para consumir toda una vida en un semejante sacrificio —uno de tantos, repetimos—. La verdad en

abstracto, la verdad puramente teórica o mirada como en un espejo no conduce a la ofrenda total, y a veces ni a una ofrenda menos costosa. Es la verdad sin duda mas junto con algo que ha de tener sus raíces en la zona afectiva, ya que, como es sabido, es el sentimiento el que impulsa la voluntad, el verdadero motor.

Y así en estos dos aspectos de la vocación que hemos señalado —la interiorización y la exteriorización dadivosa— vemos que ella trasciende los dos temperamentos más conocidos hoy día: el intravertido y el extravertido, pues que los unifica y los convierte en complementarios. Y por ello una persona de natural intravertido llevada por la vocación llegará a manifestarse ante el prójimo y aun ante el público con la máxima eficacia y aun el pavorosamente tímido será un buen orador, un excelente maestro o un gran actor teatral si de ello tiene la vocación. Y paralelamente el individuo extravertido será capaz de pasar horas y días y aun épocas enteras de su vida, en lugar apartado sumido en el estudio y en la meditación, si el cumplimiento de su vocación se lo exige.

Lo cual nos conduce a la consideración de un punto de extrema importancia y en el cual diferimos de la creencia al uso, de la suposición más bien, de que es el temperamento quien decide la vocación, lo que equivale a decir que es la estructura psíquica del individuo quien le hace recorrer uno u otro camino. Y sin embargo, sin entrar en consideraciones teóricas de ninguna clase, la simple observación de todos los días nos da noticia de que la mejor actriz del siglo ha sido una mujer tímida en modo enfermizo; de que el Doctor Schweitzer que tan clara estela ha dejado, fuera por temperamento un hombre de "interior" en todos los sentidos: músico, filósofo, un poco teólogo, y que un día por amor a los abandonados y aun excluidos de la civilización, dejara su celda y fuera a compartir instante a instante su vida al abierto rodeado siempre de gentes, teniendo que organizar, que ser práctico y así día tras día, año tras año, hurtando un poco de tiempo a la convivencia para quedarse a solas como le placía estar. Y ante la mirada del lector desfilarán otros muchos casos conocidos donde se da [la] misma paradoja.

No coincide tampoco siempre la vocación con los gustos y lo que es más grave, con las aptitudes, con los llamados talentos. Cosa esta última que puede ser dramática y que en un principio lo es siempre.

Que la vocación sea cosa distinta de los gustos se muestra bien a la vista en lo corriente que es el que una persona dominada por una vocación muy

determinada, tenga una afición de tipo muy diferente y que a ella dedique con avidez el tiempo que le esté permitido, como si quisiera resarcirse de la servidumbre de su vocación y quisiera ofrecerse a sí mismo ese regalo, como si fuera el gusto que está salvando de debajo del peso de esa su dedicación que al menos en apariencia, podría dejar si quisiera; pero ésa es la cuestión, que quien tiene una vocación no puede ni tan siquiera querer librarse de ella, aunque la sienta como una servidumbre.

La esencia de la vocación y su manifestación igualmente es la ineludibilidad. Mas como el hombre es ante todo libre, puede siempre eludirla. Y no hay sino una contradicción aparente en estas dos aserciones, pues que al eludir lo ineludible algo sucede, algo así como que la persona vaya quedando progresivamente desustanciada, expresión ésta que sería interesante un día analizar. Ha fallado en su vida, en lo que la vida que le han dado más tiene de suya, y ella lo sabe. Todo lo que vaya haciendo cada día estará dictado por el afán de justificarse desde el punto de vista moral, y por la necesidad de encontrar una compensación desde el punto de vista vital. Una afanosa brega más fatigosa en verdad que todos los trabajos que el seguir la vocación le hubiese deparado. Sísifo acarreado su roca sin descanso podría ser el símbolo de esta fatiga destructora.

Pues que en la vocación se revela en modo privilegiado la esencia trascendente del hombre y su realización concreta. En ella aparecen unidos los planos y estancias del ser y de la realidad, del hombre y de la vida que al principio de estas páginas señalamos como integrantes de la totalidad del universo del hombre incluido él mismo. Ella los une realizándolos.

La vocación hace que la razón se concrete, se encarne, diríamos, que la vida se substancialice y se realice al par, uniendo así vida, ser y realidad. Y como todo ello sucede dentro del orbe de todos, la razón total, la razón del mundo está en ella incluida y por ella, al par, manifestada.

LA VOCACIÓN DEL MAESTRO LA MEDIACIÓN

Toda vocación es en esencia mediadora. Lo hemos ido viendo en todas sus notas sorprendidas empíricamente, y en la consideración final que pudiéramos llamar metafísica. Mediadora entre las fuerzas y modalidades que constituyen al individuo, entre los planos del ser y de la realidad, de la vida y de la razón. Mas es mediadora también y en grado eminente en sentido social, es mediadora entre el individuo y la sociedad, pues que toda vocación al acabar en una ofrenda es por esencia de naturaleza social. Nada hay que más que ella ligue al individuo con la sociedad, ni la heredada posición social, ni los oficios del poder, ni las apariciones fulgurantes en la escena crean este vínculo entre el individuo y la sociedad del modo permanente en que se da cuando el maestro cumple su vocación.

Sigue siendo un método seguro para descubrir el ser de algo el situarlo dentro de su especie, según hemos procurado hacer, y el ver luego las diferencias dentro de ella con el género o los géneros más próximos. Y así intentaremos hacerlo.

En este caso la etimología de la palabra maestro no nos alumbra mucho, pues que viene de "magister", como bien sabido es, y "magister" dicen que de "magis", un adverbio comparativo. Es un grado supremo pues, es lo más. Pero este más ¿a qué otro se refiere que sea menos? No aparece tan claramente, pues que de una parte el grado de maestro es más, el más que el aprendiz en los oficios y artesanías —cosa ésta que conviene no olvidar—, y más que el de estudiante o licenciado y aun doctor, si de estudios se trata. El maestro es pues más de lo que él mismo era antes de llegar a serlo, el peldaño superior de una escala, la copa de un árbol. Ha tenido que llegar a serlo, en suma. Es pues un cumplimiento, un término más allá del cual no hay ningún otro. En el caso de los oficios y artesanías se trata del grado supremo del hacer, en el de los estudios del saber, mas no tan simplemente, del saber de aquello que hay que enseñar y de saber enseñarlo —lo que no deja de ser cierto igualmente para el hacer de los oficios—.

Se trata pues de un grado transmisor por excelencia, por esencia, ya que el aprendiz o el estudiante puede transmitir algo a sus compañeros, mas si así no lo hace no falta a su deber, mientras el maestro deja de serlo se convierte en una contrafigura de su ser, si no logra transmitir de algún modo a quienes le están encomendados, en principio a todos, su enseñanza. De ahí que el maestro que tanto terror despierta en el alumno porque le examina él se está examinado siempre; su actuación es un perpetuo examen, una continua prueba.

Se cuenta de las antiguas iniciaciones en las religiones místicas que el iniciando había de someterse a una cadena de pruebas. Mas el maestro es diferente de ellos también, pues que [para] adquirir su grado supremo ha de pasar por pruebas no exentas de dificultad, mas luego se encuentra en una prueba sin fin, de toda hora. Es una condición que se adquiere, mas a condición de ser readquirida en cada instante. Y puede perderse, pues muchos habrán sido maestros cumplidamente durante un tiempo de su vida, y luego un día ya no podrán seguir siéndolo. Y entonces el haber sido maestro queda como algo esencial sin duda de la persona, mas que no la define por completo; se dirá de ella cuando desaparezca en ese recuento biográfico que la muerte no perdona, que fue maestro también, y si no fue luego alguna otra cosa quedará como alguien que se detuvo a mitad del camino. A no ser que haya dejado de ser maestro de un modo para serlo de algún otro, ya que se puede y aun es necesario que el magisterio se ejerza de muchas maneras en una sociedad.

Y tanto es así que dentro de la misma sociedad en que vive el maestro hay funciones lindantes con la suya y que a veces coinciden con ella felizmente y que en otras parecen invadirla. Pues que no sucede por simple azar que algunos regímenes políticos, algunos hombres de estado choquen con el magisterio establecido y aun actuante. Y que el cuerpo escolar en su integridad se mueva dentro de dimensiones que podemos llamar políticas. Ello sucede de hecho por diversos motivos, legítimos o ilegítimos, mas sucede en algunos casos por algo, por un elemento que es el único que aquí nos interesa considerar, porque el tal estado a través de algunos de sus representantes invaden la condición del maestro y por tanto la de discípulo indebidamente. En cambio, cuando el estado a través de sus máximos representantes ejercen una función educativa, se llega a lo más –aquí también tenemos lo más– que un estado puede llegar.

Pues no ha sido posible hacer la teoría de un estado perfecto, desde la República de Platón –perfecto en cuanto a la intención de que así fuera– sin

concebirlo como educador. Y de otra parte, tampoco ha sido apenas posible el diseñar una educación en toda su escala sin tener presente la existencia del estado, sin contar con lo que los griegos entendían por "Polis". Pues que tanto el político como el maestro son mediadores, como lo es el pensador y el artista —el poeta—. Mas son dos grupos de mediación un tanto diferente. Y es lo que tenemos que precisar.

Todo hombre que crea y hace algo es mediador empezando por el hecho más común y extendido de tener hijos y criarlos. Padre y Madre son mediadores y aun diremos que lo son por excelencia: por ellos la vida se continúa y la cultura de que forman parte, el linaje y la ciudad y aquello que los preside. No nos es posible extendernos aquí en la consideración de esta función mediadora en particular y menos aún en la consideración de la función mediadora del hombre en cuanto tal, que no es otra cosa que el ejercicio de esa su esencia trascendente. Transcender es eso ante todo: mediar, ir y venir entre lugares extremos y si no es eso lo propio de lo humano, se quedará el hombre reducido a ser una criatura no muy diferente de las demás, se quedará privado de su situación singular en el mundo.

Y como la vocación agudiza, extrema, eleva a la perfección lo esencial del hombre, quiere decir que toda vocación es mediadora. Y que se trata tan sólo de ver en este caso en qué forma lo es la de ser maestro y si acaso no lo es en modo eminente.

El filósofo, el sabio, el artista, son mediadores de una especie colindante con la del maestro porque transmiten algo, verdad, ciencia, belleza; mas no en una forma personal, directa sino a través de una obra, una obra que tiene un especial modo de existencia, esa que corresponde a lo que Husserl ha llamado "objetos ideales", donde objeto ha de entenderse como algo dotado de autonomía —lo que depende de su lograda forma—, e ideal como no encontrado en la realidad que se nos da. Ellos median entre la razón, la verdad, el bien, la belleza y la humana vida, siempre claro está, en el recinto de una sociedad; en el recinto de una sociedad de la que un día transmigran a otra no nacida siquiera cuando la tal obra fue lograda.

Mas la mediación ejercida por el maestro tiene una última especificación que se refiere al ser —al ser de lo viviente—.

Sabido es que en la lengua griega el verbo ser tiene como significado dos verbos procedentes de dos raíces diversas, el "Eimi" y el "fyu" que significa crecer, crecer siendo. Raíz de donde viene "fysis", naturaleza. Y bien el maes-

tro es mediador con respecto al ser en tanto crece, y crecer para lo humano es no sólo aumentar sino integrarse, es decir, algo todavía más que desarrollarse como lo es para una planta y para un animal. El maestro es mediador sin duda alguna entre el saber y la ignorancia, entre la luz de la razón y la confusión en que inicialmente suele estar todo hombre. Mas lo es en función de que la criatura humana necesita de esos saberes múltiples y diversos para integrarse, para crecer en sentido propiamente humano, para ser; en razón de que ha menester de que se encienda en su conciencia y en su ánimo la luz de la razón y de que una vez encendida se condense, germine diríamos. El crecimiento humano, en esto no se distingue de los demás vivientes, parte de un germen que se va convirtiendo en una forma orgánica; sólo que en el hombre este germen o es doble o es uno que incluye con la vida la razón y la exigencia de llegar a ser una persona íntegramente. Y es justamente ahí donde se ejerce la acción del maestro, de donde arranca y donde vuelve una y otra vez ese movimiento circular que describe toda acción mediadora. Y así el maestro al serlo del ser humano en tanto que es un ser que crece ha de hacer descender, por así decir, sobre él razón, bien y verdad, también armonía y orden fundamentos de la belleza en función justamente del ser; mediador ante todo y sobre todo del ser mismo, de ese ser —persistente problema de la filosofía— que mirado desde lejos parece inaccesible, y que luego fructifica en el hombre como en su terreno de elección.

Esperamos pues, que haya quedado claro lo que enunciábamos al comienzo de estas páginas, o sea: que solamente un pensamiento que rescate el ser y la razón, la verdad y la vida para la existencia concreta del hombre estaría en condiciones de alumbrar y de sostener el fenómeno de la vocación que parece tan extraordinario y que resulta que de un modo o de otro todos tienen, aunque no lo sepan. Y que la vocación de maestro es la vocación entre todas la más indispensable, la más próxima a la del autor de una vida, pues que la conduce a su realización plena.

Noviembre de 1965

María Zambrano

LA MEDIACIÓN DEL MAESTRO

No es posible desde hace ya largo tiempo poner en duda que la cultura de Occidente se encuentre, en medio de tantos esplendores, en una honda crisis. No es posible tampoco desconocer desde hace algún tiempo que esta crisis sea la de la mediación en todas sus formas. Son ellos, en gran parte mas en grado eminente, los mediadores mismos, quienes en forma cada vez más clara lo exponen, lo publican.

La vida, no es necesario decir social, pues que la vida humana lo es de raíz y aun la vida sin más, necesita congénitamente de mediación. La vida, ella, en sus albores es ya una propuesta y una profecía de mediación, mediadora entre la materia no viva y todas las formas vivientes que se suceden manifestamente y aun aquellas otras no reveladas aún. Sin que quepa el separar el pensamiento de la vida, pues que toda vida es forma o la persigue; toda vida y la vida toda. La crisis pues, no puede ser sino la crisis de una forma, de una de esas formas de las que pende la suerte de la forma misma de la cultura o de la unidad histórica en cuestión. La crisis, esta y cualquiera habida antes, no puede serlo verdaderamente sino de la mediación.

Tenía por tanto que llegarnos este estallido que en el largo proceso de la crisis, sólo desde hace poco se produce, de que sean las aulas y el maestro que con su presencia hace que el aula sea un lugar vacío, quien aparezca en crisis, como si fuera su protagonista o como si fuera lo que en ellas sucede el último fondo, el insoslayable, el sin remedio, el que justifica el que alguien diga —y muchos lo gritan—: “¿Ven, ven cómo la continuidad de esta sociedad, de esta tradición de vida, de esta cultura, ya no es posible?”

Creer, se creen las nuevas generaciones ser los delatores de la crisis cuando ya sobre ella se había escrito tanto, pensado hasta el virtuosismo, tras de minuciosos análisis, que parecía agotado ya el tema, es decir que comenzaba a creerse que en vez de insistir sobre ella, había que recoger el resultado de tanto pensamiento analítico en una especie de olvido fecundo, en un cierto estado

de inocencia, de "docta inocencia" para que germinara la síntesis. La síntesis en todos los aspectos; el puramente intelectual, el de las formas y estilos de vida, la síntesis que es la libertad misma en concreto.

Y este "descubrimiento" de la crisis es lo que primero sorprende, en verdad, lo único que sorprende de la actitud de las novísimas generaciones. ¿Cómo ignoran la multitud y diversidad de denuncias y de diagnósticos, la "pasión" en suma del pensamiento y de las personas que tan inmediatamente ofrece la historia y aun lo que todavía no es historia cuajada? El repudio de la tradición parece envolver también a todo ello. Sólo [el pensamiento de] algunos filósofos, de algunos ideólogos, de algunos críticos sobrenada el océano de la repulsa con que los jóvenes, al menos los que en nombre de la juventud se expresan, quieren anegarla toda entera. Y esto, sí, en el recinto de la vida estudiantil, y más específicamente universitaria, aparece como un hecho peculiar de esta crisis. Ciertamente que un nuevo poder desde el primer tercio de este siglo se venía haciendo sentir, el poder estudiantil, el poder de la juventud universitaria. En algunos Países por esos años —en alguno que les parecería increíble a los jóvenes de ahora—, el tal "poder estudiantil" fue en ocasión decisiva decisivo.

Les sería muy fácil a los estudiantes "contestadores" el averiguar, el reunir noticias de este hecho. Mas justamente la historia, incluida la que pudiera ser la suya específicamente, es lo que más rechazan. Justamente la historia. Comenzar a vivir de nuevo, sin mediación, parece ser su designio, sin la mediación de personas, sin la mediación del tiempo.

¿Qué hacer, si es maestro, cómo mantenerse simplemente en su lugar, allá sobre la tarima, cómo subir a la cátedra? La mediación del maestro se muestra ya en el simple estar en el aula: ha de subir a la cátedra para en seguida mirar desde ella, ha de subir a la cátedra para mirar desde ella hacia abajo y ver las frentes de sus alumnos todas levantadas hacia él, para recibir sus miradas desde sus rostros que son una interrogación, una pausa que acusa el silencio de sus palabras en espera y en exigencia de [que] suene la palabra del maestro, "ahora, ya que te damos nuestra presencia —y para un joven su presencia vale todo— danos tu palabra". Y aun, "tu palabra con tu presencia, la palabra de tu presencia o tu presencia hecha palabra a ver si corresponde a nuestro silencio —y el silencio es algo absoluto— y que tu gesto corresponda igualmente a nuestra quietud —la quietud esforzada como la de un pájaro que se detiene al borde de una ventana—". Pues que todo ello —siente el maestro al recibir la mirada y al sentir la presencia del alumno— en todo ello va un sacrificio, el sacrificio de

nuestra juventud. Y así, el maestro, bien inolvidable le resulta a quien ejerció ese ministerio, calla por un momento antes de empezar la clase, un momento que puede ser terrible, en que es pasivo, en que es él el que recibe en silencio y en quietud para aflorar con humilde audacia, ofreciendo presencia y palabra, aceptando el comparecer él igualmente en sacrificio, rompiendo el silencio, sintiéndose medido, juzgado, implacablemente y sin apelación, remitiéndose pues a ese juicio, mas por encima de ese juicio, a algo por encima de las dos partes que cumplen el sacrificio que tiene lugar desde que las ha habido en un aula, al término inacabable de su mediación.

Podría medirse quizás la autenticidad de un maestro por ese instante de silencio que precede a su palabra, por ese tenerse presente, por esa presentación de su persona antes de comenzar a darla en modo activo. Y aun por el imperceptible temblor que la sacude. Sin ello, el maestro no llega a serlo por grande que sea su ciencia. Pues que ello anuncia el sacrificio, la entrega.

Y todo depende de lo que suceda en este instante que abre la clase cada día. De que en este enfrentarse de maestro y alumnos no se produzca la dimisión de ninguna de las partes. De que el maestro no dimita arrastrado por el vértigo, ese vértigo que acomete cuando se está solo, en un plano más alto, del silencio del aula. Y de que no se defienda tampoco del vértigo abrocalándose en la autoridad establecida. La dimisión arrastrará al maestro a querer situarse en el mismo plano del discípulo, a la falacia de ser uno entre ellos, a protegerse refugiándose en una pseudo camaradería. Y la reacción defensiva le conduce a dar por ya hecho lo que [ha] de hacerse. Pues que una lección ha de darse en estado naciente. Se trata en la transmisión oral del conocimiento de un doble despertar, de una confluencia del saber y del no-saber-todavía. Y esto doblemente, pues que la pregunta del discípulo, esa que lleva grabada en su frente, se ha de manifestar y hacerse clara a él mismo. Pues que el alumno comienza a serlo cuando se le revela la pregunta que lleva dentro agazapada. La pregunta que es al ser formulada el inicio del despertar de la madurez, la expresión misma de la libertad.

No tener maestro es no tener a quien preguntar y más hondamente todavía, no tener ante quien preguntarse. Quedar encerrado dentro del laberinto primario que es la mente de todo hombre originariamente; quedar encerrado como el Minotauro, desbordante de ímpetu sin salida. La presencia del maestro que no ha dimitido —ni contradimitido— señala un punto, el único hacia el cual la atención se dispara. El alumno se yergue. Y es ese segundo instante

cuando el maestro con su quietud ha de entregarle lo que parece imposible, ha de transmitirle antes que un saber, un tiempo; un espacio de tiempo, un camino de tiempo. El maestro ha de llegar, como el autor, para dar tiempo y luz, los elementos esenciales de toda mediación.

Y ese tiempo que se abre como desde un centro común, el que se derrama por el aula envolviendo a maestro y discípulos, un tiempo naciente, que surge allí mismo, como un día que nace. Un tiempo vibrante y calmo; un despertar sin sobresaltos. Y es el maestro sin duda, el que lo hace surgir, haciendo sentir al alumno que tiene todo el tiempo para descubrir y para irse descubriendo, liberándolo de la ignorancia densa donde la pregunta se agazapa, de ese temor inicial que encadena la atención; el temor que dispara la violencia. Pues toda ignorancia tiende a liberarse en la agresividad, la del Minotauro en su oscuro laberinto. Toda vida está en principio aprisionada, enredada en su propio ímpetu.

Y el maestro ha de ser quien abra la posibilidad, la realidad de otro modo de vida, de la de verdad. Una conversión es lo más justo que sea llamada la acción del maestro. La inicial resistencia del que irrumpe en las aulas, se torna en atención. La pregunta comienza a desplegarse. La ignorancia despierta es ya inteligencia en acto. Y el maestro ha dejado de sentir el vértigo de la distancia y ese desierto de la cátedra como todos, pródigo en tentaciones. Ignorancia y saber circulan y se despiertan igualmente por parte del maestro y del alumno, que sólo entonces comienza a ser discípulo. Nace el diálogo.

[Roma, 1965]

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA

MARÍA ZAMBRANO

III

SOBRE EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

(1949-1977)

...de la que se trata de garantizar la igualdad de oportunidades que...

...de la que se trata de garantizar la igualdad de oportunidades que...

...de la que se trata de garantizar la igualdad de oportunidades que...

SOBRE EDUCACION Y ENSEÑANZA

...de la que se trata de garantizar la igualdad de oportunidades que...

qu
ofi

ah
cin
con
exi
cur

de
se
per
esta
con
de
exig
par
gur
esco

ens
esta
más
[
una
emp

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA

... a la entraña misma de la enseñanza de la Filosofía y especialmente, se quiera o no también, a la enseñanza de la Filosofía dentro de la enseñanza oficial, de la enseñanza del Estado o con vistas a ella.

Y es que el carácter estatal de la enseñanza de una materia –para nosotros, ahora la filosófica– le imprime una cierta forzosidad, [un] apretamiento de circunstancias, una exigencia especial. Y no hablamos de la autenticidad, del contenido de lo que se enseña y de la actitud de quien lo enseña, pues esto es exigencia moral de quien se atreve a enseñar Filosofía, sino de la necesidad de cumplir lo que la enseñanza de Estado requiere y exige.

Una escuela de Filosofía abierta fuera de las exigencias del Estado y aun de la sociedad, sin supuestos sociales ni profesionales de ninguna clase, que se mantuviera sólo de la libre y ociosa ansia de encontrar la verdad, puede permitirse un lujo de experiencias de tiempo, que no le es dado a la enseñanza estatal. Y no sólo de tiempo, sino de contenido. Si todo amante de la Filosofía comienza por interrogarse indefinidamente por su ser, haciéndose problema de ella misma, el enseñarla al servicio de un Estado que ha puntualizado sus exigencias, le obliga a suprimir y recortar el despliegue de sus pensamientos, para amoldarse a transmitir un contenido ya hecho, unos conocimientos seguros, firmes, y adecuados a la mente del alumno, un contenido, en suma, escolástico.

Tal es la lucha dramática del profesor oficial de Filosofía en la segunda enseñanza del Estado –la Universidad plantea otros problemas que no son de esta sesión– que por lo que tiene de filósofo, sin duda, en constante lucha, y más todavía por ser un problema que rebasa los límites individuales ...

[...]

... determinar sino solamente dejar señalada su existencia, y es el límite que una vez llegado penetra en la conciencia y lleva a ella una pregunta, aunque empujándola hacia un darse cuenta de la situación en que se encuentra.

Llegado este límite, la conciencia puede detenerse en efecto, y preguntar ¿qué es esto que me rodea?

Pero esta pregunta puede contestarse de diversas maneras. Bien es verdad que su sola formulación ya constituye un comienzo de claridad. De manera que aun no siendo por el momento contestada y quedando quien la formula perplejo ya supone una cierta claridad inicial. La perplejidad es una actitud consciente, a diferencia de la paralización y la enajenación que no son todavía conscientes, y este es el primer cambio decisivo con que nos encontramos: la intervención de la conciencia.

Y vemos que ya desde el límite, límite de la confusión de una vida que no se sabe a sí misma con una vida confusa pero que se sabe, desde este límite de la confusión con la claridad que se llama perplejidad, la conciencia es la que aporta claridad. Allí donde comienza la conciencia comienza también la claridad.

Y con esto estamos ya en el segundo punto enunciado, o sea en el momento...

DE LA NECESIDAD Y DE LA ESPERANZA

Nada nuevo aparece en las épocas llamadas de crisis, nada que en las de plenitud no haya estado ahí. Solo que la crisis, al plantear en toda su gravedad el humano conflicto manifiesta la evidencia, el fondo último de la condición humana. Es el momento más propicio para el conocimiento de sí que el hombre necesita y persigue, pues que a la humana criatura no le es natural mostrar su intimidad. Es el conflicto agudizado, llevado al extremo, lo que hace aparecer —no sin violencia— el secreto celado.

Mas, el secreto, al manifestarse, encuentra difícilmente su expresión. Conocerse a sí mismo será encontrar la palabra exacta, adecuada a este secreto. Y no sólo exacta, sino, según la fórmula con que los antiguos egipcios definían la verdad; “la palabra exacta con la voz justa”: el tono, el acento que confiere a la palabra el sentido último, su significación que la hace ser, según la música que la acompaña, amenaza o promesa; clamor o maldición.

“Qué hemos de esperar, no lo sabemos y así el espíritu clama con gemidos indecibles” se dijo en el momento de más aguda crisis. Mas no sería el gemido lo peor, signo inequívoco, al fin, de que algo se espera y aun de otra certeza que no se sabe qué es. Lo peor, adviene cuando el lugar del gemido, lo ocupa la palabra que no es la exacta o que andando cerca de serlo no está pronunciada con la voz justa. Sobreviene, entonces, la confusión. Frente a ella algunos se obstinan en creer saber qué es lo que esperan; otros —con mayor honestidad— renuncian a toda esperanza para caer en el abatimiento. Y en la confusión también sucede que los que esperan lo mismo, andan divididos, sin reconocerse. Y que otros, por esperar tan vivamente, se dejan ir a una acción violenta, porque su esperanza les ofusca.

Conocerse a sí mismo o a otro —conocer a una persona—, es saber qué espera de verdad. El hombre es una criatura impar, cuyo ser verdadero está fiado al futuro, en vía de hacerse. Existe un trabajo aún más inexorable que el de “ganarse el pan”. Es el trabajo para ganarse el ser, a través de la vida, de la

Historia. Y sólo así los padeceres de la Historia alcanzan su sentido y se transforman en glorias; sufrimientos, necesarios en esta persecución de su mejor manera de ser que el hombre va buscando desde que echara a andar un día saliendo de la obscura caverna. Y cada Cultura no sería otra cosa que un gigantesco Ensayo para lograrlo: un intento de ser hombre de una determinada manera; una versión de la condición humana.

Por lo que el hombre tiene de no ser, de ser "in via", en tránsito, está movido por la esperanza. Mas, por lo que tiene de real, por lo que ya es: alma, cuerpo, está sujeto a la necesidad. Esperanza y necesidad forman, entrecruzadas, el fondo último secreto, que se cela en los momentos de madurez, debajo de la seguridad—ofrecida a la necesidad— y de las creencias establecidas, en que se canaliza un tanto adormitada, la esperanza.

Esperanza y necesidad se configuran de diversas maneras, creando la estructura peculiar de cada cultura, y de cada época en cada cultura. En los momentos de crisis podríamos distinguir los instantes pavorosos en que la esperanza gime aplastada por la necesidad, y aquellos otros en que la esperanza exasperada en busca de su argumento, deja como abandonada a la necesidad. Y a la salida de la crisis esos otros, los más fecundos, en que la esperanza ha abrazado a la necesidad y la lleva consigo. Son las tres situaciones fundamentales que en cualquier cultura pueden darse y se han dado de hecho, en lo que podemos conocer.

Por otra parte, al predominio de la esperanza o de la necesidad corresponde la actuación decisiva de esas dos fuerzas sociales que mueven las sociedades humanas: las "elites" y las "masas". La esperanza actuando, abstraída de la necesidad encarna la actuación de una "elite". Sólo unos cuantos hombres, pueden decidirse a renunciar a todo, a olvidarlo, todo incluso su condición terrestre; "elites" de moral heroica que llegan, según lo exijan las circunstancias, hasta el martirio—visible o escondido—. Mientras que las masas irrumpen en la historia movidas por la necesidad. Mas es preciso tener cuidado porque en esa necesidad anda escondida la esperanza, como de incógnito.

La diferencia estriba más bien en que la "elite" se desprende de la consideración de la necesidad, alejándose tanto a veces, que hace su pensamiento incomunicable y hasta infecundo. La masa cree obedecer a la necesidad tan sólo; es la necesidad la que estampa en su estandarte, que lleva enhiesto sin embargo por el ímpetu de la esperanza. Pues siempre que se pide, aunque sea nada más que pan, se hace en nombre de la esperanza, aguardando que con el pan llegue alguna otra cosa: alegría, justicia, felicidad.

Existe sólo una triste situación en que la esperanza parece haberse retirado por completo, dejando su sede a la ciega necesidad: es no la del hambre sino la de la hartura que teme ante un peligro real o imaginario. En ella encontramos lo contrario de la esperanza, su sombra que tan fielmente la acompaña: el temor. El temor, sombra de la esperanza, esperanza negativa, mueve a la necesidad satisfecha que no quiere dejar de estarlo y crea así una esperanza al revés, una fortificación ciega de la necesidad que ya no pide sino seguir. Y se oye entonces el grito, clamor encubierto que no nace de esperanza alguna, sino del pánico de una necesidad satisfecha.

Y esta es —aunque parezca extraño— la más terrible de las negaciones de la esperanza: la más difícil de [...]. Pues antes que una nueva esperanza se abra paso en el fortificado recinto de esta necesidad satisfecha, es preciso que quienes la “disfrutan” hayan atravesado el estrecho camino del deber. Solamente cumpliendo con la exigencia del deber en un mundo donde la necesidad de todos no se ve satisfecha, puede, quien la goza, alcanzar esa gracia suprema que es la apertura a una nueva esperanza. Esperanza ya desprendida de la necesidad, esperanza de segundo grado, diríamos, nacida de la necesidad apaciguada y del deber moral cumplido.

La existencia de estos grupos sociales, afincados en la necesidad satisfecha (que desconoce la esperanza ajena para no sentir el deber propio), marca la máxima penuria de la condición humana y el mayor peligro histórico. Situada entre la verdadera “elite” movida por la pura esperanza y la masa, empujada por la necesidad, bajo la cual la esperanza gime, crea el malentendido entre ellas dos. Viene como a formar una pantalla negativa absorbente de las razones vitales de la una y de la otra. Ante la masa aparece como el desmentido de la esperanza de la “elite”, de su pureza, de su sacrificio, haciendo creer que las esperanzas y las ideas por ella inspiradas son simplemente la “superestructura” de la necesidad satisfecha. A la “elite” le ofrece una versión de la necesidad, que la hinca en su desprecio de ella.

En los momentos de plenitud histórica estas tres clases definidas por su situación entre la necesidad y la esperanza, parecen no predominar demasiado la una sobre la otra, y aun vivir en armonioso equilibrio. En las épocas de crisis, cuando el conflicto se presenta al desnudo sin paliativo alguno, no existe ligazón armoniosa sino interferencia. Necesidad, esperanza y ciega satisfacción, andan ensombreciéndose la una a la otra. Diríamos que en todas las Crisis que podamos recordar han predominado, definiéndolo en un instante, cada una

de ellas a través del grupo social correspondiente. Se podría fijar así: la Crisis, la cuestión de confianza se plantea por la masa que grita su necesidad. Pero nunca ha estado sola. Pues que la necesidad, como la esperanza precisan de una formulación, de unas razones, de un argumento. Este argumento puede ser toda una Filosofía, especialmente una Filosofía de la Historia. La masa no hubiera podido crear ninguna, solamente alguien de la "élite" que, movido por una esperanza no siempre confesada, ha urdido la trama justificativa del grito de la necesidad. Este alguien de la "élite" participa a la vez del carácter de la masa; de lo más típico de la masa, de aquello que más la define: no separar la esperanza de la necesidad, no desentrañar la una de la otra y por ello hacerlas correr el mismo riesgo, en suma: no abstraer de la necesidad, la esperanza. Porque en el fondo la masa no quiere y aun se espanta de la libertad. Pues ¿hay mayor libertad que la que resulta de haber abstraído, de haberse abstraído de la necesidad para pensar, sentir, querer como si ella no existiese? Es la operación inicial de todo "idealismo" que ha sido por ello acusado de servir de superestructura a una necesidad ignorada. Mas no la ignora, sino para poder penetrar en un territorio que le estaría vedado, para alcanzar por virtud de su ascetismo, libertad. Libertad [que] queda ininteligible e ininteligente para los movidos por la necesidad, pues que ni se hace oír por ellos, ni les oye. Y así, deja abandonada la esperanza confusa que anida siempre en la demanda de la necesidad. Pero lo más grave es que [¿] a otros dotados del más peligroso de los instrumentos: el razonamiento, convertido en sofisma, confundir a la necesidad, haciéndola esperar lo que sólo a la esperanza más pura, más desprendida, le es adecuado. Y legítimo.

Pues nada hay más ilegítimo que el adjudicar a la necesidad el contenido de la esperanza. La necesidad es siempre "inmediata", urgente, inexorable y a la vez efímera. Cuando ha sido satisfecha, deja un lugar, lujo de tiempo y de atención del ánimo que puede y debe vacar a otra cosa. Las esperanzas cuanto más puras son más capaces de sostener toda una vida, con sólo un débil signo de su cumplimiento. La necesidad no puede ser engañada pues quiere realidades inmediatas; la esperanza puede serlo, porque en su esencia está el ser trascendente. Y así, no tiene plazo y cuanto más pura, más liberada de su cumplimiento inmediato. Sólo así, alejándose, da aliento a la vida toda, infunde confianza y hasta en su agonía desata el ímpetu creador, como si el ser humano no aguardase a que la esperanza se cumpliera y él mismo se decidiera a crear algo que la alimente. Tal el Arte.

Y son aquellos que gozan de la necesidad satisfecha quienes emprenden llevados de la esperanza negativa, el temor, la reacción ante la demanda de la necesidad. Los que resisten al mismo tiempo con su neutralidad impermeable a la libertad nacida y padecida por los que sirven a la esperanza pura. Rebel-des, pasivamente ante ella, por desconocimiento, por indiferencia; reaccio-narios ante los gritos de la necesidad inmediata y atentos sólo a subrayar sus delirios.

Y la esperanza abandonada delira; la necesidad insatisfecha fabrica pesadillas que se convierten un día en tremenda realidad para todos. La vida se convierte en una pesadilla en que el hombre deja de ser sujeto activo para serlo tan sólo paciente; en que anda enajenado por la necesidad o perdido en el delirio. El argumento más frecuente en las pesadillas —que también ellas lo tienen— es un enorme recinto hermético sin huecos ni apertura alguna, al aire ni a la luz. Es la prisión de la necesidad insatisfecha donde la esperanza a punto de convertirse en monstruo, habita asfixiada. El laberinto, el gran mito del alba de la cultura Mediterránea, responde tal vez a esta situación crítica en que la necesidad se convierte en cárcel de una esperanza, la misma vida, su aliento, su libertad, entenebrecida.

La Historia, nuestra Historia, nos muestra dos salidas posibles del laberinto. Una obediente a la necesidad; el laberinto se convierte en edificio. La actividad creadora entre todas es la edificante, la arquitectónica en que el arte se somete a la utilidad. El Imperio Romano es la grandiosa realización de esta solución verdaderamente clásica afortunada a la necesidad de esta atención a ella sacrificándole la esperanza, la libertad.

La otra solución es la que se inició entre el martirio en lo que parecía delirio y locura, libertad incomprensible, absurdo irracional: el Cristianismo en que la esperanza en libertad pura y desasida brotó anegándolo todo. Nació paradójicamente de una "elite" de la masa, de una aristocracia nacida en lo más hondo, oscuro de la masa. Y así llevaba consigo la necesidad, la inminente, la perentoria, la de cada día. Mas a ella le ordenó pedir a diario, inmediata y efímeramente mientras que la esperanza, infinita, absorbiéndolo todo en su trascender no fijaba fecha alguna para su cumplimiento y aun tenía presente que su reino no era de este mundo. Y esta esperanza encerrada en el centro del laberinto, del edificio de la Necesidad había de triunfar de ella y transformar a la larga el mundo. Y así nació Europa y el Occidente, que no podrá ser nunca figurada por un edificio sino por una corriente que se supera a sí misma, por

un trascenderse, pues su núcleo es la esperanza que inalcanzable y creadora se escapa sin dejarla abandonada por ello a la necesidad... Y sólo si se encuentra —razón, inspiración— ese equilibrio de la esperanza que arde sin dejar desoída la necesidad podrá sobrevivir, renacer de sus ruinas este Continente donde la cultura Occidental ha habido su nacimiento; la vieja, dolida Europa.

Roma 7 diciembre 1949

LOS CAMINOS DEL PENSAMIENTO

Pocos procesos tan fascinadores, tan complejos y delicados también, como el que sigue el pensamiento a partir de que cobra no ya forma, sino cuerpo; ese cuerpo que es la obra concluida y como sellada, cuando ya ha dejado de pertenecer a su autor —cuando ha nacido— hasta que alcanza su cumplimiento, hasta que entra a formar parte de una constelación de esas que salvan la historia humana, que la alumbran, atraen y conducen.

Pues cabe pensar —porque se puede pensar de algún modo todo lo que se siente— que el pensamiento humano que queda, y queda más de lo que parece, vaya a alojarse en algún espacio donde sea inteligible, todo él, y no sólo para el hombre; que sea lo que quede, si algún día la Tierra desaparece. Y que la historia, ese sueño nacido en lo infra humano, y que atraviesa por un momento la conciencia, llegue a convertirse en algo que es. Que este nacer inexorablemente de la historia, una y otra vez, como un sueño que se enciende en el hombre y aun le quema, suceda en busca de algo que es: palabra, pensamiento. Palabra, pensamiento con que el hombre terrestre selle su paso por el universo.

Pero, sin abandonarse al sueño, a la esperanza de que tal cosa suceda —que la creación del hombre convertida en pensamiento quede, aun ido él—, tenemos ante nuestra vista ese pasar o ir del pensamiento, con su cuerpo, el libro. Ya que también existe y desde mucho antes, el pensamiento que no tiene más cuerpo que la palabra hablada, puro soplo, que tampoco se pierde siguiendo otros caminos más secretos aún.

Vemos ante nuestra vista —qué extraño que nadie haya intentado de ello hacer la historia— esa trayectoria que recorre el libro desde que salió de las manos de su autor hasta que asciende a la historia, ese lugar donde es visible y accesible. Y nada asciende a la historia aislado; nada es propiamente histórico si no entra a formar parte de una constelación, como decíamos al comienzo de estas líneas. Nada, pero tratándose del pensamiento se podría decir que

todo pensamiento –por completo, luminoso que sea– tiene un contexto. Que ningún pensamiento es legible sino dentro del pensamiento.

No todas estas constelaciones son igualmente visibles, ni lo son enteramente en todos los momentos de la historia. Hay un lugar, histórico ya en realidad, mas no al modo de las estrellas de primera magnitud; su claridad es menos objetiva, más apegada al sentir, no ocupan un lugar perceptible a primera vista en el reino de lo vigente. Son como ríos que corren un tanto subterráneamente y que cuando son visibles nunca en forma destacada. Son obras que han estado escondidas mucho tiempo, a veces, siglos como lo están los tesoros, y como tesoros vienen a ser descubiertas y ofrecidas; su lectura tiene así una cierta virtud comunicante. Tienen algo de remedio y como remedios llegan ofrecidos por alguien que los ha experimentado, a alguien que los necesita, en el día y la hora, con precisión astronómica, pues que en esta clase de obras la matemática celeste se hace sentir modestamente, diríamos, al menudeo. No están ahí, visibles, como las clásicas, no se ha sabido de ellas o se las ha olvidado. Y alguien, una persona amiga o un feliz azar los deposita un día, el más indicado, los deposita a la puerta como un don de las aguas, ofrecido casi anónimamente.

Son de una rara belleza, estas obras; de una belleza que va de incógnito, borrándose casi. Y uno se pregunta ¿Cómo no han entrado a formar parte de ninguna constelación de primer orden?

Y la pregunta nos hace recordar que algunas obras, estrellas de primera magnitud, han seguido este mismo proceso antes de ascender al claro lugar que ocupan. Que estuvieron largamente olvidadas, que han sido descubiertas como tesoros y que su lectura llegó a crear algo así como una secta o en todo caso un cierto sentimiento de fraternidad. Tal ha sucedido con obras tan dispares como la “Ética” de Spinoza y la “Guía Espiritual” de Miguel de Molinos.

Es diferente el caso de algunos textos venerables –humanamente sacros– que durante épocas enteras han permanecido eclipsados en virtud de esos corta circuitos de la historia. Y lo es también esa lenta cristalización de vida y claridad alrededor de libros como el Quijote, como el más significativo ejemplo.

Este género de obras a las que nos referimos, tienen de común por otra parte, el tener un destinatario; el ser una carta o como una carta. Pero cartas las hay de diversos géneros. Las hay que aunque vayan dirigidas a alguien resulta

ello ser un pretexto, pues luego se extienden y conforman como un tratado. Y las hay que son como el cantarillo que se le ata al tronco del pino resinero, bajo la herida abierta por donde escurre la savia, gota a gota —esas cartas en que Rilke “se daba” para no morir anegado en la sangre translúcida de su poesía—. Y esas otras que en algunos pensadores vienen a ser el sustituto del artículo periodístico, pues que no en todos los lugares suele el filósofo escribir en periódicos y revistas accesibles al gran público, como en España, Hispanoamérica e Italia, lo que constituye un modo de caridad intelectual.

Y también la carta —memoria o crónica. Pero de todas ellas se destacan dos especies que corresponden a dos raros géneros del pensamiento: La Confesión y la Guía; géneros intermedios y mediadores del pensamiento filosófico: prefilosófico, la Confesión, postfilosófico, la Guía —cuestión que el autor de estas líneas ha abordado con mayor amplitud, si no con toda la necesaria en otros lugares.

Pertenecen estos raros libros a que nos referimos, al género Carta-Guía. Los hay ilustres, como las Cartas a Lucilio de Séneca, y esas que el Emperador Marco Aurelio se dirigió a sí mismo —a quien no sé por qué los historiadores no llaman “El solo”—. Y ciertamente, que no es necesario que estos libros estén formados por cartas para que en realidad lo sean, pues que lo esencial de una carta reside en ir dirigida a alguien para comunicarle algo que sólo él entiende plenamente porque lo necesita como el pan de cada día.

Estas reflexiones y otras más llegan a mi mente por la presencia de un libro que ha venido como debía, “Abbandono alla Providenza Divina”, traducción italiana del libro “L’abandon a la Divine Providence”, obra póstuma del P. J. de Caussade S.J., recopilado y corregido por el P. H. Lamiere, y aparecido en París en 1861. La recopilación lo es de una serie de cartas que el P. de Caussade dirigió a las monjas de la Visitación de Nancy de quienes fue director espiritual de 1733 a 1739. El libro en su forma actual tiene la estructura clásica de un pequeño Tratado, ascético—místico. Uno más, se dirá. Uno más, sí, mas un tanto diferente. Una especie de “Guía Espiritual” de nuestro Miguel de Molinos, sin su absolutismo o en trance de librarse de él. Y donde por tanto, la consideración de las circunstancias de la vida y de la situación concreta de las personas tiene mayor importancia y valor. En Molinos, el absoluto de la divinidad y la nada en la que solamente el alma se encuentra con ella, aparece en una pureza diamantina difícilmente igualable. Tiene por ello, la diafanidad de luz y tinieblas reunidas y esa inmensidad que es todo el espacio del desierto

del absoluto amor. Tuvo, según se sabe, en su tiempo, una grande difusión en el "Mundo".

La obra del P. de Caussade, conocida tan sólo en su tiempo por las monjas de clausura, es como un ancho camino abierto a la confianza y al abandono, a un suave abandono a Dios; se podría llamar tratado de la accesibilidad de lo santo.

Ha llegado a mí el libro del P. de Caussade en el último ejemplar de la edición italiana a través de la amistad, del escritor italiano Tomaso Carini. No es libro para leerse de seguido aunque esté en forma de Tratado. Pues de lo que estos libros tratan, en verdad, es de la vida, de la vida en cada instante y de todos, sin duda. Mas la Vida, ella, se da a ver, descubre su fondo ultimo en ciertas apretadas situaciones que superan lo que Ortega un día llamara "Categorías de la Vida: facilidades y dificultades". Van más allá estas apretadas situaciones de lo difícil. Y es bien evidente, pues que ante lo difícil, es ello, lo difícil, lo que se hace presente y visible. Mas, en estas específicas situaciones que han trascendido lo difícil, lo que se revela es la Vida. Y el mejor modo de que algo se revele es que flote sobre la nada. Esa nada que los tratadistas espirituales convierten en camino del Todo. La nada que filosóficamente y a pesar de Heidegger no ha encontrado todavía adecuada "revelación". Y que para el simple mortal es el inasible, invisible horizonte, el pavoroso terreno, donde se abre como en el desierto luminoso, el manantial de la casi invisible esperanza.

Roma. 5 de octubre de 1960

María Zambrano

UNA PARÁBOLA ÁRABE

Una parábola árabe que no es simplemente árabe porque es "sufi". Los sufíes son los místicos de la religión del Islam, de quienes nosotros comenzamos a tener noticia por el libro memorable por tantos conceptos de Asín Palacios, "El Islam Cristianizado", el gran arabista español, que fue publicado hará unos treinta y cinco años. Y digo que hará porque por desgracia no lo tengo en mi biblioteca. Había ya publicado antes de este libro clásico el ilustre investigador, un opúsculo sobre las fuentes islámicas de la Divina Comedia, cosa que levantó una oleada de protestas y de discusiones para después, como sucede con tantas tesis audaces, ser plenamente aceptada y aun ultrapasada. Pues que a partir de aquel entonces los estudios e investigaciones conducidas al par con rigor y con espíritu poético crecen en profundidad. Y no solamente esto, sino que sus resultados van llegando al gran público, como sucede con otras corrientes místicas nacidas en culturas lejanas, en tiempos remotos algunas y extinguidas ya y en algunas cuya vitalidad se manifiesta ahora.

Debe decirse que este conocimiento y esta comprensión de místicas y religiones ajenas al cristianismo —aunque algunas no tanto— que hoy llegan al gran público, han sido estimadas y conocidas por investigadores de diversa observancia y actitud religiosa. Y que entre ellos, como pioneros, han figurado cristianos y de diferentes iglesias y entre ellos eminentes y autorizados católicos que han llevado a cabo su labor sin tropiezo alguno con las autoridades eclesiásticas, como es el caso de Asín Palacios, sacerdote. Y merece que sea señalada la Revista "Etudes Carmelitain" que se publica una sola vez al año, dedicado a un sólo tema, sobre el cual colaboran investigadores eminentes cualquiera sea su religión o su falta de religión. Y precisamente en algunos de esos volúmenes la mística del Islam ha sido amplia y cálidamente no sólo elogiada sino asimilada al cristianismo con palabras que dicen que en todo corazón puro, que en toda buena voluntad está Cristo. Por su parte los sufíes han considerado siempre a Cristo como a un ser extraordinario, divino sin

duda alguna. Pero no lo es lo mismo claro está, que para un entero Cristo para el cual Cristo y sólo Cristo es el enviado de Dios. Lo que dicen pues estos carmelitas y otros pensadores y teólogos, es que siendo Cristo el único enviado de Dios, ha actuado y actúa y actuará allí donde el espíritu del bien sople y aive las almas. Que Él está en el fondo del corazón de todos los hombres, de todas las voluntades, de todas las inteligencias que hacia el bien se dirigen.

Hemos ido quizás un poco lejos en la presentación de esta parábola o apólogo sufi. Mas resulta difícil a veces detenerse, cuando la historia viene desde tan lejos.

El cuento es como sigue: Un día un sultán quiso decorar de un modo especialmente bello la sala de su palacio. Para ello hizo venir dos equipos de pintores de lugares tan apartados entre sí como Bizancio y la China. Cada uno de esos equipos pintaría al fresco uno de los dos largos muros paralelos de la sala. Mas sin saber el uno lo que pintaría el otro. Y así sin permitir que entrasen en comunicación entregó a cada uno una pared; en medio de la sala una cortina debidamente colocada impedía toda comunicación entre los pintores de cada lado. Cuando la obra fue acabada el sultán se dirigió primero a inspeccionar el fresco pintado por los chinos. Era en verdad de una belleza maravillosa. "Nada puede ser más bello que esto", dijo el Sultán que con este convencimiento en su ánimo hizo descender la cortina para que apareciese la pared pintada por los griegos de Bizancio. Pero en aquella pared no se había pintado nada, los griegos solamente la habían limpiado, pulido y repulido hasta convertirla en un espejo de un blancor misterioso que reflejaba como en un medio más puro las formas de la pared china. Y las formas, los colores alcanzaban una belleza inimaginable que no parecía ser ya de este mundo: una nueva dimensión, decimos nosotros, para los ojos y para la mirada humana.

La lección que se desprende de esta historia es como sucede con las parábolas, con los apólogos, con los mitos y con todo lo que tiene un sentido simbólico, múltiple. Para comenzar a entenderlas, algunas pues que todas las lecciones no es posible, pensamos qué hubiese sucedido si los chinos con la misma sutileza de los griegos hubieran hecho lo mismo que ellos, pues que éste era el máximo riesgo como lo es de toda sutileza extrema, que el otro sea igualmente sutil. Pues en ese caso, la sala habría quedado como un lugar privilegiado para que la luz se recogiera en él, para que viajara de una a otra pared, para que la luz mostrase lo que tiene de criatura alada: esa paloma que surge de la luz cuando se le da ocasión para ello.

Y si el fresco pintado por los artistas chinos hubiera sido mediocre, entonces su opacidad al reflejarse en el espejo de blancura incandescente hubiera quedado rescatado como quedan las imágenes reflejadas en el agua. Y la lección, a nuestro parecer, sería ésta: que nada es feo si se lo mira en otro medio más puro, más inteligente. Y llevando al extremo esta situación, se podría presentir que la mirada sea capaz de rescatar toda fealdad, toda mediocridad, la mirada de quien sepa al mirar crear un medio purificado, lavado, como la pared bizantina.

Y se podría seguir, se podría pensar que antes de hacer nada, que antes no ya de grabar una imagen sino de recibirla, que antes de pensar cosa alguna haya de pulirse y repulirse la mirada, el alma, la mente hasta que se asemeje cuanto humanamente sea posible a la blancura, que es pura vibración, velocísima vibración que une todas las vibraciones que engendran el color, mostrándose en apariencia como quietud y pasividad. Y cada lector puede seguir por su cuenta la serie de las interpretaciones. Pues que toda obra maestra del espíritu —grande o pequeña— es el cuento de nunca acabar.

Octubre de 1964

María Zambrano

que el mundo de los siglos XVIII y XIX se caracterizó por el predominio de la cultura clásica y el renacimiento de las artes. En este contexto, el arte de la época se vio influenciado por el neoclasicismo, que buscaba recuperar los valores estéticos de la antigüedad. Sin embargo, también hubo un movimiento hacia el romanticismo, que enfatizó la emoción y la naturaleza.

En el ámbito de la literatura, se observó un cambio de paradigma. Los escritores comenzaron a explorar temas más profundos y subjetivos, reflejando las complejidades de la vida humana. La novela y el ensayo se convirtieron en géneros importantes, permitiendo a los autores expresar sus ideas y sentimientos de manera más libre.

Además, el arte de la época estuvo marcado por el uso de nuevas técnicas y materiales. Los pintores experimentaron con el color y la luz, buscando crear obras más vibrantes y expresivas. Los arquitectos se inspiraron en el clasicismo, pero también incorporaron elementos modernos que reflejaban el progreso de la sociedad.

En conclusión, el arte de los siglos XVIII y XIX fue un período de gran creatividad y experimentación. Los artistas buscaron nuevas formas de expresión y se inspiraron en el pasado para crear obras que reflejaran el espíritu de su tiempo. Este legado artístico sigue siendo una parte fundamental de nuestra cultura y estética.

er
 vi
 cu
 en
 pe
 en
 en
 ac
 co
 sis
 pa
 ño
 a y
 ge
 cie
 el
 lín
 im
 pa
 "sa
 gil
 ext
 sic
 arr

LOS DOS POLOS DEL SILENCIO

Las acciones humanas cumplidas en silencio, aun con la máxima precisión en los gestos y aun el resultado a que esos gestos tienden y procuran, parecen vistas desde lejos, parecen también sorprendidas, como un secreto que se descubre atisbando. O como una escena que ha tenido lugar hace largo tiempo, en otra época de la historia; como una visión que atraviesa el tiempo.

Distancia en el espacio, lejanía en el tiempo acompañan como sentir a la percepción de este moverse, de este accionar que tiene lugar en el presente en la inmediatez, como si el espacio y el tiempo, el espacio-tiempo se cerrase en un sentido y se abriese en otro. Se cerrase envolviendo al que ejecuta sus acciones silenciosas. Se abriese, se ensanchase hasta desaparecer para el que contempla. Y vienen a quedar así situados el que actúa y el que mira en dos sistemas espacio temporales diferentes, como extraños, como enigmas el uno para el otro, al modo como le sucede al que sueña ante las figuras de sus sueños.

Y al modo también como ante ciertas figuras que aparecen en los sueños, a veces el soñante y lo soñado quedan identificados. El que mira anticipa el gesto que el que actúa va a hacer, el que hará, pues que sabe lo que está haciendo mejor que él mismo quizás, comprende inmediatamente su finalidad y el sentido de su acción. Se dan así en cuanto al conocimiento dos situaciones límites: la extrañeza —en un caso—, y en el otro ese saber que no induce ni imagina ni razona, ese saber que ronda la identidad. Un saber que se da sin palabras, inmediato, un saber en una especie de inocencia que linda con el “saber absoluto”.

Y así, de un lado en esta situación tan análoga al sueño, cuando en la vigilia se cumple sin palabras, actor y contemplador son como dos enigmas, extraños uno al otro, y aun robándose algo el uno al otro, pues que el actor siente al contemplador como a alguien que desde otro plano le mira, desde arriba —pues siempre el que mira lo está, en principio—. O bien se establece

instantáneamente una cumplida comunicación que viene a ser una especie de continuidad en el tiempo, de un tiempo fluido, de un tiempo que circula.

En un caso, la palabra no puede surgir; en el otro, la palabra no es necesaria. Son los dos silencios, o más bien, los dos polos del silencio que circunda a la palabra. Dos momentos en los que el silencio que circunda a la palabra se revela. Pues hay, debe de haber otras formas, otras explicitaciones del silencio, mas lejos de la palabra.

Es el silencio que sumerge a la acción —y claro está que la quietud puede ser asimilada, en este caso, a la acción; ella es también acción. El silencio que sumerge. Y de ahí la lejanía espacial y la diferencia temporal. Pues tanto la una como la otra son aspectos de la inaccesibilidad. Y se hace inaccesible todo lo que queda sumergido, por la noche, por el silencio, por el sueño. Cuando la vida queda abandonada a su autonomía inicial, a su autonomía solitaria. Y vaga como perdida, sin una dirección fija, vagamente orientada, como sucede en sueños, en el sueño en que el hombre —el animal entre todos despierto— se sumerge.

Y la vida entonces se asemeja a una muerte que transita, a una muerte que se mueve, bajo el polo negativo del silencio.

Mientras que el otro polo, el positivo, es el de la perfecta vigilia, el del total estar despierto, cuando la acción que es el despertar deja de ser una acción por haberse logrado enteramente, y es un estado, un estado del ser. La palabra no es necesaria porque el sujeto se es presente a sí mismo y a quien lo percibe. Es el silencio diáfano en que se da la pura presencia, la presencia total. Tan total como lo humano puede serlo.

La presencia pura y total en que el poder, el saber y el amor están fundidos inseparablemente, mientras dura este estado que en la condición humana es privilegiado y transitorio; lo es, en verdad como logro, mas no como raíz, como presupuesto de la humana condición, como exigencia de su cumplimiento. Y es que el silencio, en su polo positivo, acompaña a todo cumplimiento, cuando la presencia vence.

Habrà silencio también cuando la presencia pura y total en la que el poder, el saber y el amor se funden, deje su lugar a una presencia determinada predominantemente sea por el poder, por el saber o por el amor. Lo cual sucede cuando el amor no asiste al poder o al saber por su falla, y cuando el amor pobre, exasperado, está desasistido de entendimiento porque le falta inocencia y la fe implícita en ella, y entonces teme. A la presencia de este amor desasistido corresponde un silencio positivo aún como al amor corresponde,

pero negativo también que puede llegar hasta la imposibilidad de encontrar una palabra, situación transitoria si el amor se mantiene pues que entonces acabará por compensar la falta de poder pasándose sin él y por encender el pensamiento. Y será entonces cuando su transcendencia se avive más, cuando a solas encuentre conocimiento y con él la palabra. Una palabra cierta con su silencio propio, melodía, música. Y podrá, si lo necesita, hasta expresarse en lamento. Un proceso, en verdad, análogo al que sucede cuando la muerte, ausencia absoluta, se ha llevado la presencia de alguien, de algo amado.

En estas presencias que se dan por la plenitud del poder, del saber o del amor desasistidos surge la necesidad de la palabra y su posibilidad; una posibilidad no absoluta, pues que depende de la proporción en que lo negativo entre y de la cualidad de la pureza con que se mantenga el amor, el saber, el poder.

Mas ¿puede el saber separado del amor y del poder subsistir? ¿El poder puede mantenerse solo? En la medida en que esto ocurra, el saber desatado (des-ligado, des-religado) se precipitará en palabras, en la muchedumbre de las palabras sin posible eco, sin respuesta alguna. En las palabras que al borrar por completo el silencio —el positivo— no hacen más que llenar, ocupar su presencia, sin estar verdaderamente presentes nunca; palabras que no pueden pasar a otro, a través de nadie; palabras cerradas al diálogo.

Ya que es por un específico silencio que llevan consigo las palabras surgidas del saber que no acaba de serlo, del saber que busca a otra mente, a otra presencia, del saber que se busca a sí mismo en comunidad —“la ciencia que buscamos”, según Aristóteles nombraba a lo que después llamaron Metafísica— es el que ofrece el diálogo, el que es ya diálogo en sí mismo, aunque por el momento nadie entre en él, dentro de él. La palabra de diálogo puede quedar mucho tiempo sin más respuesta que el silencio, ganando con ello, a veces, en fecundidad —basta el haber tenido que explicar Historia de la Filosofía para verlo verificado y lo mismo sucederá con toda historia de algo que se dé en palabra y en silencio. También en ese silencio rescatado que es la Música. Toda palabra de lograda presencia, nacida del poder del “logos”, aunque ella y quien la dice no lo tenga, encontrará su cumplimiento más allá de ella misma y de quien la dice siempre. Y no otra cosa es el diálogo.

A la presencia del poder solo, sólo poder, le toca otra suerte. No tiene sucesión. Ya que lo que sucede a la presencia pura es la palabra. Esa que encuentra y da, cuando se ve alterada por una negación o falla que no atenta a su núcleo invulnerable.

El poder llega a ser sólo poder a fuerza de negar, de constreñir hacia el forzado silencio a toda presencia pura y total, de la que pretende ser ejemplar único. Pues que el poder se va quedando sólo en eso, en poder nada más a fuerza de relegar lo que por ser invulnerable no puede sumársele: amor, pensamiento. Ya que el poder se va quedando solo por no admitir más que sumandos alrededor suyos; por no ver más que aquellas presencias que pueden sumársele. Mas en cuanto que puedan sumársele no son, no eran presencia.

Es una soledad sin palabras la del poder solo. Y su presencia es sólo un hecho, el hecho bruto del poder que está ahí como fijeza de una sombra. Condensa el silencio que rompe violentándolo con palabras que llevan la pretensión de ser una, una sola que acabará con todas y aun con el silencio mismo llenándolo para siempre. La presencia de este poder solitario, es el reflejo negativo y negador de la presencia total en que se funden poder, saber y amor. Y él sólo es quien puede reproducir esa pura totalidad negativa y negadoramente, con la pretensión de absoluto en espacio, tiempo y ser. No se [¿] este poder el saber absoluto, antes bien lo necesita esencialmente, pues que así tendría el dominio sobre todas las demás presencias, cuya manifestación conocería dictándolas. Mas al faltarle el amor se hunde él mismo en la negación, en la que se ve forzado a afirmarse como en el único medio que le ha quedado. Y en cuanto a las palabras proferidas no tienen réplica mas que en el silencio de la presencia una, que es amor, sólo amor recogido vuelto sobre sí mismo en ese momento y que al desplegarse hará que se repita en el tiempo esa palabra que quiso ocuparlo por entero y que tendrá así sólo su propio reflejo repitiéndose en la negación, girando alrededor del polo negativo del silencio.

24 noviembre 1965

María Zambrano

La Pièce

Crozet-par-Gex

LA ACTITUD ANTE LA REALIDAD

No se ha tenido en cuenta, en esta época moderna que puede definirse como la de la crisis de la realidad, la actitud ante ella. Y la actitud ante la realidad es cosa diferente de las condiciones que el conocimiento empezando por la simple percepción de la realidad, requiere. Enunciamos así que de un modo a lo menos igualmente radical que las condiciones para la percepción de la realidad existe una disposición para la realidad en el ser humano, metafísica y práctica al mismo tiempo, unitaria; una necesidad que es vocación, es decir: necesidad total; vocación en virtud de la cual se pueden cumplir únicamente las posibilidades del ser humano. Y así entre tantas definiciones que se han dado del hombre, podría darse también ésta, de que el hombre sea la criatura que tiene que cumplir su ser a través de la realidad, la criatura predestinada a la realidad. Y en este sentido pues, la vocación envuelve las condiciones sensibles, intelectuales, de todo orden que la percepción y aun el simple "contacto" con la realidad —ese aviso de que estamos ante ella—, requiere.

Si ello es así, quiere decir que la "teoría del conocimiento" no puede ser ofrecer las consideraciones primeras y primarias para lo que en época moderna se ha llamado "el problema de la realidad"; que la Teoría del conocimiento ha de venir después de la consideración previa acerca de la situación, de la actitud del hombre ante la realidad, de lo que en su trato con ella, al hombre le va, de que ella sea, en cualquier momento histórico, en cualquier situación personal, aquello que más cuente y que más inexorablemente cuente. Que en su situación específica frente a la realidad —ante, entre, con...— el hombre descubra su condición propiamente humana y personal, y modulándola, la situación concreta en que el hombre de una época determinada y aun un determinado individuo, se descubra, inevitablemente, delatoramente.

Si posible fuera la expresión matemática de la situación, actitud y aptitud del hombre ante la realidad, ella nos daría la cifra del grado de humanización o de hombría alcanzado por una época de la historia, por un hombre en su

desarrollo individual. Lejos estamos de una tal clase de conocimiento, pero ello no invalida el hecho de que la cifra de una persona sea su actitud y su aptitud para la realidad, el grado del cumplimiento de la vocación que al ser vocación no es solamente vocación de realizar sino realizadora.

* * *

Lo que llamamos realidad se nos [da] siempre en un despertar, es decir, en un modo intermitente por tanto. Y nos encontramos con ello como algo "que estaba ya ahí antes de que yo lo percibiese", y nunca en modo indiferente. Lo que quiere decir que la impresión de realidad la tenemos en instantes privilegiados y que en los restantes, la realidad se da por sabida; no se duda de ella, de que esté ahí en un estar anterior y posterior también al instante en que la percibimos como tal realidad.

La realidad nos despierta y así en cada diario despertar de la profundidad del sueño, en cada retorno de la ausencia en que el sueño nos envuelve, despertamos propiamente cuando sentimos al par la realidad y el tiempo. El tiempo en forma de libertad; en modo de dejarnos libres para movernos entre la realidad, para ir la haciendo pasar, pues que si no, sin el fluir temporal, la realidad entera, inmovilizada ante nosotros nos devolvería al estado de sueño, con ensueños o sin ellos. El tiempo hace posible que la realidad total, se fragmente, que podamos atender sucesivamente a ella, que entre ella y la conciencia humana haya una comunicación, un contacto y una distancia; el tiempo nos libera de la realidad haciéndonos posible que tratemos con ella, y tratar para el hombre es conocer y actuar.

Realidad-tiempo-libertad es la ecuación del despertar, su cifra. La ecuación que muestra la adecuación entre el ser humano y la realidad que le rodea por virtud del tiempo mediador, del tiempo en su aspecto sucesivo que es el tiempo de la conciencia –del discernimiento.

Mas luego, la realidad dócilmente se deja colonizar por el hábito, por los hábitos que el hombre adquiere en su vivir cotidiano. Y casi desaparece. Dentro de ese cuadrícula de los hábitos, la realidad se desrealiza, se oculta, y al par que se desvanece se solidifica. La conciencia deja de estar despierta y atiende solamente a aquello que tiene ante sí, a aquello que tiene que captar de momento. El tiempo se contrae, se divide y su fluir se hace imperceptible o tiende a hacerse. La libertad se aduerme. Pues que la realidad y el ser que

ante ella está —el hombre— están ligados, corren diríamos, la misma suerte: si la realidad huidiza, se oculta, la conciencia se apaga, pierde intensidad y el ser mismo, el ser a quien esta conciencia pertenece como una lámpara, se oculta tanto o más que la realidad .

Y así la vida cotidiana regida por el hábito, por la tranquilizadora costumbre que es seguridad, eclipsa la realidad y al ser que con ella trata. La ecuación señalada, sigue válida, mas todos sus integrantes han disminuido, y la vigilia se acerca insensiblemente al estado de sueño.

Y en el estado de sueño se imagina, lentamente al principio, se sustituyen percepciones reales por otras que son su sombra; se introducen extraños sentimientos que dan origen a figuraciones fantásticas, aunque a menudo haya en ellas elementos de la realidad y aun alguna realidad completa.

En la vigilia decaída, cuando la conciencia se desliza por la realidad, el estado de sueño se insinúa; es cuando se cometen las grandes equivocaciones, productos de la distracción, de esa distracción que más que nada es desatención, abandono, falta de contacto con la realidad. Cuando el error se instala a veces sin ser notado en la conciencia y más aún, en como un supuesto de donde parten después juicios, convicciones, obcecaciones en verdad que ocupan el lugar de la realidad y de los juicios fundados en ella, de las convicciones adquiridas en el trato con ella. Insensiblemente la conciencia ha ido abdicando de su función de guía, directora. Y como cuando no se tiene guía el camino se cierra, la mente encuentra una pseudo libertad sustituto de la libertad verdadera; la libertad de vagar por su cuenta extra muros de esa ciudadela que es lo real.

Y en cuanto al tiempo fatalmente se pierde en esta situación, se va sin haber servido, lo cual no es un suceso tan simple, pues que de una parte el tiempo no ha servido para nada, mas nada humano puede perderse así, sin que traiga más consecuencias que las negativas. En el vacío de lo que no ha servido, de lo desaprovechado se instalan, análogamente a lo que sucede en el vacío de lo desatendido. Pues que hasta un objeto cuando se pierde deja un hueco que puede ser llenado por otro que no le es equivalente y una desazón en el ánimo de su dueño que lo dejó perder. El tiempo escapado sin haber servido no es una cosa que se pierde, es decir las cosas que se perdieron con él, lo que no se percibió, lo que no se pensó o no se hizo, lo que es ya sumamente grave, sino antes y más allá de ello, el declinar de la condición misma transcendente del ser humano que vale tanto como decir la condición del ser humano en su esencia y en su función integradora.

Transcender es un pasar, un ir atravesando los propios límites sin por ello abandonarlos; un partir que es al mismo tiempo quedarse; un movimiento pues propio exclusivamente del ser, que sólo algo que es puede tener. Y que todo lo que es, tiene necesariamente.

El transcender es pues la acción entre todas, la más activa y la más constante. Acción que se configura en acciones determinadas, mas no siempre ni necesariamente, mas que es el núcleo activo, actuante de toda acción verdadera. Una acción privada de transcender es simplemente una caricatura o una contrafigura de la acción, cosa aún más grave.

Este inexorable transcender del sujeto marca como con un sello todas sus acciones y actividades a partir de las más primarias, de las que establecen la continuidad del sentir y del entender, como son las formas de la sensibilidad que según Kant establecen "a priori" el tiempo y el espacio, y, sin duda alguna, los mismos sentidos dirigidos, guiados por ellas; los sentidos, que en el hombre ciertamente son ya razón. Todo en el organismo humano —en el hombre como organismo— está predispuesto a la razón y configurado por ella. Solamente el desequilibrio de la persona hace que así no sea, inalterablemente.

Y los sentidos y las formas de la sensibilidad que establecen el espacio y el tiempo, son vías de acceso a la realidad. Vías de acceso, mas no pasivamente, como un camino que está ahí y cuya invitación a ser seguido puede o no ser aceptada; un camino que es al par la máxima exigencia: el recorrerlo cumplidamente íntegramente decidirá en cada momento la situación del hombre y la recapitulación final, esa en que de un modo o en otro, se condensa toda vida. Lo que decide que la vida se realice plenamente o se vaya desvaneciendo a medida que se va viviendo, borrándose en la irrealidad. Ya que no basta que algo parezca realidad para que lo sea. Es una de las dificultades —no la única ciertamente— que al hombre se le presenta en tan decisiva cuestión.

* * *

Y si el camino de la realidad ha de ser recorrido inexorablemente por el hombre, ¿cómo es posible entonces que la realidad haya llegado a ser el problema entre todos del pensamiento moderno? ¿Cómo es posible que exista una actitud y hasta una aptitud para la realidad, como hemos señalado? La existencia y presencia de la realidad y el ir hacia ella habría de ser una constante de la vida humana, fuese cual fuese esa realidad, es decir, aunque la realidad variara.

Mas si fuera así, si la realidad ofreciera siempre su presencia al hombre, lo que llevaría consigo que la actitud frente a la realidad fuese a su vez invariable, el hombre sería exactamente como un animal, aunque tuviese historia. De ser posible que tuviese historia, sería un animal de la historia, como los animales lo son de la naturaleza —dicho sea de pasada no sabemos muy bien en qué consiste esta naturaleza en la que el animal está como en su casa, cuáles son sus profundidades, sus límites, su trasfondo anímico—. El hombre no sería propiamente libre como el animal no lo es, y como él estaría perfectamente encajado, más aún que adaptado, en un determinado mundo. Mas al no ser así en virtud de su libertad, el hombre puede retraerse ante la realidad, puede eludirla, puede confundirla y confundirse, porque puede modificarla simplemente, mientras que el animal nunca la modifica.

No modifica nunca la realidad el animal, aunque extraiga de los campos las briznas para hacer su nido sobre una rama, aunque excave en el monte su madriguera o construya su colmena, aunque transforme por su sola presencia la configuración y la composición química de su contorno, porque la vida opera siempre una transformación. Mas todo ello sigue siempre el mismo curso como lo sigue el sol, la luna y las estrellas; en este sentido el sol sería el primer animal en la vida de la tierra. Como un dios ha sido mirado en la mayor parte de las culturas anteriores al cristianismo. Pero ni el sol, ni la luna, ni las plantas ni los animales inventan nuevos modos de tratar con la realidad que les circunda; ni tampoco, cambian la “elección” que en la inmensidad de lo real operan en su acción, cualquiera que ella sea. Solamente el hombre, dentro de los límites de su espacio-tiempo, cierto es, cambia su modo de tratar con la realidad, inventa y descubre otros nuevos, sólo él introduce verdaderas modificaciones y aun transformaciones en ella. El “homo faber” es ya una prueba del “homo sapiens” y los dos del hombre transcendente, del hombre en tanto que es transcendente y libre.

* * *

Hasta ahora todo lo que hemos señalado acerca de la condición transcendente del ser humano —una doble transcendencia, por lo que tiene de vida y por lo que tiene de ser— [es] su aspecto positivo. Mas ya vemos que en tanto que libertad lleva consigo algo negativo, ese vacío que proviene de la no adecuación a un medio determinado, como al animal y a la planta les sucede; o

sea, la continua necesidad de hacerse y rehacerse su equilibrio, la constante tensión para sostenerse en ese mundo que se le presenta en tanto que medio vital, vacío y lleno al mismo tiempo y por tanto cambiante. Sometido pues a una doble atracción, la de la realidad visible y declarada y la de esa ausencia o vacío que la misma realidad le depara. Absolutamente forzado de atender a lo que circunda, a lo dado, a lo que encuentra ya estando ahí, y forzado igualmente de hacer, de sostenerse inventando, supliendo, compensando, en último extremo, creando; creando tras de haber pensado. Pues que esa desigual realidad que se le presenta necesita ser ante todo desenmascarada, descifrada a veces, llevada a la claridad del pensamiento, sea por la instantánea intuición o en el proceso discursivo de la razón.

Y esta deficiencia también que es alteración, cambio y máscara de la realidad, que al hombre se le presenta, es la que le exige de una especial actitud ante ella. Una actitud que es algo más de un simple estar. Pues que propiamente ni la realidad *está*, ni *está* el hombre ni ante ella ni en sí mismo. El estar, verbo tan característico del idioma español, no expresa un modo espontáneo del vivir humano, primario, como a veces algunos pensadores han creído. A estar se llega por una especie de conquista cumplida, o por un aquietamiento de la perenne inquietud del ánimo y del sobresalto de la conciencia, o como hemos apuntado mas arriba, en la decadencia de la consuetudine que se revela ser tan peligrosa. Rara vez del estar no se despierta con sobresalto y hasta con un cierto remordimiento por haber prolongado algo que sólo como premio se otorga; tomándonos alguna libertad diríamos que el estar es un resto del paraíso.

Y si mirado desde la finalidad el trascender humano es un ir hacia algo para seguir más allá, tras de haberlo asumido, mirado desde el origen, desde el humano ser se asemeja a una herida que no puede cerrarse. Pues que es una apertura, a la realidad por el pronto y a la verdad, como veremos, pues que sin la verdad la realidad no se sostiene ni llega siquiera a serlo propiamente. Una apertura y un recinto donde la realidad halla acogida y albergue; donde es retenida y aun asimilada. Y aún en este su nacimiento es como un manantial; atención sostenida, atención renaciente en cada instante. Y lo que tiene que renacer de sí mismo constantemente, evoca enseguida la imagen de un corazón, como la evoca igualmente ese recinto que hemos llamado y que no puede ser un lugar sin más, que ha de ser un lugar privilegiado. Y lugar privilegiado, el más de todos es el centro, el centro viviente, de cualquier cosa que se trate,

siendo del hombre, el corazón.

La actitud que corresponde al trato y entendimiento de la realidad es más radical y profunda que las operaciones intelectuales necesarias para captarla que son solamente el órgano, el método, el modo que no pueden dejar de estar condicionados por la actitud hacia la realidad.

Y si la actitud hacia la realidad condiciona su conocimiento y hasta relativamente su presencia efectiva es porque la libertad humana se manifiesta en esto como en todo —hasta en esto— pudiendo hacer decir no, o sí, frente a ella. Lo cual significa entre otras cosas que la realidad hay que descubrirla y que antes que descubrirla hay que buscarla.

La realidad que en cierto sentido se presenta por sí misma, arrolladora, inexorable, dada la condición humana, exige ser buscada. La vida humana es un viaje hacia la realidad, como conocimiento. Lo que exige una moral, una moral que sostenga el ánimo y enderece la voluntad hacia ella, que temple el corazón y la sensibilidad también tal como sucede con toda vocación. La vocación que sea lo que sea, procede de una fe y que pide para realizarse, la formulación de un voto, y los votos se pueden empeñar en un momento de entusiasmo, mas han de ser renovados, sostenidos, cada vez que su cumplimiento va a desfallecer. Una actividad típicamente moral en la que la educación tiene su decisiva parte.

Setiembre de 1965

María Zambrano

FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN: LA REALIDAD

Nadie podría negar ni siquiera desconocer la estrecha relación que existe entre el pensamiento filosófico y la acción educativa. Y sin embargo ninguna dificultad mayor se presenta hoy día ante quienes por afanes teóricos o por necesidades de la vocación, se vean forzados a considerar en modo concreto esta relación. Ello proviene sin duda, de la pluralidad en que se ha diversificado, en que se ha ido diversificando el un día unitario pensamiento filosófico, hasta tal punto que ya las "escuelas de filosofía" han dejado paso a las tendencias y las tendencias mismas se diversifican, se matizan se disuelven siguiendo un proceso que se asemeja un tanto a la evanescencia de los colores mirados a través de un cristal de desigual grosor y de superficie un tanto curvilínea.

Sucede además que el pensamiento filosófico actual no ofrece ninguna pedagogía, ni haya modo quizás de que nadie encuentre fundamento alguno para deducirla. Estamos en el polo opuesto, el negativo, al polo positivo ofrecido por la filosofía griega, que era ya en sí misma educativa, formativa. Resulta en exceso obvio, como un número obligado, el recordar a Sócrates y a su discípulo Platón, que sólo al final de su vida dejó de hacer filosofía en función de discípulo. Pero estos casos gloriosamente arquetípicos pudieron darse según siempre sucede con la perfección de algo, porque el ámbito en que se dieron estaba impregnado de esa sustancia, en este caso, de un filosofar que desde su raíz misma reunía las condiciones necesarias en forma superabundante para que una filosofía fuera al mismo tiempo, siguiendo su propio curso educación.

Y esto: que una filosofía ofrezca por sí misma o permita "naturalmente" que se derive de ella una educación requiere que se cumplan unas condiciones en ella, en su esencia, en su forma, en su capacidad de llegar a todos. Unas condiciones que vamos a procurar ir diseñando.

Mas no es posible considerar la filosofía desde la perspectiva de la educación, sin tener antes una cierta idea acerca de lo que por educación se entiende; de lo que ella es, de lo que su existencia supone.

Supone la educación, el que haya de haberla que el hombre es un "ser" nacido en modo inacabado, imperfecto, mas necesitado de ir logrando una cierta perfección y capaz desde luego de lograrlo, aunque sea con la relatividad propia de todas las cosas humanas.

Pues que si el hombre naciese como los demás seres vivientes que con él comparten este planeta, siendo ya lo que tiene que ser sin más que ir creciendo, desarrollándose por obra y gracia de la madre naturaleza, la educación no sería ni necesaria ni posible. Sería o cultivo, como en los vegetales o domesticación como en el animal, cosas imposibles ya que es el hombre mismo quien realiza estas acciones. Y sin embargo la palabra cultivo se aplica igualmente al ser humano, así como la de cultura para designar la totalidad de la humana creación. Son términos pues, que en un principio arrancan de la consideración de lo que en el ser humano hay de crecimiento; de un crecimiento que ha de recibir cuidado, de un cuidado que exige conocimiento y técnicas adecuadas, y desde luego de un cierto clima, de un cierto terreno. Se trata de una metáfora, claro está, el cultivo aplicado al ser humano que recoge lo que en lo humano hay de natural, de inevitablemente dado. Y así en esta metáfora están centrados otros términos que se usan tales como sembrar, cosechar, recoger frutos, en la educación humana.

Mientras la palabra misma educación viene de "educere", guiar, conducir; se trata de una metáfora también pero más apegada a la realidad y por lo mismo más llena de sustancia. Por el pronto, encontramos que hay mayor pasividad en aquello que recibe cultivo que en lo que es guiado y conducido. Lo cultivado puede pasarse mejor sin el cultivo, que sin guía y sin conducción aquello que se mueve, sí, mas sin dirección. Se trata de un ser que no puede permanecer fijo y que no puede tampoco detenerse sino en función de la marcha, de un ser al que le es congénito ir, marchar hacia. La necesidad del guía recalca el hecho de que esta marcha ha de seguir una cierta dirección porque tiene una finalidad.

Un marchar hacia algo, mas también a través de algo, se aparece ser la vida del hombre sobre la tierra precedido siempre de alguien que recorrió el camino antes, en un tiempo determinado, que señala un hito, una piedra miliar, punto de referencia inamovible, y una finalidad última, simbolizada todavía en la estrella polar, que en algunas tradiciones ha sido nombrada ventana del cielo, o sea la apertura del firmamento que nos cubre por la que aparece el cielo de verdad. Cosa a retener en este momento porque delata, como todos

los grandes símbolos, anhelos esenciales del alma humana. Los símbolos son imágenes que el hombre va creando de su propio interior oculto aunque sean además, algunos, modos de presentación de realidades objetivas. Y este símbolo de la estrella polar refleja la convicción de que se camina siempre hacia alguna parte, de que el caminar ha de estar guiado por algo inasequible, por algo luminoso, un cuerpo que genera él mismo su luz, además.

Este género de caminar, de ir hacia algo, que guía y que está más allá, a través de un terreno en el que no hay camino en principio, se llama propiamente transcender. Transcender que en un primer sentido es atravesar, traspasar: obstáculos, fronteras. Mas no se puede decir ni en este primer sentido siquiera de un móvil, de una piedra, de cualquier otro objeto apto para ser lanzado, que trasciende. Transcender no es propio más que de un sujeto y [si] se dice de algo que propiamente no lo es, es porque viene considerado por extensión o metafóricamente, como tal. O que lo remedan o prefiguran, como es el caso de los aromas de los que se dice que trascienden porque se desprenden permaneciendo al mismo tiempo en el cáliz de la flor, y si a la rosa no se la viera, por su aroma se la conocería. De todas las impresiones que reciben los sentidos, el olor es el que más remeda a la transcendencia, porque es una emanación constante, un desprenderse sin cesar y sin constituirse ni tender a constituirse en un ser aparte; también porque se recibe, porque llega al sentido correspondiente, mientras que la vista es ella la que llega hasta el objeto que ve. Y en cuanto al oído, está dispuesto para otro modo de recepción de la realidad que no es posible ahora más que señalarlo como el órgano de la significación del sentido, el que prefigura, más tarde se hablará de ello, la vocación.

Si el transcender es propio de un sujeto, lo es en sentido estricto del hombre, el sujeto propiamente dicho que conocemos. Y entonces el guiar, el conducir al hombre en cualquier momento de su vida y en cualquier forma que se haga, habrá de ser para que la acción se cumpla, guiarle en esta su marcha que es transcender, irlo trascendiendo todo.

Se hace inevitable que al hablar del hombre, que al tratar con él, esta su condición de sujeto transcendente sea supuesta por lo menos, declarada del modo más fiel posible cuando se pretende o se necesita saber qué clase de criatura es, con quién tenemos que habérmolas. Y por el pronto resulta que tenemos que habérmolas con nosotros mismos, con uno mismo.

Lo que en estas líneas hacemos es simplemente señalar, enunciar tan sólo esta condición transcendente del ser humano, del "ser" más de la vida, del

“ser” antes que de la vida. Señalemos por el momento como precedente de un mayor desarrollo de esta cuestión, que el transcender es pasar a través de mas sin por ello abandonarlo. Lo que hace posible este pasar es el tiempo en tanto que transcurre; lo que hace imperativo el no abandonarlo es la condición del sujeto, la especial condición del sujeto responsable, que puede y tiene en tanto que es responsable que ir recogiendo el tiempo, y llevárselo consigo; que tiene que recoger el pasado para conducirlo hacia el futuro. Educar será ante todo, guiar al que empieza a vivir en esta su marcha responsable a través del tiempo.

El tiempo, el humano, no se nos aparece así, como un simple transcurrir, ese tiempo fugitivo que se escapa, ese tiempo inasible, cuya huella vemos en todo lo que se desgasta, se marchita o se deshace; el tiempo se abre por el pronto en sus tres dimensiones: pasado, presente, por venir; en realidad la dimensión del futuro es ya otra nueva dimensión que corresponde en el reino de la temporalidad a lo que simboliza la estrella polar en el orden del lugar, los dos son inaccesibles, los dos se alejan tanto como nos acercamos a ellos, y de los dos nos llega la dirección que tome nuestra vida. Del futuro, paradójicamente depende el pasado, pues que miramos y elegiremos nuestro pasado, exaltaremos de él, algunas cosas, cancelaremos o haremos lo posible por cancelar otras, en función del futuro que nos llama y atrae, verdadero imán temporal.

En su transcender el hombre, no pasa el tiempo simplemente ni pasa por el tiempo, sino que en él, en su fluyente medio, comienza por sostenerse para si quiere seguir sosteniéndose, hacer algo, algo que de alguna manera trascienda el tiempo a su vez, algo creador.

Pues que el ser humano que no tiene, como las demás especies animales y vegetales un medio propio a que adaptarse perfectamente, tiene, diríamos nosotros, el tiempo, su medio entre todos, su tiempo humano donde su vida ha de realizarse y realizar.

Que el tiempo sea el medio humano sobre todos, lo muestra el que la realidad, esa realidad con la cual ha de tratar y para tratar ha de descubrir, se ofrece en el tiempo; se manifiesta y se esconde, emerge y desaparece, reaparece, dura, según el género de realidad que sea. Podemos ya anticipar que cada género de realidad tiene su modo propio, peculiar de albergarse en el tiempo.

Tiempo y realidad constituyen el medio específico de este ser llamado hombre que ha de descubrir la realidad trascendiéndola y trascendiéndose a la

vez, a sí mismo, mas siempre en ella; el ser humano no puede quedarse fuera de toda realidad. Educarlo será disponerlo a afrontar, en cualquier época de la historia que se trate, en cualquier región de la tierra, en cualquier régimen político y social, dentro de la clase a que pertenezca, educarle será despertarle o ayudarle a que se despierte a la realidad en modo tal que la realidad no sumerja su ser, el que le es propio, ni lo oprima, ni se derrumbe sobre él; en modo de que no se le desrealice, falta de esa asistencia que el hombre, como prenda constante, tiene que pagar a todo lo que le rodea. Tradicionalmente se ha repetido que "el hombre es el rey de la creación". No resulta muy de actualidad la expresión, mas en todo caso rey o señor, ha de pagar su señorío; criatura privilegiada ha de usar su privilegio dando y dándose, asistiendo sacrificando aun, atendiendo siempre, en suma, pagándolo.

Una continua, sostenida tensión le es exigida a la condición humana. La realidad no perdona y su propio ser, menos aún. Al descubrir y sostener la realidad se descubre a sí mismo, comparece. Realidad y ser se conjugan: el hombre hace ser a la realidad, la salva con ello —el móvil del pensamiento platónico era, es, el de "salvar las apariencias", ya que la realidad que aparece en el tiempo estaba condenada en aquel momento a ser "apariencia"—. Y al elevar la realidad hasta el ser, el hombre va realizando, va haciendo real, llenando de realidad su ser y de sustancia su vida. Es la condición de la criatura humana, su inexorable tarea dondequiera que se encuentre, como quiera que se encuentre. Quien lo conduzca, ha de conducirlo hacia ella, y aun dentro de ella.

Mas si es del modo que venimos diciendo la función del educar, no parece que sea de su exclusiva competencia. Por el contrario, el sacerdote, el político, el poeta —el escritor—, los padres y los hermanos, los amigos, los compañeros, y no importa qué otro ser, educan se lo propongan o no. El arte en toda su extensión y la naturaleza; la vida. Y uno mismo, cada uno, el primero, pues que en este "sacramento" de la educación sucede lo mismo que en el del matrimonio: que son los contrayentes quienes en verdad se lo administran, conducidos, testificados, bendecidos, mas ellos. No hay educación posible pues si sólo existe el educador, es decir: si el primer educador no es el propio educando.

Lo que sucede es que si el sacerdote y el político y el poeta educan, el llamado educador ha de reunir un poco de todo ello. Y además le sucede que hoy por la estructura de la sociedad y del estado, al menos en occidente, no

está adherido a su función, no puede estarlo a una sola y determinada religión como lo está el sacerdote; no lo está ni puede estarlo enteramente ni siempre adherido a un régimen político, ni siquiera un cierto tipo de arte. El mundo de hoy no es unitario tal como lo fue la Edad Media, por ejemplo. En cierto sentido el educador está solo, solo ante su inmensa responsabilidad, a veces asistido, a veces lo contrario.

Y en esta situación habría de ser más que nunca la filosofía la que orientara, diera certidumbre, sostén al educador. Mas sucede, como dijimos al comienzo de estas páginas, que la filosofía hace ya tiempo que dejó de ser una, y que se encuentra hoy al borde de dejar de ser filosofía. No puede dejar de ser visible que la filosofía está en crisis o [en] una crisis. Se acerca a ser testimonio, a ser confesión en ocasiones a la desesperada; se limita en otros casos a ser o a pretender ser método, como los tipos de filosofía que atienden a procurar a la ciencia sus métodos, como de otra parte la Fenomenología de Husserl ofrece un método para que la verdad genéricamente se haga ostensible —la verdad sin realidad, apuntamos nosotros—. La filosofía de la razón vital, de Ortega ofrece un punto de partida que es el nuestro; mas, como quizá perciba el lector advertido, es justamente eso, un punto de partida, ya que la mejor fidelidad al maestro es seguir pensando.

Para que una filosofía pudiese ofrecer al educador de hoy lo que en su menester necesita habría de ofrecerle una idea y una imagen del hombre, de la realidad; del cosmos, es decir un conocimiento del hombre en función de su puesto excepcional en el universo. Pero algo más: un itinerario del trascender humano a través de todas las formas de realidad entre las que tiene que moverse. Una visión total y una guía; un cierto método también. Naturalmente que no nos creemos en situación de poder ofrecerlo. Por ello vamos a intentar en estas páginas abordar tan sólo la situación del hombre entre el ser y la realidad. O dicho de otra manera, la realidad en función de la condición del humano sujeto que es la responsabilidad, responsabilidad que se declara en su plenitud en lo que se llama vocación. Una guía para la vocación.

La Pièce
Crozet-par-Gex. Ain. Francia

María Zambrano

LAS SIETE EDADES DE LA VIDA HUMANA

La consideración de las edades del hombre vistas en conjunto ha cedido el paso desde hace tiempo al estudio de los conflictos y de los problemas planteados por cada una de ellas. Y así, según las circunstancias sociales y aun políticas del momento y desde luego, según la preferencia dada a una de ellas y según también la amenaza que alguna de ellas presente, arrastran la atención de los moralistas y psicólogos, de los sociólogos y desde luego de los legisladores. De los novelistas también, de los poetas, de los que develan por la palabra los más escondidos secretos del corazón humano.

Y así parece que en nuestros días en orden a la esperanza es la infancia la edad preferida de la atención y del estudio, y aun de la creación literaria. No son ciertamente de este decenio los libros en que el autor rememora su infancia, mas sí es de señalar que gran parte de los premios literarios de estos últimos años han recaído sobre libros de ese género y aun que la celebridad extrabundante de ciertos autores se debe a un libro en que ha descubierto implacablemente los más íntimos secretos de su infancia. Y como la infancia es la edad en que se está más ligado a la vida familiar, la familia entera de un modo a veces lúcido y siempre despiadado viene ofrecida a la voracidad de los lectores. No parece posible que por este camino se pueda ir más lejos; ya nada queda por decir y, según sospechamos, por inventar, ya que parece ser que se trate de ganar un record en audacia, en la frialdad con que el análisis viene llevado a cabo. ¿Cómo es posible pues no sospechar que la sinceridad sea más pretendida que cierta? Mucho habría que hablar a propósito de tales libros y de su boga, mas aquí sólo nos interesa dejar constancia del hecho como una prueba más del interés predominante que la infancia despierta en nuestros días. Un interés que se bifurca según acabamos de indicar: de un lado, desde el punto de vista de la educación y de la consideración social, la infancia es la depositaria de la esperanza en el porvenir de la humanidad; del lado de la expresión literaria y poética la infancia se nos presenta como el lugar de la

revelación de todos los instintos, y entre ellos dominándolos a todos lo que podríamos llamar el instinto del mal, del mal puro, gratuito. Un aviso a retener ciertamente acerca de esta literatura que pretende ser un espejo.

Y desde el punto de vista del peligro, de la amenaza que renovadamente se cierne sobre las sociedades más cultas de occidente y especialmente sobre las ciudades, es la adolescencia y la primera juventud la que atrae la atención de sociólogos y psicólogos, y tanto o más de los legisladores. De los médicos especializados en las alteraciones del sistema nervioso. Conocidas son las oleadas de delincuencia y predelinencia que surgen de la juventud de las grandes ciudades sin excepción de clase social, que hacen pensar en una especie de guerra con sus altibajos, una de esas guerras de que está poblado este período de paz que aún no alcanza a cumplir un cuarto de siglo.

En cambio no son tantas las memorias y las confesiones de jóvenes, pocos los libros, los poemas en que un joven abra verdaderamente su interior para ofrecerlo. Cuando el joven habla desde sí mismo, clama, acusa, delata o exalta la esperanza que siente surgir en él. Y su drama así, lejos de ser individual, se presenta como un choque entre alguien que acaba de llegar y una sociedad que, según su sentir, no tiene lugar que ofrecerle. La literatura juvenil en su mayor parte es un requerimiento cuando no una denuncia. —Me refiero al joven que habla en tanto que joven.

Hay otra edad que en los días de hoy ocupa la atención de las gentes, es la edad última de la vida humana. Ya que uno de los empeños de la ciencia actual es prolongar la duración de la vida para lo cual es indispensable prolongar ya que no la juventud, la madurez y esa primera senectud en la cual el ser humano aparece como detenido milagrosamente al modo de los árboles dorados del otoño cuyas hojas lucen en todo su esplendor mientras la savia disminuye su caudal. Se trata ante todo, como es sabido, de técnicas que previenen la decadencia fisiológica, mas también y quizás ante todo, de un sostenimiento de la vitalidad moral del individuo. La lucha contra la mortalidad infantil se convierte en este punto en lucha contra la muerte.

¿Mas cómo es posible emprender esta lucha si no se mira la totalidad de la vida humana en el despliegue de sus diferentes edades? Y aún si no se consiguiera esta prolongación de la vida, la necesidad de recorrer las diferentes etapas de ella se impone. Por la simple razón de que la primera exigencia que pesa sobre una vida humana es la de ser vivida íntegra, armoniosamente más que largamente. Ejemplos hay en la historia y aun en la vida cotidiana de

vidas intensamente vividas, y que han dejado una huella indeleble que han durado un tiempo breve o no largo, y contrariamente de individuos que se sobreviven, que duran. Y el simple durar es lo contrario de vivir.

Y el vivir pide ir pasando por todas las etapas, apurando sus posibilidades, extrayendo de cada una su esencia última, su quintaesencia que es al par sustancia, es decir: forma. Pues que si la vida es transformación, ha de dejar cuando de una vida humana se trata, una figura, una forma que lleva en sí el sello de algo imperecedero.

* * *

Quizás debido a la prolongación de la vida humana, quizás a la atención que sobre su transcurrir se vierte, se pueden discernir hoy en ella, siete edades en lugar de las tres o cuatro tradicionales: infancia, juventud, madurez que en otros momentos eran infancia, juventud o más bien vigor, y luego la vejez.

Mas hoy podemos discernir en la vida humana la infancia y tras de ella la adolescencia, la primera juventud, la segunda, el período —especialmente importante— de la crisis de la madurez, la madurez misma y un último período que puede ser la coronación de la madurez o simplemente el del apagamiento final.

Cada una de estas edades tiene sus características, su conflicto específico, su ley. Una ley un tanto inasible, que en verdad sólo después de haber pasado por ella, bajo ella, se descubre. Trataremos aquí de dar unas indicaciones solamente acerca de cada una de estas edades deteniéndonos algo más en las que creemos sean especialmente decisivas para la totalidad de la vida, para el logro de esa figura que hemos señalado debe de alcanzar todo humano vivir. La primera, aquella en que se da la presentación del ser humano: la infancia.

...the first of these is the fact that the ...
...the second is the fact that the ...
...the third is the fact that the ...
...the fourth is the fact that the ...
...the fifth is the fact that the ...
...the sixth is the fact that the ...
...the seventh is the fact that the ...
...the eighth is the fact that the ...
...the ninth is the fact that the ...
...the tenth is the fact that the ...

LA INFANCIA EL NACIMIENTO Y HILO CONDUCTOR

Es la infancia un verdadero continente nunca bastante explorado. Porque es la inmediata continuación de lo más decisivo, misterioso de la vida, que es el nacimiento. Quizás hasta ahora haya obsesionado la mente occidental mucho más la muerte que el nacimiento. Y la verdad es que el haber de morir no es gran cosa comparada con haber nacido; llegado a la vida siendo además, un ser, un alguien.

Y quizás esta especie de obnubilación producida por idea de la muerte haya impedido o no haya dado cabida a lo que es sin duda alguna la más íntima, profunda situación del ser humano: el asombro de estar vivo y de ser alguien, un ser, un individuo irreductiblemente distinto de los demás; de estar vivo y de sentirse único. Este sentir originario, fundamental es la base de la transformación moral y anímica, física también que a lo largo de la vida el ser humano ha de sufrir y al par efectuar; es el inexorable punto de partida. Y por ello nos servirá de hilo conductor a través de todas las edades señaladas y lo seguirá siendo igualmente a otras más [que] se descubrieran.

Pues que se trata del arranque, del punto de partida; del sentir imborrable sobre el cual irán a caer todos los demás sentires. Y permítasenos distinguir entre la situación y el sentir, pues que creemos que el haber tenido en cuenta únicamente la situación ha conducido a una mente como la de Heidegger en una dirección que le llevó a definir la situación última del hombre sobre la tierra —y él no ha intentado traspasarla— como “el ser para la muerte”. Heidegger partió del “estar aquí” como de lo más radical del ser humano. Sin duda alguna que señaló un sentir que la acompaña, el de sentirse aherrojado, lanzado, echado a fuera diríamos. Mas este sentir es sólo un aspecto del sentirse vivo, nacido, siendo alguien del sentirse ser viviente como individuo irreductiblemente diferente. Pues que este sentir inicial se da también gloriosamente, en un asombro total único que ningún otro acontecimiento puede despertar. El sentirse “aquí” a la manera heideggeriana prepara ya que sea la

angustia el encuentro decisivo entre el hombre y la nada y bajo ella el ser sin más. Justamente de este encuentro se ha retirado la vida, nada menos que la vida y la gloria que congénitamente la acompaña. Y el hecho entre todos de haber nacido. Y nacer no es un hecho reductible a ser. El hombre es ante todo un nacido, un ser nacido viviente.

Y así la angustia que inexorablemente también se aparece como reveladora no puede sin embargo tomar al ser entero para sí, no puede ser aceptada más ella sola. En la angustia se da sin duda una revelación especialmente fecunda para algunos individuos específicamente dotados para ella, mas no puede hacerse de ella la revelación fundamental que al hombre le sea dada. Es la angustia en verdad la revelación fundamental negativa, en la negación o más exactamente en la negatividad. Y de ahí que en este tiempo haya sido aceptada hasta con embriaguez y ansia.

Mas la revelación fundamental que al hombre le es dada es la de encontrarse no entre la nada y el ser, en el tiempo ante la muerte que luego resulta ser para la muerte.

Lo originario de la situación humana es encontrarse nacido en la vida y siendo; siendo ya y yendo hacia el ser. Y como su ser es ser-nacido, yendo pues hacia un inacabable nacimiento.

Y si el sentir originario que corresponde a la situación inicial es según se acaba de enunciar, en la infancia es donde aparecerá forzosamente como algo radical, como la raíz misma de la existencia. Y lo primero que ha de verse en un niño es alguien que está sintiendo de un modo más o menos declarado en su incipiente conciencia, el haber nacido, el estar naciendo en verdad pues que el crecimiento infantil en el animal superior, mas muy especialmente en el hombre, es una continuación del nacimiento, es el nacer que se hace ostensible. Por lo cual en el nacimiento humano habría que distinguir dos etapas: la primera, aquella decisiva de la cual no podemos tener memoria ni la mínima conciencia por tanto; y el período del crecimiento en el que el nacer se continúa ya sensiblemente primero, conscientemente después. Y en este período es cuando se da en toda su plenitud el sentimiento de dependencia primeramente con los padres, y de un modo difuso con el mundo de los mayores. El maestro, los maestros naturalmente, están situados en la región de los padres como igualmente, no es necesario decirlo, todas las personas que directamente cuiden del niño.

Es el largo momento, el interminable momento cuando se vive del crecimiento dominado por el sentimiento de dependencia. El niño se siente ser

alguien encerrado en sí mismo y al mismo tiempo se ve dentro de una envoltura: todo le llega desde el reino de los padres, del maestro, de los mayores. Y forzosamente ha de estar debatiéndose entre dos polos que marcan dos tendencias de su ser: el polo y la tendencia del recibir, en un proceso de continua nutrición. Una tendencia a apropiarse de todo aquello que le rodea, si lo necesita o si le agrada se le impone y aun lo arrastra como cosa natural. Se diría que su naturaleza es el deseo, la apetencia, el ansia en una escala de diversos grados según los individuos o las clases de individuos. Si posible fuera descubrir el coeficiente del deseo en la época de la infancia se tendría un signo de extrema importancia para el futuro. Pero el deseo, esa tensión que se abre para recibirlo todo depende como es natural del ambiente en gran parte; tanto la extrema insatisfacción como lo contrario pueden desatar y aun fijar en modo indeleble el deseo ilimitado en quien esté sometido a su dominio.

La otra tendencia no difiere por su naturaleza del deseo, de la avidez receptiva, sino por su dirección, pues que procede del ser que lucha aun sin darse cuenta, por su independencia, que necesita y busca salir de esa envoltura en que se encuentra; es la tendencia propiamente que obliga a seguir, a proseguir el nacimiento y que en último término es la tendencia individualizadora. Y a través de ella pasa el hilo conductor que desde la oscuridad y pasividad originaria lleva a un ser humano hasta su despliegue último; es diríamos, la raíz misma de la libertad, de la inexorable libertad.

Puede tomar diversas formas esta tendencia liberadora, y en ella aparece ya el sentido del futuro, lo que crea el tiempo propiamente humano. El simple deseo, el deseo elemental que todo lo espera no sale, en realidad, del presente, de un prolongado presente. Y si se permaneciese dentro de él, aunque el desarrollo fisiológico del organismo prosiguiera normalmente, el ser en cuestión no avanzaría un sólo paso. De ahí el infantilismo y aun el retraso mental del niño dominado por el deseo y la avidez.

Es la tendencia hacia el futuro la que despegamos por así decir el ser humano de esa primera envoltura de su nacimiento que se continúa en el mundo familiar. Y la situación en que se encuentra el que va creciendo es la de tener que ir cada día afrontando la realidad, la suya y la que le rodea, desde una cierta soledad. Lo que sucede a veces en modos sumamente conflictivos. Y es lo que los padres, los educadores, los mayores que rodean al niño sobre todo cuando comienza a ser un muchacho han de tener constantemente en cuenta para que el inevitable despegue tenga lugar en forma la más armoniosa posible.

En modo de que el despegó sea un simple desprendimiento, de que no engendre destrucción. El cuidado mayor de los que tratan con el muchacho –la muchacha también, naturalmente– habría de ser de ayudarle invisiblemente, insensiblemente a salir de ese lugar primero, primario, original en modo tal que pueda volver a él como a su patria indestructible. Pues que el nacimiento ha de quedar como algo intacto, como reducto último en todas las tempestades de la vida; un lugar que con su sola aparición en el alma ofrezca seguridad, calma, certidumbre.

De cómo se haya verificado ese tránsito, el primero en que un ser humano tiene participación –pues que al nacer propiamente nada hacemos– depende nada menos que la realidad de esa patria primera, insustituible; depende su modo de realidad, pues que real lo será siempre, mas puede serlo en forma de cerrar, de hacer inaccesible eso que llamamos el lugar del nacimiento, la infancia primera; de cerrarla como un lugar de tinieblas y de rencor o contrariamente como un paraíso inaccesible. Y la patria debe de ser siempre accesible; el lugar accesible por excelencia.

La infancia es el lugar entre todos que se lleva siempre consigo para bien o para mal. Se sale de ella inexorablemente, mas ha de suceder en modo de que no se la considere sepultada, ni siquiera abandonada, sino simplemente como la etapa inicial de la vida que ha de ser superada como todas, pero a la que habrá que recurrir una y otra vez y no sólo en virtud de la nostalgia, sino de que es en la infancia donde hemos despertado a la vida dentro del cuidado, de la ternura, casi siempre, del amor.

LA ADOLESCENCIA

Es una época indefinida, la adolescencia. Su característica podría ser la imprecisión en cuanto a los límites del tiempo ante todo. ¿Cuándo comienza la adolescencia? La infancia se vierte en ella insensiblemente. No se sabe bien cuándo un muchacho es ya propiamente un adolescente. En el muchacho está la niñez completa, la madurez de la niñez, pues que cada edad tiene su propia madurez, su cumplimiento y plenitud. ¿La tiene también la adolescencia? ¿Y cuándo acaba? Todos son interrogantes ante esta edad a la que se podría llamar la edad de la imprecisión.

La inasibilidad de la adolescencia se presenta también en las contradicciones que ofrece en cuanto se quiere saber algo acerca de ella. Y todo lo que de ella se dice ha de ser inmediatamente corregido. Y así, acabamos de decir que la niñez desemboca insensiblemente en la adolescencia, lo que puede hacer creer que la adolescencia se presenta lenta y apaciblemente. Y sin embargo, un buen día en un instante sucede que el muchacho ya crecido, súbitamente tiene una actitud inconfundiblemente distinta de todas las que haya ofrecido: mira como nunca ha mirado o evita el mirar como nunca lo hiciera, y aunque ofrezca un silencio impenetrable, invencible. Justamente es el momento en que se declara la adolescencia. Contradictoria, paradójicamente, pues que se declara con el silencio.

Es el silencio que se ofrece como una resistencia invencible lo que señala definitivamente el tránsito de la niñez a la adolescencia. Lo que no quiere decir que durante la niñez en sus diferentes etapas el silencio a la defensiva no se presente. Pero justamente el silencio infantil es eso, una defensa, mientras que el silencio del adolescente, este primero que se reproducirá en los que sigan, es denso, y hasta agresivo.

El silencio de la infancia corresponde a la palabra que se sabe aún, o que se reserva como algo mágico para determinada ocasión. ¿Quién de niño no ha creído en la magia de una palabra y la ha reservado para alguna especial

ocasión? ¿Quién no ha depositado en algunas palabras una esperanza secreta de que algo maravilloso viniera a su encuentro, de que algo que causaba tormento desapareciera como por encanto; quién, en suma, no ha usado de niño algunas palabras como conjuro, exorcismo, invocación? Y esas palabras se guardan, no se dicen y la que habría de decirse no se sabe. El tiempo para el niño es más largo, mucho más que para el adulto y casi nunca llega a tiempo de expresarse y siente que ha de hacerlo de un modo reiterado, convirtiendo así una frase en canción, esa canción a la que tiende cada niño y que los mayores rara vez escuchan.

Mientras que el adolescente en ese su impenetrable silencio, está lleno de palabras, está lleno por la palabra. La palabra es en él a veces como una ira contenida. Se diría que sufre la pasión de la palabra. Hay violencia en su silencio y la hay en su decir que suele ser como una irrupción un tanto volcánica de un pensamiento que se desprende al fin desgarrando el silencio, o que se lanza contra un obstáculo o un adversario invisible.

Y en su presencia el adolescente suele ser evasivo y suele presentarse con la instantaneidad del meteoro; hace su aparición en una escena donde al mismo tiempo ansía darse a ver, en la que se sabe esperado y de la que se siente huésped pasajero. El mundo de los mayores se le aparece firme y al par efímero, pronto a derrumbarse, como si esta última condición fuera necesaria para que él encontrara al fin, el suyo propio. De un modo ostensible y declarado o de un modo oculto para él mismo, el adolescente espera que algo en el mundo se derrumbe para poder penetrar en él.

Es la edad humana, entre todas, del hermetismo, la adolescencia. De ahí la violencia, la angustia y la fingida despreocupación que padece y con la que se presenta. El mundo está demasiado lleno para el que viene de la niñez sin haber entrado todavía en esa cierta anchura que da la juventud. El adolescente padece de la falta de espacio, del lleno del mundo en torno y del lleno de su propio mundo interior formado por sus sentimientos, por sus pensamientos, por la eclosión en él de la palabra. Y por un modo nuevo de estar en el tiempo que le distingue tanto del tiempo de la infancia, como del tiempo que le espera, el de la juventud.

Es un tiempo lleno, ahogado, sin apenas fluencia, punteado por instantes de inspiración, de libertad, de gracia, de felicidad, este del adolescente. Y es el tiempo estrecho que siente que le dejan los mayores cuando le abruman con la exigencia del cumplimiento de la obligación. Quizás una de las frases más

contraproducentes que se le puedan decir sea: "tienes que darte prisa, tienes que aprovechar el tiempo".

Pues que el adolescente es quien menos dispone del tiempo; se diría que el tiempo dispone de él y que sintiéndolo él así, unas veces pretenda adueñarse del tiempo todo y otras veces huya de él en busca de un lugar donde el tiempo inexorable no llegue. Él es el motivo que conduce hacia la poesía a casi todos los adolescentes, el motivo más hondo de todos los que empujan a la lectura y recitación de poesías y aun a sentirse poeta a muchos adolescentes que más tarde de la poesía poco querrán saber. Forzando un poco las cosas quizás, como no hay más remedio en ocasiones para señalar algo, se diría que la poesía sea la patria del adolescente: el lugar de su soledad, el lugar donde su hermetismo se deshace para dar paso a la palabra poética, ya que la palabra poética es la que menos rompe el silencio, la que lleva consigo el silencio. Y aquella también que cuando rompe el silencio lo hace como grito nacido de las hondas entrañas del ser viviente que clama. Si el niño tiende a la canción, el adolescente necesita de la poesía como de un alimento esencial que lo nutre. Y si se logra, aunque más tarde no prosiga alimentándose de ella, le habrá quedado una cierta sustancia, a la que puede recurrir una y otra vez, como a un alimento que no por usado se consume.

La educación tradicional hacía indispensable el conducir el muchacho y el adolescente a la poesía, a la grande poesía. La "Ilíada" y la "Odisea" por ejemplo formaban parte esencial de la educación del joven. Era por algo. Los poetas clásicos, esenciales de la propia patria eran igualmente estudiados, recitados, sabidos de memoria —recuérdense las clásicas Antologías, que tantas poesías de sentido hondamente tradicional contenían; a veces no todas las poesías eran de primer orden; mas no importaba tanto, quedaban en la memoria como una patria siempre dispuesta a amparar.

Y antes de terminar estas notas acerca de la adolescencia, se hace necesario señalar algo sobre esa tendencia que no todos, ciertamente, pero sí tantos adolescentes muestran de apoderarse de bienes materiales y aun intelectuales que no les pertenecen; en fin, se trata de la delincuencia que en los últimos años se ha desatado en algunos países de ambos lados del Océano Atlántico. Sería el caso, piensa quien esto escribe, de poner en relación el hermetismo que padece el adolescente, su falta de capacidad para apropiarse del tiempo, para señorear la palabra con este ímpetu desesperado que le lleva a saltar las barreras de la moral y de la ley para hacerse con el coche, con el dinero, con el texto

literario a veces, que pertenece a otro. Quizás la raíz de estos delitos deba de ser buscada en la angustia del hermetismo, en la dificultad de comunicación con los demás y consigo mismo, en ese aislamiento que sufre respecto de su propio sentir que en quienes no mantengan la calma necesaria, en quienes la poesía no venga a socorrer, da en violencia; en saltar los límites del encierro violentamente.

Sucede también que el adolescente se siente casi siempre defraudado. Y en parte no se le podría del todo quitarle la razón de este sentimiento, pues que los mayores no siempre le ofrecen el resplandeciente ejemplo que sería necesario. Mas también le pasa al adolescente que no sabe todavía aceptar la vida con su belleza y con su vulgaridad, con todos los elementos que la integran, que no sabe que la belleza ha de ser por lo menos, sostenida, y que la armonía ha de ser creada y recreada, ignora lo que el humano esfuerzo ha de dar para que el vivir sea posible primeramente, noblemente posible, bellamente posible. Espera que la vida sea siempre el correlato de lo que se desea y se espera; no conoce tampoco por experiencia los límites, ni el precio del pan, de la palabra y del amor. Cuando no los recibe tanto y como quiere, según quiere, se siente defraudado, casi robado. Y entonces, no siempre y no todos, se precipita y va él a defraudar como respuesta, como venganza justa a su parecer. No sé si los legisladores y los jueces tendrán en cuenta siempre y suficientemente esta condición propia de la edad adolescente. Y sería ciertamente de desear que la tuvieran para ser justos. Y los mayores tendrían que conducir, con paciencia y sutileza, el ánimo del adolescente hacia el descubrimiento de que casi siempre que uno se siente defraudado por la vida es porque uno mismo la defrauda; que no hay fraude más serio que el que uno se hace a sí mismo.

LAS DOS JUVENTUDES

Como no hay espacio en estas notas para abordar las cuestiones contenidas en nuestro planteamiento de las edades de la vida humana, poco hemos de señalar acerca de las edades que más han fascinado la imaginación y atraído el pensamiento de las gentes desde siempre; la juventud que se suspira por alcanzar, que se suspira por perder. Esa juventud que se desvanece en cuanto se la mira, pues cuando la conciencia de ser joven cobra una cierta seguridad ya la juventud, por ello mismo, comienza a dejar de serlo. Y por ello distinguimos dos edades dentro de la juventud, separadas justamente por la conciencia de ser joven, que es ante todo conciencia de ser algo, conciencia de un modo de ser que produce forzosamente una cierta estabilidad. Cuando el joven descubre serlo se instala en la juventud y al instalarse algo desaparece de ella.

La primera juventud es espontánea, recibida y aparece sin ningún esfuerzo. Por el contrario, tras de la angustia de la adolescencia, la juventud se presenta arrolladora como una onda de vitalidad que todo lo sobrepasa, que deja atrás todos los conflictos. Es como si algo hasta entonces dormido despertara; un poder, una energía, una ciega confianza. Por dado a la melancolía que el joven sea, el nuevo ímpetu le desborda. La juventud es ante todo una vida nueva que irrumpe por sí misma, un florecer.

Y en efecto algo aparece en la vida del adolescente transformándolo en un joven, no enteramente nuevo pues que todos los componentes del ser humano están ya en él desde el día de su nacimiento; el amor o más propiamente el "eros", se presenta más que como algo nuevo, como algo que renueva la vida del hasta entonces adolescente, y que no sin peligro la enseñorea. El adolescente para conocer el amor ha tenido necesidad de enamorarse. El joven, aunque no se enamore lo siente planear sobre sí como el nuevo poder, casi podríamos decir como un nuevo régimen. En el adolescente el amor es a modo de una dolencia, mientras que en el joven, aunque algún día le cause dolor

es por el pronto, un poder que se alza en su horizonte vital, una realidad, un reino al que ha llegado.

Mucho es lo que se ha investigado sobre estos problemas de la juventud y grande el interés que se despliega acerca de su conocimiento desde el punto de vista psicológico, fisiológico y moral. Mas no siempre con la delicadeza debida, con el respeto que se debe al ser que avanza en la vida y al que un análisis excesivo de su situación puede tan fácilmente apartar de su camino. Pues que si la indiferencia y el abandono consiguiente de los mayores deja al joven confinado en sí mismo, el ser sometido a un implacable análisis puede sumirle en la depresión, en la duda, en un conocimiento sin raíces. La vida no es ciertamente un proceso analítico.

Y propio es también de la juventud la acometividad, el ímpetu y aun un cierto ánimo guerrero. En una civilización que ha hecho exigencia fundamental la paz, es cosa a no desatender este espontáneo ímpetu acentuado por una herencia de siglos de guerra, en que el guerrear era ocupación normal del hombre, en que el joven tenía que pelear como si fuera indispensable para convertirse en un hombre. Recuérdense solamente las famosas "novatadas" que no sólo en las Escuelas Militares, sino en las Universidades se celebraban a veces con riesgo de la vida; el uso constante de las armas, la institución del duelo, todo ello como a la espera de la guerra. Hoy la paz tal como se proyecta obliga a canalizar por una nueva vía el ímpetu y el sentido de la lucha. Y ha de hacerse en modo tal que la paz, ella misma, no sea una perenne guerra; una guerra enmascarada.

EL GRAN PROCESO DE LA MADUREZ

Es el centro de la vida, la madurez. La edad donde todas las anteriores confluyen, el fruto en vista del cual se dio todo el proceso de crecimiento. Contrariamente a todo lo que con tanta superficialidad se ha dicho —en las cosas de la vida la superficialidad comienza por falta de observación— la senectud no desvanece el esplendor de la madurez sino que la lleva consigo de algún modo.

Se llega a la madurez a través de una larga y peligrosa crisis, sobre la que hoy se inclina la atención de los psicólogos y moralistas, aunque nunca suficientemente. Pues que en su dintel todo puede perderse. Ya que cada edad viene a ser como una estancia cuyo umbral hay que franquear. Y sólo puede ser franqueado si el que ha de hacerlo tiene esa especial ligereza que proviene de las cuentas cumplidas, de no arrastrar consigo el peso del remordimiento, el fardo de lo que se ha dejado de hacer y de cumplir. Mas la puerta de la madurez para ser pasada pide una especie de recapitulación de todo lo realizado y dejado de realizar; una liquidación total y el saldo que arroje será el fruto, la sustancia vital y moral de la persona en cuestión.

No es de extrañar pues, según lo dicho, que ante la entrada en la madurez tantas personas intenten echarse hacia atrás, demorar el momento, seguir haciéndose los jóvenes y no sólo por la fascinación que la juventud ejerce sino por el temor a esta recapitulación de toda su vida, por el temor de este juicio final —con respecto a lo anterior—. Y juicio final es aquel en el cual la rectificación se hace imposible o por lo menos de extrema dificultad. Pues lo que se hace verdaderamente imposible es que la verdad, la verdad de una vida salte y se haga ostensible. Y así la entrada en la madurez anticipa como ningún otro pasaje de la vida la comparación ante el juicio último. El paso a la madurez tiene mucho de postrimería. Y si se pasa buenamente este dintel, la madurez se hace sentir como una morada, como una casa. Es la edad en que la intimidad se logra, la vida familiar se remansa y se adensa sin pesar más por ello, en que

las amistades se solidifican y las relaciones con el mundo se hacen al par más firmes y más simples; es el largo, hermoso momento de la certidumbre.

Y la certidumbre es algo más que la evidencia intelectual, es algo que desborda del conocimiento abstracto, teórico simplemente. Es, sí, conocimiento teórico, mas acompañado, enraizado en la que podríamos llamar evidencia del corazón.

Y esta certidumbre se extrae, la extrae la persona en una sutil alquimia en ese trabajoso período que es la crisis de la madurez de todo lo anteriormente vivido sin exclusión alguna, es decir, que servirán todas las situaciones y experiencias positivas y negativas. La alquimia consiste en extraer de lo negativo, desgracia, dolor, error, adversidad, lo positivo contenido en ello, es decir: conocimiento vivo y actuante, comprensión, fortaleza. Y en extraer igualmente de la alegría, del éxito, del triunfo, si lo hubo, la lección permanente del comedimiento, es decir: de los límites del entusiasmo y de la victoria.

Pues que lo característico de la lograda madurez es convertir el mal en bien, lo que significa entre otras cosas hacer toda derrota asimilable y toda victoria duradera.

Y no parece que sea discutible que si esta capacidad operante se logre, en la madurez, la senectud, última edad de la vida humana, vaya a quedarse desprovista de ella. Por el contrario será una especie de sublimación, de claridad inesperada. Pruebas de que así es hay muchas y que hablan por sí mismas. Esas grandes obras inacabadas, las clásicas inconclusas, sean de pensamiento, de poesía, de música o de artes plásticas; sean también una obra política, un último proyecto apenas esbozados. Sean los últimos años de la actividad de un maestro que ofrece a sus discípulos la totalidad de su mente y de su alma en cada una de sus más sencillas palabras.

Mayo 1966

María Zambrano

EL AULA

Sabido es ya que la pregunta acerca de las cosas de la humana vida es muy otra de aquella por la cual el pensamiento se descubriera a sí mismo preguntando "qué son las cosas" –las cosas de la Naturaleza. Pues que las cosas de la vida y aun ella, la vida, nos pasan. Nos pasan y aun nos están pasando de una manera o de otra mientras nos lo preguntamos.

Y es más raro despegarse de las cosas que nos pasan que alejarnos y extrañarnos de las que nos rodean, por motivos de diversa índole. Pero hay uno decisivo: que el preguntar qué es lo que me pasa amenaza revelarme algo a mí. Y que absorbidos como estamos en lo que nos pasa, cobrar la distancia que necesita el preguntar, exige desentenderse de ello, separarse lo que sólo se hace cuando se rechaza como injusto, o cuando queremos librarnos de ello por sentirlo peso o carga abrumadora.

Y así la pregunta por lo que nos pasa se dispara como queja, cuando se tiene o se cree deber tener alguien que la recoja. O en la lamentación que tanto tiene de exorcismo. Es pues un preguntar que es un actuar, un preguntar que pide remedio más que visión. Sólo algunos extraños seres se curan de ver y por ver lo que les pasa.

Casi imposible es preguntarse por lo que a uno le pasa cuando [...], pues en ello dentro de ello respiramos y somos; tal el pez en el agua. Y aun la realidad en torno es sentida como una expansión del propio ser en unos momentos. En otros, como un orden, el orden donde la resistencia que nos presenta siempre la realidad se ha transformado en armonía. Si surge una pregunta es la de por qué la vida no es siempre así. Pero no que entonces la vida queda olvidada.

Mas no queda reducida a esto de que nos pasen nuestra relación con las cosas de la vida. Pues que hay el pasar nosotros por ellas en lo que resplandece la ambigua condición que define al hombre como un ser padeciente y activo unidamente. Si solamente le pasaran, sería tan pasivo que entonces viviría como en un perenne sueño y el pasar acabaría acaparando su ser, lo

[...]

su libro titulado después de su muerte *Metafísica*, cuando define a la Filosofía como el saber desinteresado, nacido del ocio, añadiendo que de todas las ciencias ninguna más inútil pero ninguna más noble. Y como se sabe, la Filosofía era el paradigma del saber entonces y lo ha seguido siendo a lo menos hasta que las Ciencias Físico Matemáticas avasallaron con su poderoso empuje y sobre todo, con su virtualidad de que de ellas se deriven las técnicas y de las técnicas la utilidad, los negocios –negocio que viene del latín quiere decir simplemente, no ocio–.

Y una vez aclarado así el asunto vemos que el mero examen de la etimología de la palabra aula, plantea el problema que hoy parece sea el más candente, el más decisivo de todos, la pregunta que cada hombre se debería de hacer a solas y aun hablando con los demás, la que debería de constituir el centro de todos los debates y que por el contrario viene a ser constantemente soslayada; la pregunta de si es posible que el hombre exista sin decaer en una condición infrahumana si se entrega solamente a la actividad de la que se derive un lucro inmediato, y si el conocimiento ha de estar medido y sometido a su poder de aumentar el progreso técnico.

Mas habríase de tener en cuenta algo muy importante y paradójico. Y es que las Ciencias Físico Matemáticas de las que deriva la técnica y sus consiguientes industrias no existirían sin ese saber desinteresado, sin la Filosofía ciertamente. Pero no solamente esto es así, sino que ellas mismas en su núcleo son también saber desinteresado. Los grandes genios de la Ciencia –y no sólo de las Físico Matemáticas sino de todas las demás– las legiones de sabios, de estudiosos, de investigadores, de maestros que las transmiten a las nuevas generaciones sirven también desinteresadamente: es la pasión de conocer la realidad lo que les ha movido. Y así es fácil concluir que no dispondríamos de la energía eléctrica, por ejemplo, si muchos seres no hubieran consumido su vida en un aula o en algo que hacía sus veces y que ha podido ser, que ha sido en ocasiones una buhardilla, una habitación húmeda y fría donde su extraño habitante pasaba el tiempo “sin hacer nada”.

Y en nuestros días hay que estar siempre haciendo algo; algo que tenga un resultado inmediato, tangible, material. Todo el espacio habitado por el hombre ha de estar lleno; aun las casas, llenas de cosas, de aparatos mecánicos; aun el tiempo y sobre todo el tiempo ha de estar lleno. Da vergüenza no tener que decir “no tengo tiempo para nada”.

No tengo tiempo para nada. Pero resulta que esta "nada" bien puede ser todo. Todo lo que salva a la condición humana de no despeñarse en la vaciedad, en el sin sentido. Se ha renunciado al vacío, al lugar y al tiempo disponibles, al vacío del que es paradigma y aun símbolo el aula. Símbolo del tiempo no ocupado, del tiempo en que nos damos a pensar, a meditar y aun a rezar quien pueda hacerlo. Porque la plegaria no puede ser asimilada tampoco a un trabajo útil.

El horror de lo que es desinteresado, de lo que en apariencia es nada, llena el ánimo del hombre de nuestro tiempo. Este hombre que cuando se queda solo no sabe en qué pensar, se encuentra empavorecido con un extraño dentro de sí, extraño, ajeno a su propia alma.

En el vacío del aula sucede algo; algo que va más allá de lo que se aprende materialmente en ellas. Muchos de los que por ellas han pasado tal vez no adquirieron tantos conocimientos como fuera menester. Pero les sucedió algo en la frecuentación de las aulas; algo esencial para ser hombre se les enseñó en ellas: a oír, a escuchar, a atender, a dejar que el tiempo pase sin darse cuenta queriendo entender algo, abrirse al pensamiento que busca la verdad. Y a mucho más: a estar frente a un maestro que representa siempre, que es en verdad por poco brillantemente que cumpla su cometido, un mediador. Y esto de la mediación es cosa también a meditar. Y todavía algo más: las aulas se recorren; se va de unas a otras según se pasa de un curso a otro. Y ello sólo es ya una iniciación a la vida. El asunto es largo; quede para otro día.

EL GUÍA

El Guía, así escrito en mayúscula, es solamente una mínima parte de una inmensidad; en verdad de una infinitud. No es más que la presencia, en diversas formas, de ese transitar infinito que aquí en la tierra sólo podemos llamar ilimitado. Y por eso el Guía ha de cambiar de aspecto permaneciendo el mismo, haciéndose mayormente él mismo a medida que cambia. Sólo si se muda de aspecto para ser cada vez más y cada vez más inexorablemente él mismo, es el Guía verdadero. Se expande, se multiplica, se esconde y reaparece. Cuesta pena a veces reconocerle y se experimenta el temor de la infidelidad. Es otro. Las circunstancias, se diría cuando se le reconoce.

Mas el Guía atraviesa las circunstancias y se aviene al par a ellas. Signo de su mediación benéfica. La mediación, que también existe, adversa —la que ejerce y ejercita infatigablemente el adversario— es puramente circunstancial, circunstancial de ablativo se diría en términos gramaticales. Y muy peligrosamente en términos filosóficos. Las circunstancias ineludibles aceptadas como Guía son decadencia, como decadente es el caso de la declinación. En ella, en la declinación solamente el nominativo, el vocativo —que al nominativo descubre la verdad, sólo el nombre tiene la plenitud de valor cuando es invocación, respuesta, llamada— y el acusativo, que ya dice lo que es, hacer recaer sobre alguien una acción o un modo de ser para bien y más frecuentemente para mal, sólo esos casos sitúan al sujeto en sí mismo. El circunstancial de ablativo entre lo que le rodea, que si se limita a declarar eso tan sólo, la limitación, es el caso de la honestidad, de la lealtad por tanto. Si a él se va a parar para en él confinarse, es el caso de la disolución del ser humano, de su responsabilidad, de su autonomía, también y antes aún de su genialidad.

El Guía esclarece las circunstancias y las hace transitables. Y llega a iluminarlas tanto de hacerlas desvanecerse en esa su luz. Entonces por el momento se las ve en toda su magnitud, en sistema —sea dicho en honor del pensamiento de Ortega y Gasset—. Si la vida, ella, es sistema sólo ha de ser visible y cierto si las circunstancias se iluminan por el amor que va a “salvarlas” según

se dice en las "Meditaciones del Quijote" –el libro que debió de ser su Guía o un aspecto de él–. Mas seguidamente las tales circunstancias se subsumen en las circunstancias universales de la vida humana e inmediatamente sin dejar aliento en nada, en la nada que antecedió y antecede a la creación.

II

El modo pleno de ver las circunstancias, el que haría innecesario el hacer sobre ellas lo que se llama pensar o lo que sería el resultado del pensar que lo dejaría atrás, sería el de verlas del otro lado, el darles la vuelta invirtiéndose así la situación entre ellas y el sujeto que en vez de estar por ellas cercado las rodearía él. El movimiento de circunambulación prescrito ritualmente en ciertos lugares sacros, quizás sea una indicación o signo de ello. Una cierta indicación solamente, pues que al rodearlas sería hacer de ellas centro encontrándose así el sujeto fuera de su lugar propio, ser él mismo el centro al que las circunstancias rodean, ya que es natural al dar vueltas a algo hacer de ello centro en su conjunto o el sentir el centro encerrado en ese recinto. El sentir del centro vive dentro de la conciencia y más allá de ella, más adentro.

Tratándose del conocimiento y antes aún, en lo que precede a su búsqueda, el Yo, el sujeto se hace a sí mismo centro. Y al declararlo nombrándose a sí mismo "choses pensant" o "Sujeto del conocimiento" se objetiva a sí mismo. En la Razón Vital el Yo está simplemente enunciado como un dato del que se parte, como el punto de partida dado radicalmente en la realidad que es su vida, dentro de ella. Mas está ahí como una afirmación –¿como resistencia?–. ¿Podría el sujeto del conocimiento que antes aún de obtenerlo, trata con la realidad sintiéndola y sintiéndose despojarse de su afirmación para permitir a lo que le rodea que se muestre y quizás que no lo circunde, que las circunstancias dejen de aparecer como cerco? ¿Podría de este modo ir más allá de ellas sin abandonarlas?

Más allá de las circunstancias que circundan el horizonte llama al que busca el conocimiento, que es simplemente el que no abandona, el que no suspende el sentir originario que [¿] lejana más allá de sí y de lo que le rodea, el que no desoye ni desatiende la presencia no objetiva de algo, de un centro que a sí mismo y su contorno trasciende.

[...] el hombre arde consumiéndose. Y lo que pide, diríamos exige, es el sentido. El sentido que del sentir se deriva. Y en esto hay pasión, consunción, soplo abra-

sador de vida—muerte, cuita de trascender la muerte. Cálculo no hay. Aparece el cálculo cuando el futuro se reduce a porvenir, ya que el porvenir es eso, el tiempo calculable en función del pasado pues, irremediamente. Y de un pasado inerte, sin voz, sin profecía. De donde el equívoco de querer comprobar las profecías, deduciendo de ellas el presente y el porvenir. Cata la profecía, gime, clama en todos los tiempos, en todos los múltiples tiempos en que el hombre vive aunque lo ignore, y sobre todos ellos recae. Gime la verdadera profecía desde antes del nacimiento humano, desde la herida divina que le dio nacimiento, desde el sacrificio de la divinidad. La voz del profeta tiene rastros del balido del cordero, del bramido del toro, del silbar del animal más pegado a la tierra y aun de la tierra, ella misma, que había de soportar al hombre. Y se alza y tiende esta voz con anhelo de abarcar hasta el final de la historia, del cumplimiento del ser humano aquí, y aún más de su entrada en un lugar más allá de la tierra. En cualquier momento de la historia la verdadera profecía puede ser verificada. Dice la verdad que todo lo abraza porque va más allá y surge desde el tiempo anterior, no verificable. La profecía surge y se dirige, nace y se dirige desde y a lo no verificable. Y por ello, paradójicamente en no importa qué momento del curso visible de la historia —personal o colectiva— puede ser perfectamente verificada.

Y el existente, el hombre que se siente existir, se siente justamente y no se piensa, se puede hasta ver, verse a sí mismo, como larva, conato de ser, que no es enteramente ni puede dejar de ser lo que ya es; un algo a quien se le ha dado este sentir que es sentirse en el ilimitado nacimiento. Y la barrera de la muerte no puede ser sentida entonces como definitiva, como tope, hito último. Mas la muerte y el morir no pueden ser calculados. Lo que es el término, el acabamiento es defensa del futuro, de la incalculabilidad del ser humano.

Y si todo cálculo superior al menos para el ignaro resulta un tanto terrorífico, el diferencial, el infinitesimal y los que lo superen, el cálculo existencial es la fórmula misma del terror. Las quejas de se nos aparecen un poco empañadas por el recuento de su conducta, que debió de dejar ahí, librada a la misericordia —a la vida— como lo que en verdad era, una danza entre él y creador, entre su humana vida y la divina manifestación que según en el Libro se nos muestra, tanta necesidad tenía de él, una conjunción entre vida divina y vida humana según número sin duda y palabra dada por ambas partes, mas sin cálculo.

Ya que hay que dejar al número su inocencia.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Manuscritos recopilados en esta edición que han sido publicados:

- «Las dos preguntas» (Roma, 29-1-1964). En:
Semana, 3-2-1965, vol. XI, nº 319, p. 4 («Las preguntas y el preguntar»)
Con dados de niebla, núm. 21-22, Huelva, 2002, págs 89-91 («Las preguntas y el preguntar»)
Notas de un método, Mondadori, Madrid, 1989, pp. 109-111.
- «Qué es la adolescencia» (Roma, 31-3-1964). En:
Educación, 36, 1973, pp. 71-72 (Con algunos cambios).
- «El rumor» (Roma, 28-6-1964). En:
Diario 16, «Culturas», 45, (1966), p. vi.
- «Entre el ver y el escuchar» (octubre, 1964). En:
Educación, 30, sept. 1970, págs 112-113.
Aurora, 6, 2004 (con algunas modificaciones).
- «Esencia y forma de la atención» (diciembre, 1964). En:
Educación, 30, sept. 1970, págs 109-111.
- «Areté, virtud, eficacia» (enero, 1965). En:
Educación, 36, 1973, págs 75-77.
- «Esta juventud de ahora» (diciembre 1964). En:
María Zambrano: L'art de les mediacions (Textos pedagògics), P.U.B., 2002, pp. 139-143. («Esa juventud de ahora»).

- «La vocación de maestro» (noviembre, 1965). En:
Gómez Cambres, G., *La aurora de la razón poética*, Ágora, Málaga, 2000, pp. 117-129.
María Zambrano: L'art de les mediacions (Textos pedagògics), P.U.B., 2002, pp. 90-109.
- «La mediación del maestro» [1965]. En:
Gómez Cambres, G., *La aurora de la razón poética*, Ágora, Málaga, 2000, pp. 129-139.
L'art de les mediacions, op. cit., pp. 109-114.
- «De la necesidad y de la esperanza» (1949). En:
Educación. 36, (1973), pp. 73-75.
- «Los caminos del pensamiento» (Roma, 5 de octubre 1960). En:
Semana. 288, (30-10-1963) p. 4.
Con dados de niebla. 2002, 16-21, pp. 21-22. (Nota en p. 21: «Este artículo había sido publicado anteriormente con ligeras modificaciones y bajo el título "Mitos y fantasmas: la pintura" en *El Nacional* (Caracas), 1959, y con posterioridad fue recogido con este segundo título en *Algunos lugares de la pintura*, Acanto, 1991, pp. 61-68»).
- «Los dos polos del silencio» (La Pièce, 24-11-1965). En:
Cahiers de Bruges, número fuera de serie; *Liber amicorum: Salvador de Madariaga*. De Tempel, Brujas, 1966, pp. 195-199.
Asomante, octubre-diciembre, 1967.
Diario 16 (20 julio-1986). Supl. "Culturas", p. II.
Creación estética y Teoría de las Artes, nº 1, abril 1990, pp. 7-9.
Las palabras del regreso, Amarú, Salamanca, 1995, pp. 23-27.
- «Una parábola árabe» (octubre, 1964) . En:
Diario 16 (2 junio-1990). Supl. "Culturas", nº 259, p. VIII.
Las palabras del regreso, op. cit., pp. 59-61.
- «La actitud ante la realidad» (septiembre 1965). En:
Philosophica malacitana. 1, (1993) 65-70.

- «Las edades de la vida humana» (mayo, 1966). En:
Jábega, 65, 1989, pp. 11-17.
L'art de les mediacions, op. cit., pp. 120-139
- «Filosofía y educación: la realidad» (La Pièce, s/f). En:
L'art de les mediacions, op. cit., pp. 115-118 (fragmentos)

Manuscritos inéditos incluidos en esta edición:

- «Libertad, igualdad, fraternidad» (14 julio, 1964).
- «La comunicación entre los sentidos» (septiembre, 1964).
- «La atención» (noviembre, 1964).
- «El ingreso» (febrero, 1965).
- «La vida en las aulas» (febrero, 1965).
- «El temblor del examen» (marzo, 1965).
- «El espejo de las aulas» (marzo, 1965).
- «El nacimiento de la amistad» (abril, 1965).
- «La fuerza del ejemplo» (mayo, 1965).
- «Disolución y condensación. El sentimiento» (junio, 1965).
- «El final del curso y los viajes» (junio, 1965).
- «La intercomunicación de los sentidos. La delicadeza» (diciembre, 1965).
- «El enigma de la juventud» (s/f).
- [Sin título. Inluido en el manuscrito «Sobre la juventud» (1964)].
- «Nosotros, la gente joven» (diciembre, 1964).
- «El secreto de la juventud» (diciembre 1965).
- «Sobre la enseñanza de la filosofía» (1949). (Incompleto)
- «El aula» (s/f).
- «El Guía»

1844
7
258

Acabóse de imprimir
esta edición de
Filosofía y Educación
(Manuscritos)
en los talleres de
Gráficas San Pancraccio
de Málaga,
el día 28 de enero de 2007,
festividad de
Santo Tomás de Aquino.

en el silencio
que es amor, solo amor
Sobre el silencio en ese
desplegar una hora que
esa palabra que queda
y que tendrá un
Tendose en la nega
alrededor del polo.



EDITORIAL
ÁGORA

~~Maix~~
24 noviembre 1965
La Pire
Bisot - par - Gex

ISBN 978-84-8160-106-0
9 788481 601060